

Anisa Gjikhdhima



APUESTO Y MALDITO

Pasión

LA HISTORIA QUE HA ENLOQUECIDO A MILES DE FANS EN

wattpádad

Anisa Gjikhima

**APUESTO Y
MALDITO**
PASIÓN

Novela

Traducido por: Rubén González
Título original: Bello ma dannato – Passione

Cada una de las referencias a personas o sucesos debe considerarse pura coincidencia. Cada elemento de esta novela es completamente fruto de la imaginación del autor.

A
Alessia, Alex,
Giulia e Valentina.

Aunque sigo en la cama, mis pensamientos van hacia ti, mi amada inmortal, primero alegremente, después tristemente, esperando saber si el destino nos escuchará o no. Yo solo puedo vivir completamente contigo y si no, no quiero nada. Sí, estoy resuelto a vagar por ahí, lo más lejos de ti hasta que pueda volar a tus brazos y decir que estoy realmente en casa contigo, y pueda mandar mi alma arropada en ti a la tierra de los espíritus. Sí, desgraciadamente debe ser eso. ¿Serás más contenida y prudente desde que conoces mi fidelidad hacia ti? A ninguna más poseerá mi corazón, nunca, nunca. ¡Oh Dios! ¿Por qué tiene uno que ser separado de alguien a quien ama tanto?, y además mi vida es ahora una vida desgraciada. Tu amor me hace a la vez el más feliz y el más desgraciado de los hombres. A mi edad yo necesito una vida tranquila y estable, ¿puede existir eso en nuestra relación? Ángel mío, me acaban de decir que el coche correo va todos los días, debo cerrar la carta de una vez y así podrás recibirla ya. Cálmate, solo a través de una consideración calmada de nuestra existencia podemos alcanzar nuestro propósito de vivir juntos. Cálmate, ámame, hoy, ayer, qué lágrimas anhelantes por ti, tú, tú, mi vida, mi todo, adiós. Continúa amándome, nunca juzgues mal el corazón fiel de tu amado. Siempre tuyo. Siempre mía. Siempre nuestros.

Ludwig Van Beethoven

Prólogo

Me encuentro en la Torre Eiffel, en París, y debería de estar en el séptimo cielo. El hombre que amo me está pidiendo que me case con él y yo no encuentro el valor para decirle que estoy embarazada. Nuestra vida cambiará para siempre. No sé qué nos deparará el futuro y nunca me hubiera esperado una propuesta de matrimonio... No de él al menos.

—Yo... — No consigo decir esa palabra.

Me observa atentamente y se levanta.

—¿Tú qué?, ¿no quieres casarte conmigo?, ¿es esto lo que tratas de decirme? —Responde con un tono de voz preocupado. Claro que me quiero casar con él, ¿cómo puede pensar algo así?

Siento que me desmayo, mi corazón se acelera y me tambaleo hacia delante. Él me tira hacia sí.

—Tranquila —me susurra al oído.

—Te amo. —Me da un beso en la cabeza.

—Estoy embarazada —confieso. —No me odies —. Retrocede y me mira sorprendido. Tengo el corazón en la garganta mientras espero su reacción. Rezo mentalmente para que me diga que no es un problema.

—¿Por qué debería odiarte? —pregunta frunciendo el ceño.

—Sé cuánto aprecias tu libertad —respondo bajando la mirada.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que eres el centro de mi universo? Te estoy pidiendo que seas mi mujer, que formes una familia conmigo. ¿Cómo puedes tener miedo de decirme que esperas un hijo mío?

—Creía que me dejarías, que enloquecerías.

—Se ve que no me conoces bien —ríe mientras se acerca a mi rostro. Con el pulgar me acaricia la mejilla y yo dejo de respirar perdiéndome en esos ojos profundos como el océano.

—Repito la pregunta... ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí —respondo con los ojos llenos de lágrimas. Me besa con tal pasión que me deja sin aliento.

—Esta noche me has hecho el hombre más feliz del mundo por dos motivos: serás mi mujer, solo mía, para siempre; y seré papá, una cosa que siempre he soñado.

—Seré tuya para siempre.

Capítulo 1

Muchas mujeres sueñan con el día de su boda y quizás yo me encuentre entre ellas. De pequeña, viendo la relación que había entre mis padres soñaba con encontrar de mayor a mi príncipe azul y vivir feliz para siempre. Creciendo, he dejado de creer en los sueños, la realidad que vivía difería mucho de lo que veían los sueños de una niña. Mis padres fallecieron y el pesimismo ganó la batalla durante muchos años. Un día, el destino decidió que merecía un rayo de luz. Un huracán arrollador, del que nunca querré salir, entró en mi vida haciéndome más feliz que nunca. Erik ha sido mi salvación, ha hecho que creyera en el amor eterno. Nuestra historia nunca ha sido simple, y tal vez es por eso por lo que lo amo aún más. Nunca he dicho que tenga un carácter fácil, reconozco que a veces mi querer contradecirlo es exasperante, pero creo que me quiere también por esto. Tenemos dos caracteres fuertes y es inevitable que choquemos a menudo, pero lo importante al final es saber resolverlo e salir adelante. En este momento, cuando los pensamientos se dispersan recordando lo que hemos construido juntos paso a paso, el pánico se apodera de mí. Anoche no he pegado ojo, he soñado despierta hasta que no me he dado cuenta de que está sucediendo realmente. Estoy a punto de casarme con Erik Truston, el hombre que ha sido capaz de hacer latir mi corazón con más fuerza que nunca.

Hoy me convertiré en su mujer. Que quede claro, estoy muy emocionada, no podría pedir nada más, pero nunca me hubiera imaginado que su propuesta me llevaría al matrimonio dos meses después. Creo que lo ha hecho por miedo, en su mente retorcida piensa que podría cambiar de idea. Después de todo lo que hemos pasado, no debería pensar en esas cosas. Y además, como le he dicho mil veces, mi corazón solo es capaz de amar a una persona, a él. Cuando me lo pidió de manera inminente, exactamente hace veinte días, me conmocioné. Lo miraba y no conseguía hablar. A veces me pregunto por qué es tan irracional y cómo puedo amar también ese lado suyo...

Su lado “particular” me fascina, pero no se lo confesaré nunca. Será mejor que no. Le quiero aunque se haya vuelto agobiante. Desde que se ha enterado de lo del embarazo, me trata como si tuviera una enfermedad.

Relájate, no levantes peso, no hagas esto, no hagas lo otro... Es estresante, lo juro. Me alegra verlo tan atento, pero todos sabemos que es Erik, todo lo que hace va más allá de lo normal. A veces me pone furiosa, pero al final tengo que admitir que me gusta sentirme el centro de su universo. Lástima que entre nosotros haya siempre solo un obstáculo insalvable.

Él está acostumbrado a la buena vida, con todas las comodidades, y descuida la sencillez y la genuinidad de las pequeñas cosas. Y de esto he tenido una prueba tangible justo ayer cuando, hablando de todo un poco, le he propuesto hacer un viaje como turistas normales.

Nada de vuelos en jet privado, nada de hoteles cinco estrellas, nada de nada. Solo dos personas normales que se comportan en modo normal. Su reacción ha sido épica. Se sentó en el sofá y mientras se aflojaba la corbata, me miraba como si me hubiera salido una segunda cabeza. Me ha escuchado y al final ha respondido con su típica frase: —Ni hablar, puedo permitirme todo y quiero lo mejor para ti. — Se ha acercado con cautela dándome pequeños besos en el cuello mientras me acariciaba el pelo.

Y es así como ha conseguido acallarme de nuevo. Y después me ha derrotado con sus caricias. Ahora me encuentro de nuevo en el torbellino de Erik Truston, y esta vez será para siempre. Le he propuesto una ceremonia íntima, solo nosotros y nuestros amigos, y no me ha escuchado en absoluto.

Ha organizado un matrimonio a su estilo y estoy segura de que no ha reparado en gastos. Tiene todo tan bajo control que la idea de no haber visto mi vestido le ha vuelto loco. Con tal de que me dejara en paz le he dicho que es un vestido rojo. Ver su cara en ese momento ha sido muy divertido. No sabía qué decir, estaba en shock. Me habría gustado echarme a reír, pero he intentado permanecer seria. No quiero que tenga ni la más mínima idea de lo que llevaré puesto. He elegido un vestido beige, con corsé de encaje y falda de tafetán. He pasado horas viendo y probando vestidos. Cuando lo he visto, me he emocionado. Ha sido amor a primera vista. Estoy deseando ver qué piensa mi futuro marido. Es extraño, quién lo habría dicho, estamos a punto de casarnos. Creía que un hombre como él no se casaría con nadie más que consigo mismo. En cambio, estaba equivocaba, me ama y lo demuestra cada día más.

—Tesoro, estás preciosa —exclama Claire con los ojos llorosos. Se acerca cogiéndome de la mano y me sonrío.

— Serás la esposa más hermosa del mundo. Cuando Erik te vea, dará gracias al cielo por lo afortunado que es.

Siempre es muy cariñosa conmigo. No imagino mi vida sin ella, se ha convertido en mi hermana. Ha estado a mi lado en los momentos más difíciles, me animó a seguir adelante después de la tragedia que afectó mi vida. Le debo mucho. Observo mi reflejo en el espejo, pero no logro ser lo feliz que me gustaría. Falta esa pieza importante, mis padres. Suspiro intentando contener las lágrimas y saco fuerzas.

—Pareces pensativa. ¿Pasa algo? —pregunta observándome atentamente. No pasa nada, todo es perfecto. Me hubiera gustado haber compartido con ellos este día especial, pero quiero creer que me están mirando y que se alegran por mí. Miro a Claire e intento sonreírle, pero ella es consciente, me conoce.

—Sé en lo que estás pensando, pero recuerda que ellos estarán siempre contigo. —Asiento levemente atrapando las lágrimas. Cuando era pequeña, soñaba con cómo me gustaría que fuera este día, mi madre organizando todo y mi padre acompañándome al altar. No tengo que entristecerme, no puedo. Me voy a casar, dentro de siete meses tendré un hijo. Erik se ha desvivido intentando complacer cada una de mis peticiones para suplir la falta de mis padres. Tengo que ser feliz por él, por nuestro hijo, y sobre todo por mí.

—Antes de que me olvide, esto es de parte de Erik. —Me pasa una carta regalándome una sonrisa radiosa. Hoy se ha superado, está espectacular. Ha elegido un vestido atrevido color turquesa que le queda increíble. Imagino que será de algún estilista muy conocido, no me atrevo ni siquiera a preguntarle, porque de lo contrario comenzaría a torturar mis pobres oídos con las tendencias de las nuevas colecciones. Dirijo mi atención a la carta y la observo con curiosidad.

Sorprendente, Erik escribiendo una carta, quién lo diría. Me siento en el sillón de terciopelo blanco y la abro.

Querido amor mío,

Esta es la primera vez que escribo una carta, pero por una mujer maravillosa como tú merece la pena.

Anoche te observaba mientras dormía y pensé que había encontrado el ángel más bonito que existe. Tú eres mi ángel, mi luz, la única capaz de hacer latir mi corazón. Mientras te admiraba pensaba cómo una cierta señorita con un carácter más bien sorprendente me ha cambiado la vida. Nuestro primer encuentro en el desfile fue algo único, inexplicable. Tu mirada me hipnotizó y por alguna extraña razón quería conocerte, quería saber más de ti. Pero era demasiado engreído y esperaba que fueras tú quien se acercara. Cuando te vi bailar, pero sobre todo, cuando me miraste de manera provocadora, tuve el deseo de acercarme a ti y escapar contigo. Por eso, cuando al día siguiente vi tu currículum y la foto sobre la mesa, no

me lo pensé. Tenía que conquistarte, tenías que ser mía al menos una vez. Nunca había mezclado el trabajo con mi vida privada, pero por ti quise arriesgarme. Serías una secretaria perfecta. Nunca me hubiera imaginado que detrás de esa timidez se escondiera una chica fuerte, capaz de hacerme frente, y lo más importante, una persona sincera que dice lo que piensa. Reconozco que tu rechazo hizo todo más interesante. No eras una presa fácil, y como buen cazador, pasaba las noches preparando una trampa. Cuanto más te conocía, más quería saber de ti. Y después de aquel día en la playa todo cambió. Era un lugar privado, no llevaba a ninguna de mis conquistas, pero contigo fue natural. Cada cosa parecía perfecta, tú eras perfecta. Me repetía a mí mismo que eras un capricho, he intentado convencerme de esto de mil maneras, pero cuando al final me dejaste, me sentí muerto. Mi vida tenía que continuar tranquilamente, podía tener a todas las mujeres que quería, podía divertirme nuevamente, y sin embargo no tenía sentido. En mi cabeza y en mi corazón estabas solo tú. Te espíe, te admiré de lejos esperando el momento adecuado. Gracias a ti he sabido qué quiere decir amar con locura a alguien. Un amor que te deja despierto noches enteras, un amor que te quita el aliento. Es esto lo que provocas en mí. Eres el centro de mi universo, y yo me siento el hombre más feliz del mundo. Gracias a tu generosidad, a tu gran corazón, has enderezado a un hombre como yo.

Has entrado en mi vida y has colocado las piezas del puzle.

Y como escribió Ludwig Van Beethoven:

Siempre tuyo.

Siempre mía.

Siempre nuestros.

Erik

Estoy tratando por todos los medios de no llorar.

Ha escrito unas palabras preciosas, no me esperaba algo así. Apoyo la carta contra el pecho y cierro los ojos. Me ha dejado sin aliento. Estoy deseando ver esos ojos azules que me han hechizado. Miro a mi amiga que tiene entre las manos una pequeña caja rectangular y me la acerca con un gesto incitándome a cogerla. Mientras la cojo mis manos tiemblan, conscientes de que en su interior habrá algo único. Porque él es así, te sorprende cuando menos te lo esperas. Dentro encuentro un brazalete rígido de oro blanco con un grabado.

No debo llorar.

Eternamente tuyo.

Mío. Aprieto la pulsera con los ojos llorosos y pienso que nunca he estado tan feliz en toda mi vida. Es el regalo más bonito que me podía hacer, un regalo hecho con el corazón. Decido ponérmelo, no importa si combina con el vestido o no, no importa nada. Guardaré esta pulsera para siempre, no me la quitaré nunca.

—Señoras, ha llegado la hora —nos avisa la organizadora de bodas interrumpiendo la magia del momento. Claire la observa con atención, no le

gusta. Habría querido organizar ella el matrimonio, pero Erik no ha querido atender a razones.

La cortó tajantemente, reí mucho mientras se miraban de manera desafiante. Kelly, por su parte, es una mujer fantástica. Ha tenido que aguantar todas las órdenes de Erik y ver cómo se frustraban todos sus proyectos. Dejémoslo en que le ha trastocado todos los planes. Pero ella ha sido paciente, no se ha vuelto loca como las otras dos compañeras que la precedieron y que Erik ahuyentó. Hemos discutido también a causa de esto, pero al final me he rendido y ha hecho las cosas como siempre a su manera. Sabemos que con él es mejor no discutir, no se llegaría a ninguna parte.

La única cosa sobre la que he tenido autoridad ha sido en la decisión de la iglesia. Soñaba con casarme encima de una colina y así ha sido. Desde donde me encuentro ahora dista unos 10 minutos. Teniendo en cuenta que deberíamos casarnos a las 11 en punto, quizás es mejor que me dé prisa. No vaya a ser que llegue tarde, al señor Truston no le gustaría nada. Y no quiero enfadarlo precisamente hoy, aunque normalmente se dice que es la esposa quien llega tarde. Quería ser un poco maliciosa y hacerlo esperar, tal vez sudaba frío creyendo que habría cambiado de idea. Pero después he decidido que hoy será un día perfecto. Pero que quede claro que solo por hoy. Claire me ayuda con el vestido mientras nos dirigimos al vehículo. Una vez dentro noto que se aleja.

—¿No vienes conmigo? —pregunto sorprendida.

—Me gustaría, pero tengo que llegar antes y asegurarme de que los chicos estén en su sitio. Quiero que te vean solo cuando entres. El conductor te llevará por el camino más largo hasta la iglesia, allí te estará esperando tu futuro marido.

—De acuerdo, nos vemos después —digo decepcionada. Me gustaría tenerla a mi lado todo el rato. Aunque no lo demuestro, estoy nerviosa. Me caso, ¡caray! Después de haber tenido algunas dificultades para entrar, me siento intentando mantener la calma. Veo alejarse el coche de Claire y me despido con la mano. Ya falta poco. Es la primera vez que estoy sola, y la ansiedad aumenta por momentos. Tengo la sensación de que en este coche hace demasiado calor.

—Perdone, ¿podría encender el aire acondicionado? Hace demasiado calor aquí dentro —digo.

No consigo ver al conductor, entre él y yo hay un cristal tintado. No

responde. Probablemente no me ha escuchado.

Me acercando golpeando el cristal delicadamente. Cuando el cristal se baja, lo que ven mis ojos es la cosa más imposible del mundo.

—Hola, dulce Elisa —su voz es todavía más odiosa de lo que pensaba. Por favor, dime que es solo una pesadilla. No es posible. No, hoy no. Voy a casarme. Si esto es una pesadilla, quiero despertarme inmediatamente.

—¿Stefan, qué haces aquí? —pregunto asustada. Esto no me gusta para nada.

—¿Creías que te saldrías con la tuya después de lo que ha pasado? —ríe maléficamente. Me está asustando. Este hombre está loco y yo no quiero estar ni un minuto más en su presencia. Intento salir del coche, pero las puertas están bloqueadas, estoy entrando en pánico.

—Déjame bajar —grito a pleno pulmón.

—No, querida. Ahora tu y yo vamos a hacer un bonito viajecito—levanta la ventanilla que nos divide y sale a toda velocidad. Desesperada golpeo reiteradamente con los puños sobre el cristal, pero no obtengo ninguna respuesta. ¿Por qué está pasando todo esto?

—Te ruego, Stefan, deja que me vaya —le estoy suplicando desde hace horas, pero nada. Las puertas están bloqueadas, no consigo salir de este maldito vehículo. Miro por la ventanilla, pero no reconozco nada. Me pregunto qué estará pensando Erik, solo espero que no crea que he escapado de él. Por favor, Erik, búscame, encuéntrame. Solo Dios sabe que se le estará pasando por la cabeza a este loco. Tengo miedo. Miedo por mí, pero sobre todo por el pequeño. Miro a través de la ventilla por enésima vez. No reconozco ninguno de estos malditos paisajes. Después de varias horas de viaje el vehículo se detiene. Stefan abre la puerta apuntándome con una pistola. Es la primera vez que veo una de verdad, es escalofriante.

—Bienvenida a casa, muñeca. Te conviene portarte bien porque de lo contrario te mato. ¿He sido claro? —pregunta severo.

Salgo del coche y me seco las lágrimas que han humedecido mi rostro. Estamos en pleno campo, no hay nada más que una pequeña casita. Camino con la pistola apuntando hacia mí, estoy temblando como una hoja. Tengo que ser valiente y pensar que esta terrible situación acabará pronto. Resiste pequeño, mamá es fuerte, irá todo bien. Esperemos que tu papá nos encuentre rápidamente. Una vez dentro de la casa, Stefan me sienta en el sofá y con un par de esposas me bloquea las muñecas.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —pregunto frotándome las manos.

—Porque tu futuro marido me ha arruinado la vida. Quiero pagarle con la misma moneda. Tú eres su punto débil, por lo tanto tengo intención de usarte como tal. Lo quiero ver sufrir, tendrá que pagar por todo lo que ha hecho.

—Todo esto solo porque te ha puesto las manos encima.

—Qué ingenua eres. Deduzco que no te ha dicho nada—. Sonríe satisfecho. —Está bien, te diré quién es el hombre cruel y sin escrúpulos que es en verdad Erik Truston. No solo me ha dado una paliza, sino que ha hecho que mi empresa fracasara para después comprarla. Me ha arruinado la vida. No le ha valido solo con robarme a Helena, ha ido más allá. Es hora de que pruebe su propia medicina. Hasta que no tenga justicia, no estaré satisfecho —grita con los ojos entrecerrados.

Oh Dios mío, la situación es más grave de lo que pensaba. La locura no entiende de razones y este hombre es el ejemplo. En cuanto salga de este lío, juro que mataré a mi marido con mis propias manos. No entiendo qué necesidad había de hundir su empresa, por no hablar de que ya cometió un error poniéndole apaleándole.

—Te suplico, no me hagas daño, lo siento por lo que ha hecho Erik.

—Tranquila, si harás lo que te pido, no te sucederá nada. —Su voz se calma repentinamente. Se acerca y con los dedos acaricia mi rostro. No tardo mucho en darme cuenta del significado de sus palabras. No le permitiré jamás que me toque.

—Para darte la bienvenida he decidido cocinar para ti. —Está intentando ser amable. Tengo que idear un plan para escapar. Me quedo quieta escrutándolo mientras cocina. Observando a mí alrededor, me doy cuenta de que esta casa está llena de recuerdos. Hay algunas fotos tuyas, otras retratan a dos niños. Una foto en particular llama mi atención. Stefan con una mujer. No sé quién es, pero es muy hermosa.

—Si te portas bien, luego bajo a la ciudad a comprarte algunos vestidos.

Lo miro mientras habla y advierto su tranquilidad. Parece que para él todo esto es normal. Me has secuestrado imbécil. Cuando Erik me encuentre, lo pagarás. Me levanto acercándome a la cocina y lo miro permaneciendo a cierta distancia. Las muñecas me duelen, las esposas están demasiado fuertes.

—¿Podrías aflojarlas? Me hacen daño —digo con voz ronca. Su mirada se

vuelve fría y esto no promete nada bueno, —por favor —susurro. Se acerca resoplando y saca del bolsillo una pequeña llave. Las afloja e siento de inmediato una sensación de alivio. No estoy segura, pero tal vez si intento ser amable podría cogerlo desprevenido. Si consigo ganarme su confianza, quizás descuide el objetivo y pueda escapar. Lo único que no tiene que saber es que estoy embarazada. Probablemente haría daño al niño y esto no lo permitiría nunca. Tengo que estar atenta y estudiar un plan de fuga. Y pensar que este tenía que ser el día más bonito de mi vida... Tendría que haberme casado con el hombre al que amo, y sin embargo un loco me ha secuestrado. Me gustaría gritar a pleno pulmón, pero sé que no serviría de mucho, es más, se enfadaría todavía más.

—Siéntate. Ya está listo —ordena. Hago lo que me dice sin rechistar. No tengo mucha hambre, mejor dicho, no tengo nada de hambre. Intento tragar algún bocado mientras me él me mira fijamente de manera perturbadora.

—¿Te gusta? —pregunta con voz calmada.

—Está bueno —respondo. En realidad siento náuseas, pero tengo que parecer creíble. Tengo que resistir, no puedo rebelarme y poner en peligro a mi hijo. Su modo de cocinar es asqueroso, ni sé el sacrificio que he tenido que hacer para fingir. Tengo que mantener a raya mi instinto guerrero, no me ayudaría.

—Ven, te enseño la habitación. —Lo sigo sin protestar. Llegamos a una habitación desamueblada con una cama en el centro. Mis ojos se detienen en la cadena clavada y enrollada alrededor del cabezal de la cama. Ya lo tenía preparado, ha estudiado todo hasta el más mínimo detalle. Ya estoy imaginando lo que sucederá. Querría escapar en este instante, pero no creo que sea capaz. Sabe lo que hace. Me sienta en la cama y tira de la cadena enganchándola a las esposas. Observo mis muñecas rojas, me duelen.

—Ahora ya está todo en orden. —Habla en voz baja mientras se asegura que este todo bien sujeto. Tira con fuerza de la cadena para comprobar que esté bien clavada a la pared. Parece satisfecho de lo que ha hecho.

—Iré a la ciudad a comprarte algo de ropa. Pórtate bien —me aconseja con una sonrisa burlona. Cuanto más pasan los minutos, más miedo tengo de este hombre. Permanezco inmóvil mientras se marcha. ¿Portarme bien? Por supuesto. Quiero irme de aquí lo antes posible y lo intentaré por todos los medios. En cuanto escucho el chasquido de la cerradura, comienzo a tirar de la cadena lo más fuerte que puedo. No sé de cuánto tiempo dispongo,

pero no tengo intención de perder ni un minuto. Tengo que escapar. Tiro con fuerza esperando que se arranque. Continúo tirando, pero nada parece cambiar. Lo he hecho con tal fuerza que he advertido una cierta laceración en las muñecas. Mis manos se están bañando de sangre y algunas gotas han caído en el vestido. No me rendiré, tengo que continuar. En mi mente solo hay un objetivo. Escapar.

Capítulo 2

No sé cuántos minutos han pasado, no he dejado ni siquiera un instante de intentar arrancar la cadena.

—Maldita cadena, arráncate. —Grito frustrada y en un último intento desesperado tiro más fuerte. Apoyo un pie en la cabecera y tiro. ¡Vamos, arráncate! Todavía no sé cómo, pero lo consigo. La cadena se suelta y caigo hacia atrás. Lo he logrado, no me lo puedo creer. Me levanto con la respiración entrecortada recogiendo la cadena que me tengo que llevar a rastras. Salgo de la habitación con paso ligero mirando a mi alrededor. No hay señal de él. Cuando llego a la puerta de la entrada, trato de abrirla. Bajo el pomo y tiro, no se abre. Maldición, está cerrada con llave. Echo un vistazo y la única vía de salida parece ser la puerta de atrás. Veo la llave introducida en la cerradura, se ha olvidado de quitarla, Stefan no imaginaba que podría liberarme.

Doy vuelta a la llave y la puerta se abre. Cuando salgo fuera apercibo que no sé dónde me encuentro. Actuando por instinto me encamino hacia el camino de tierra. ¿Cómo es posible que aquí no viva nadie? No veo nada excepto campos, la casa de la que he salido y montañas a lo lejos.

Tengo que correr y conseguir llegar a un lugar habitado lo más rápido posible. Stefan ha dicho que iba a la ciudad a comprarme algo de ropa, me pregunto a qué distancia estará. Ni siquiera sé el tiempo que tengo antes de que vuelva. Después de correr durante varios minutos, estoy agotada. No puedo más. Respiro a duras penas y me duelen las piernas. Tengo que aguantar, no puedo detenerme. A lo lejos veo un coche que viene en mi dirección. El corazón me late a mil por hora. Por favor, dime que no es él. Cuanto más se acerca el vehículo, más ralentizo el paso hasta que no se detiene. Al volante un hombre anciano me observa perplejo. Probablemente se estará preguntando qué hace una esposa en este estado lamentable en pleno campo. Solo espero que me pueda ayudar y no se dé a la fuga. Me acerco a la ventanilla para pedir ayuda, pero me bloqueo. En la misma dirección en la que venía el hombre está llegando otro vehículo. Es la limusina de Stefan. Se está acercando a gran velocidad. No tengo tiempo. Tengo que hacer algo.

—Sé que esto le parecerá extraño, pero le ruego que me escuche —digo

con la respiración entrecortada quitándome el brazaletes que Erik me ha regalado esta mañana. —Avisa a la policía, dígame que me han secuestrado—. Le extiendo el brazaletes mientras miro cómo el coche de Stefan nos alcanza.

—Váyase antes de que le mate a usted también. Le ruego me ayude, es mi única esperanza —suplico alejándome del automóvil.

El hombre no ha sido capaz de proferir palabra. Ha salido a toda velocidad visiblemente asustado. Confío en que todo esto sirva para algo. Miro en la dirección de Stefan asustada. Debería huir como alma que lleva el diablo, pero no sé si servirá de mucho, y aun si hubiera logrado subir al coche del desconocido, no creo que habría conseguido librarme de él. Está loco, sería capaz de todo.

—¿Qué coño estás haciendo? —grita bajando como una furia del coche. Se acerca amenazante agarrándome por el pelo. Me arrastra hasta el vehículo mientras grito del dolor.

—Suéltame. Me estás haciendo daño —grito a pleno pulmón intentando liberarme de sus garras. Me empuja dentro del coche para después bloquearme con la fuerza de su cuerpo. No consigo respirar.

—Ahora sí que te portarás bien —dice con tono maléfico mientras saca de la guantera una jeringuilla. Oh, Dios mío, ¿qué quiere hacerme? Más asustada que nunca intento escapar, pero no obtengo ningún resultado. Con un gesto agresivo me clava la jeringuilla en el brazo y grito.

Continúa bloqueándome sin permitirme ningún movimiento. La cabeza comienza a darme vueltas y tengo miedo. Me siento rara, me encuentro muy débil, me estoy durmiendo. Espero que Erik reciba mi mensaje, no sé cuánto podré aguantar con este demente.

Me despierto con un fuerte dolor en las manos. Abro los ojos de repente encontrándome en la maldita habitación de donde he escapado. Intento levantarme, pero no lo consigo, tengo las manos atadas a la cabecera de la cama de hierro. Por si fuera poco, tengo las piernas también atadas. El cabrón se ha asegurado de que no escapara de nuevo. ¿Qué intenciones tendrá? Miles de pensamientos pasan por mi mente. Pienso en lo peor. Me matará, estoy segura. Este hombre está loco de remate.

Comienzo a moverme frenéticamente. Pánico. Ansiedad. Miedo. Quiero volver a mi vida. No quiero acabar así.

—Buenos días —. Su voz irritante resuena en la habitación. Me mira

sonriente mientras se apoya en la puerta. Ríe mientras yo sufro. Juraría que se alegra de verme en este estado deplorable.

—Eres un hombre sin corazón. Espero que te pudras en el infierno. —Las palabras me salen sin pensarlo dos veces.

—Si voy al infierno, vendrás conmigo —responde convencido.

Se acerca aferrándose por el mentón con fuerza y me mira. Impulsivamente intento apartarme, pero aumenta la fuerza obligándome a mirarlo. Intenta acercarse todavía más. Sé lo que está intentando hacer, prefiero morir en la hoguera a que me bese. Operando por instinto le escupo en la cara. Su reacción es muy violenta. Recibo una fuerte bofetada. La mejilla me quema como si hubiera prendido fuego.

—Vuelve a hacerlo y la próxima vez será peor —amenaza a pocos centímetros de mi cara. Me da escalofríos. Tengo miedo. Se acerca tan rápido que no logro rehuir. Sus labios se posan en los míos, pero tengo los labios cerrados negándole el acceso. Me echo a llorar. Todo esto es terrible. Notando mi actitud reacia decide poner fin a esta tortura separándose pero permaneciendo demasiado cercano.

—Ahora, si no te importa, dime lo que le has dicho a ese hombre — ordena. Seré una gran actriz. Tiene que creerme. Rezo por dentro para que me crea.

—Nada. No me ha querido escuchar y se ha marchado llamándome loca —miento.

Lo miro a los ojos. Claire siempre decía bromeando: «Si quieres mentir bien mira a los ojos». Espero que funcione. Espero que tuviera razón. Me observa preocupado pero no dice nada. Está pensando. Sale de la habitación sin añadir nada más y pruebo una sensación de alivio. Por fin puedo respirar. Espero que mi intento de fuga haya servido para algo.

He pasado toda la noche despierta. No logro dormir con ese monstruo cerca. Desde la ventana veo el alba. De Erik no hay señales. Suspiro profundamente mientras miro el techo. Estoy preocupada. ¿Y si no ha recibido mi mensaje?

—Buenos días, dulzura, te he traído el desayuno —. Observo su silueta de reojo mientras se acerca. Posa la bandeja a los pies de la cama y se acerca a mi rostro. Inmediatamente me giro bruscamente hacia el otro lado.

—Si haces lo que te digo, te ducho y te pongo ropa limpia — susurra

—No, gracias. Prefiero estar así —contesto tragando saliva.

—Podría dormirte y hacer lo que quisiera contigo. Así que deja de oponer resistencia.

Me besa en la mejilla intensamente mientras su mano me bloquea la mandíbula.

—Eres un cabrón asqueroso —grito moviéndome agitadamente. No quiero que me toque, me repugna. Con las manos y las piernas atadas no consigo hacer nada, mis intentos son en vano.

Dirige mi cara hacia él con fuerza. —Este cuerpo ahora es mío —desliza la mano libre sobre mi cuello y desciende lentamente, —tendrás que aceptarlo, mi pequeña Elisa —tararea mientras continúa tocándome.

Las lágrimas invaden mi rostro y no quiero contenerlas. Sus movimientos se detienen a causa de mis sollozos.

—Shh, tranquila. Sé buena chica y me haré cargo de ti. No quiero hacerte daño —ahora su voz parece muy agradable, cuando hace menos de dos minutos parecía el demonio en persona. —No quiero asustarte. Soy una buena persona y te lo demostraré inmediatamente —sonríe mientras coge la bandeja del desayuno.

Me desata una de las manos permitiéndome de este modo poder comer. Desearía romperle la bandeja en la cara, pero no serviría de nada, agravaría aún más la situación. Cojo el vaso de zumo y le doy un sorbo. No puedo evitar pensar en lo destrozadas que tengo las muñecas. Lo miro apretando la mandíbula y continúo con el desayuno. Ha estado todo el tiempo en silencio observándome. Psicopático hasta la médula.

—Ahora sé buena y ve a ducharte y a cambiarte. Ya lo verás, te sentirás mejor —su voz es tranquila.

Tengo que prestar mucha atención a sus cambios de humor repentinos. Dejo que me libere y hago lo que me dice. Cuando llego al baño, me sorprendo al ver la llave introducida en la puerta, aprovecho la ocasión y cierro con llave. Observo a mi alrededor advirtiendo la inexistencia de ventanas, ahora entiendo por qué el desgraciado estaba tan tranquilo dejándome sola. Ningún espejo, ningún objeto, había planeado eliminar todo. Me quito mi preciso vestido de novia y lo miro con melancolía. Tendría que haber sido el día más bonito de mi vida, y sin embargo se ha transformado en una pesadilla. Froto la esponja reiteradamente sobre mi piel con rabia.

Quiero limpiarme, me siento sucia en todos los sentidos. Me ha tocado, me

ha besado. Las lágrimas quieren salir, pero las retengo. No quiero llorar, necesito encontrar un modo para salir de aquí. Tengo que ser fuerte.

Cuando acabo, me pongo el atuendo que me ha dejado colgado en la pared. El cabrón me ha comprado un vestidito azul que me llega por encima de la rodilla. Me gustaría negarme, pero no puedo. Mi vestido está hecho un asco. Intento no pensar más en ello y me lo pongo. Abro la puerta encontrándolo apoyado en la pared de enfrente.

—Estás radiante —comenta recorriendo con la mirada todo mi cuerpo. Avanzo algunos pasos observando a ambos lados. No me gustan sus comentarios y sé dónde quiere llegar.

—¿Puedo sentarme en el sofá? Prometo que no te ocasionaré problemas —intento parecer inofensiva.

—Veo con agrado que aprendes rápidamente. Sabía que acabarías siendo obediente. —Parece satisfecho de sí mismo.

Iluso. Solamente estoy ideando un plan. Me acomodo en el sofá mientras intento bajarme el vestido hasta las rodillas. Tengo la cabeza baja, no me atrevo a mirarlo. Bastaría un mínimo detalle para hacer que las cosas se pusieran de nuevo muy feas.

—Dado que te sientes mejor, necesito que me hagas un favor—se acerca con una hoja y un bolígrafo, lo posa en la mesa que tengo delante y me sonrío, —escribe una carta a Erik en la que le dices que le dejas, que no volverás nunca con él y que ya tienes a otro.

Muevo la cabeza bruscamente. —No lo haré nunca —ni hablar. No escribiré nunca nada parecido.

—De eso nada —berrea sorprendido. —Escribe ahora mismo lo que te he dicho —ordena cogiéndome la mano violentamente y acercándola a la hoja.

Me tiemblan las manos y mi cuerpo se niega a obedecer. No quiero hacerlo. Sin pensarlo dos veces rompo el folio en mil pedazos con rabia. Prefiero morir antes que escribir esas palabras. Me agarra violentamente del pelo y me obliga a volverme hacia él. Su mirada es inquietante, —no tendrías que haberlo hecho —gruñe entre dientes. Me arrastra brutalmente arrojándome por el suelo. Apoyo las manos e intento levantarme. Se acabó, no le permitiré que me haga más daño. Intento levantarme rápidamente y corro hacia la puerta, pero él es más rápido. Me alcanza y me empuja contra la pared golpeándome en la cabeza. No se detiene, me da la vuelta y me da una bofetada. —¿Qué crees que estás haciendo, eh?, ¿no te has dado

cuenta ya de que no saldrás nunca más de aquí? —me grita en la cara. Estoy aterrorizada y tengo miedo, pero mi lado guerrero me incita a luchar. Levanto la rodilla golpeándolo en las partes bajas. Uso todo mi cuerpo, mis manos golpean bruscamente su cabeza mientras se dobla de dolor maldiciéndome. Por un momento tengo la ilusión de poder acabar con esto y escapar, pero vuelve rápidamente al ataque con un golpe que me hace caer encima de la mesita.

—Putá—, grita mientras todo empieza a darme vueltas. Sus patadas van derechas al abdomen, rápidas, cargadas de odio. Grito adolorida y pierdo la cabeza. Arremeto contra él, la vista se me nubla pero yo no consigo detenerme. Intento presionar con las manos alrededor de su cuello y continúo gritando. O él o yo, no puedo permitir que continúe, no le permitiré que me haga más daño. Me empuja con fuerza y yo caigo golpeando la espalda contra la pared. No consigo moverme, mi cuerpo se cae al suelo y el dolor aumenta de intensidad. ¿Erik dónde estás? No sé cuánto tiempo aguantaré en este infierno. Me falta la respiración y la vista se me nubla. Rodeo con las manos mi cintura, pero ya no siento mi cuerpo. Todo desaparece. Me quedo sola con el silencio y la oscuridad.

Capítulo 3

ERIK

La vida te pasa por delante en un instante, se desvanece y no puedes hacer nada.

Soy un estúpido que está convencido de poder controlar todo, y sin embargo ha sido mi forma de ser la que me ha llevado a la situación en la que me encuentro. Ella no me mira, esos ojos verdes que tanto amo ya no me sonrían y es culpa mía.

He arruinado todo porque soy un monstruo destinado a sufrir. Pasaré mi vida pagando por los errores que he cometido y nadie podrá salvarme de mí mismo.

—Te ruego, cariño mío, despierta —le susurro mientras le acaricio el rostro. Ella no responde, pero sé que está viva. Aprieto su mano y la beso. Alguien me habla pero no lo escucho, solo quiero estar a su lado.

—Señor, tiene que dejarnos trabajar. —Me dirijo hacia el médico y lo miro molesto.

—Quiero quedarme con ella.

El hombre suspira profundamente mientras nos dirigimos hacia la sala de operaciones.

—Déjenos trabajar, está ralentizando nuestro trabajo —protesta el hombre. Miro a mi alrededor aturdido, no logro pensar en estas condiciones. Dejo escapar la mano de Elisa y la miro mientras la llevan al quirófano al final del pasillo.

Me siento en la primera silla que veo y meto en la cabeza entre las manos. Soy un monstruo, la culpa de que se encuentre en este estado es mía. He dañado lo más valioso que tenía con mis propias manos. No puedo estar quieto, debo hacer algo.

Me levanto caminando de un lado para otro por el pasillo. Por primera vez en mi vida estoy asustado.

—Joder —grito dando un puño en la pared.

—Erik.

Claire se acerca preocupada posándose una mano en el hombro. A sus espaldas Logan, Jason y mi hermano Lukas me miran intranquilos. No puedo

hablar, tengo la garganta seca. El latido de mi corazón acelera mientras miro mis manos, están sucias de sangre, la sangre de la mujer que amo.

Stefan la ha maltratado y el único culpable soy yo. Aprieto los dientes y dejo vagar la vista.

—Cuando llegué había perdido la consciencia. Había mucha sangre y no se despertaba... —No continúo, me estoy hundiendo. Nunca olvidaré lo que he visto, el resultado de mis acciones. No acabo de creer que esto esté sucediendo realmente.

—¿Dónde está?, ¿cómo se encuentra? —pregunta mi hermano acercándose.

—No lo sé, no se ha despertado.

—No, no, ella no puede... —Protesta llorando Claire.

—Ni se te ocurra decir esa palabra. Se recuperará porque es fuerte —digo con tono amenazante como si fuera ella la causa de mis problemas. Golpeo de nuevo la pared. La rabia y la desesperación aumentan cada vez más porque no quiero perderla y la idea me está matando. Quiero que esté a mi lado toda mi vida, no puede abandonarme. Los nudillos comienzan a sangrar pero lo único que siento es mi corazón desmoronarse en mil pedazos.

Pasan horas que parecen años, continúo yendo de un lado para otro esperando que alguien me diga algo. Quiero saber cómo está, quiero verla. Los otros han bajado al bar para tomarse un café, pero yo no puedo moverme de donde estoy.

—Señor Truston —alguien me llama. Girándome de golpe me encuentro a pocos centímetros de un hombre con bata.

—Soy el Doctor Thomas Miller, me he ocupado de la señora Ston.

—¿Cómo está?

—La señora Ston se recuperará. Ha sufrido diversas fracturas, dos costillas rotas y algunos hematomas, pero las constantes vitales son regulares. Con los tratamientos y mucho descanso se recuperará totalmente.

Siento la sangre bombeando en las venas mientras un nudo se endurece en el estómago.

—¿Cómo está el niño?

La expresión del hombre que parecía indiferente cambia, no necesito que diga nada más, veo el disgusto en sus facciones.

—Lamentablemente no hemos podido salvarlo, la situación era más

complicada de lo previsto y carecía de respiración.

Nuestro hijo ha muerto. Me paso la mano por el rostro suspirando. Mi hijo ha pagado por mis errores y esto nunca me lo perdonaré. Mi cuerpo se tensa mientras mi mirada se dirige más allá del médico, hacia la sala de operaciones.

—Exijo verla. —Quiero verla, la necesito y ella me necesita. No sé cómo afrontaremos la situación, los sueños de una familia se han desvanecido. Un vacío aumenta en mi interior, cada segundo que pasa me acerco progresivamente a la oscuridad. Necesito mi luz, la necesito antes de que sea demasiado tarde.

—La llevarán a la habitación y pasaré a realizar el control médico en unas horas.

Me siento y miro al vacío. Nuestro hijo ya no está con nosotros. El latido del corazón aumenta, me falta el aire, me estoy ahogando. El sonido de las ruedas de una camilla llama mi atención, alzo la mirada y la veo. Me levanto de sopetón, espero en un lado a que la preparen, pero uno de los celadores me hace un gesto para que salga. ¿Cómo le diré que no veremos nunca más a nuestro hijo?, ¿cómo le diré que por mi culpa nuestros proyectos de familia se han desmoronado? Me cubro el rostro y por primera vez después de mucho tiempo me dejo llevar por las emociones y lloro porque soy el único culpable que está detrás de todo esto.

Capítulo 4

Me despierto aturdida, tengo frío, tiemblo.

Tengo la boca pastosa, los párpados me pesan y me cuesta tener abiertos los ojos. La luz me ciega, pero no me rindo, abro los ojos hasta que me acostumbro a ella. Me gustaría moverme, pero mi cuerpo no responde como debería, me siento extenuada.

Mis ojos vagan buscando algo conocido, pero no reconozco la habitación en donde me encuentro. Parece la habitación de un hospital, no estoy segura. El brazo me pica y después siento la aguja, sigo el tubito que sale de esta hasta llegar al gotero. Intento moverme, pero me detengo enseguida a causa del dolor insoportable en la zona de las costillas. El pánico se apodera de mí porque no logro entender qué está ocurriendo. Tomo respiraciones cortas por miedo de volver a sentir nuevamente el dolor. Los últimos recuerdos comienza a fluir repentinamente y el corazón comienza a acelerarse. ¿Dónde está ese monstruo de Stefan?

La puerta se abre y veo la luz de mis ojos, Erik. Su rostro es pálido, no me sonrío mientras se acerca.

—Cariño mío —susurra un instante antes de abrazarme y besarme delicadamente en la frente. Lo escucho suspirar mientras acerca el sillón a la cama y se sienta. Lo observo, pero no consigue mirarme a los ojos y no entiendo el porqué. Coge mi mano entre las suyas, con sus pulgares acaricia el dorso y continúa suspirando manteniendo la cabeza baja.

—Erik mírame —suplico con voz débil.

Alza la mirada y lo que veo no me tranquiliza. Los ojos son el espejo del alma, siempre lo he sabido, y los suyos ahora me transmiten destrucción. Los tiene rojos, señal de que ha llorado. Estaba preocupado, no habrá descansado hasta que no me ha encontrado. Se habrá culpado a sí mismo, lo conozco bien.

—¿Cómo estás?

—Dolorida —respondo sin apartar mi mirada de la suya.

—Lo siento.

Responde con gran pesar como si hubiera podido evitar lo que ha sucedido. Nadie podía saber qué tramaba Stefan.

—Erik, estoy aquí y estoy bien —intento tranquilizarlo, pero su mirada se

transforma careciendo de expresión alguna. Hay algo que lo atormenta, está en silencio y no consigue aguantar mi mirada.

—¿Qué sucede?

Él no responde, me besa la mano varias veces de manera casi obsesiva. ¿Por qué no me quiere decir qué está ocurriendo? Intento retirar la mano pero la retiene, la besa una vez más y por fin me mira.

—Lo siento por no haber sido capaz de protegerte. Lamento que ahora te encuentres en estas condiciones por mi culpa y pasaré mi vida rogando que me perdones.

Contengo la respiración mientras se acerca, su rostro está junto al mío y es entonces cuando su mano me acaricia. Con admiración, sus dedos delinean las facciones de mi rostro.

—Te ruego, dime qué ocurre —suplico.

En mi interior un abismo se está apoderando de mí, una extraña sensación, como un abandono repentino y después... Ya sé lo que no logra decirme.

—Cuánto me gustaría volver atrás y cambiar las cosas, pero no puedo Elisa. —Sobre su rostro cae una lágrima y me paralizó. Ruego mentalmente para que no diga no lo que no quiero escuchar. No arruines todo Erik, por favor.

—Nuestro hijo... Se ha ido —declara con la voz quebrada.

Una nube de confusión y debilidad sube hasta apoderarse de mi cabeza nublándome la vista, el oído. Los escalofríos me recorren el cuerpo, no consigo tener los ojos abiertos, estoy jadeando y él, dándose cuenta de mi cambio, se levanta, encierra mi rostro entre sus manos y me obliga a mirarlo.

—Haré lo que esté en mi mano para arreglarlo todo.

No puede hacer nada, todo esto nos supera. El dolor en el pecho aumenta, me gustaría gritar y llorar, pero no consigo reaccionar. El silencio es destructivo, siento latir mi corazón y la respiración agitada de Erik. Sus ojos me suplican en silencio y esto me hace sufrir aún más. Querría decirle que no es culpa suya, que no podía saber lo loco que estaba Stefan, que no tengo que perdonarlo, pero no puedo. Cierro los ojos mientras las lágrimas invaden mi rostro, sufro en silencio porque no soy capaz de hacer nada más.

—Estoy aquí, háblame —suplica pero yo no respondo, continuo flotando en un vacío donde no hay nada.

—Por favor, no te cierres. —Suplica de nuevo, pero esta vez respondo.

Me dirijo hacia él con la vista borrosa y susurro:

—Lo siento.

Tenía que proteger a nuestro hijo y no lo he hecho, lo he puesto en peligro y ahora se ha ido. Soy una persona egoísta que ha pensado solo en sí misma cuando tenía que dar prioridad al niño y mantenerlo a salvo. No debería haberme rebelado, habría sido mejor esperar a que alguien viniera a salvarme.

La mano se desliza por mi vientre, ya no está dentro de mí. Me gustaría gritar, pero no puedo y no sé por qué. Él acerca su mano a la mía, la acaricia y después se detiene; permanecemos en esta posición sufriendo en silencio añorando lo que ya no tenemos.

La vida me está poniendo a prueba una vez más, primero mis padres y ahora mi hijo. Cuando por fin había encontrado el sosiego, desaparece nuevamente. No sé si estaré en condiciones de superarlo de nuevo, no tengo las fuerzas para luchar. Me gustaría cerrar los ojos y no despertarme nunca más porque este mundo no me gusta, vivo siempre con demasiado sufrimiento y temor a perder lo que tengo en cualquier momento.

—Quiero que Stefan acabe en el infierno.

—Acabará, me aseguraré personalmente.

Le creo, siempre cumple lo que promete.

—Quería matarlo cuando te he visto en estas condiciones. Pero por lo que parece alguien llegó antes que yo y le disparó. Por desgracia todavía está vivo.

El dolor físico no se puede comparar al vacío que se ha creado en mi cabeza y al dolor que tengo en el corazón.

—Llévame a casa, Erik —lo suplico desesperada. Quiero marcharme a casa, estar encerrada en silencio entre esas cuatro paredes y no saber nada de nadie nunca más.

—Tan pronto como podamos te llevaré a casa, te lo prometo pequeña.

Apoya la frente en mi mano mientras mi corazón continúa resquebrajándose en pequeños pedazos. Permanecemos silenciosamente durante bastante tiempo, no necesitamos hablar, el peor sufrimiento aparece en el silencio.

Alguien llama y después la puerta se abre, un hombre que nunca he visto en mi vida entra y cierra la puerta tras de sí.

—Lamento molestarles, soy el inspector Skillman. Necesitaría hacerles

algunas preguntas.

—No me parece que este sea el mejor momento para hacer preguntas, inspector.

Los dos hombres se intercambian miradas amenazadoras y ninguno de los dos tiene intención de rendirse.

—La investigación tiene que continuar, señor Truston —especifica el hombre mientras saca un bloc del bolsillo. Debo intervenir antes de que Erik pierda los papeles y empeore la situación. La idea de hablar de lo que ha sucedido no me agrada, pero creo que servirá para agilizar los procedimientos.

—De acuerdo, puede comenzar cuando quiera —digo llamando la atención de ambos.

—Erik, deberías salir —intento decir con la esperanza de que no se oponga.

Apoya molesto las manos sobre la camilla mirándome: —Ni siquiera un ejército podría sacarme de aquí. Quiero estar contigo —declara seriamente.

Sabía que no me escucharía, no se da cuenta de que le harán daño todas y cada una de mis palabras. Más sufrimiento todavía y no sé cuándo acabará. Suspiro con resignación dirigiendo mi mirada hacia el inspector. Erik se acomoda en la silla junto a mí listo para escuchar.

—Entiendo que no es fácil describir el trauma que ha sufrido, pero necesito saber con exactitud lo que sucedió.

Tendré que contar todo y Erik escuchará cada una de mis palabras. Sufrirá, se odiará y yo me odiaré aún más.

—Subí al coche que tenía que acompañarme a la ceremonia y al volante estaba Stefan Grant. Intenté escapar, pero era una trampa, las puertas estaban bloqueadas, su intención era secuestrarme. Me llevó a una casa entre colinas, no sabría decir dónde. —Tengo que ser fuerte y contar todo, de lo contrario ese monstruo no pagará hasta el final por lo que ha hecho.

—Preparó una habitación para mí, me ató las manos con una cadena y allí pasé la mayor parte del tiempo.

Respiro hondo y continuo.

—Decía continuamente que tenía que obedecer, de lo contrario me mataría — me detengo porque las lágrimas quieren salir, pero yo no quiero llorar, no ahora. La mano de Erik aprieta la mía demostrándome que está a mi lado, que no estoy sola.

—Cuando se marchó para comprarme algo de ropa conseguí desatarme, salir por la puerta de atrás y huir. No sabía dónde ir y caminé durante no sé cuánto tiempo hasta que encontré un anciano que pasaba por allí con una furgoneta. No tuve mucho tiempo porque Stefan estaba llegando detrás de mí, así que le di el brazalete a ese hombre y le dije que os buscara.

Observo los ojos llorosos del hombre al que amo y le pido perdón mentalmente por lo que diré a continuación.

—Stefan estaba furioso, me arrastró hasta su coche y cuando llegamos a casa...me...— No logro continuar. La idea de lo que sucedió me da escalofríos.

—¿Te...? —me presiona el detective.

Elimino el contacto con Erik y apoyo la mano en el vientre. Tengo que hacerlo, no por mí, sino por mi hijo. Dirijo la mirada al inspector porque no consigo continuar mirando al hombre que es todo para mí. Sé que sufrirá por su lado posesivo.

—Me dijo que era suya y que podía hacer conmigo lo que quisiera. Intenté defenderme pero fue inútil, no pude evitar su beso. Sus intenciones eran crueles y yo tenía miedo.

Miro a Erik que mantiene la cabeza baja, los músculos de su rostro están contraídos.

Busco su mirada pero no la encuentro. —Continúa —susurra.

Suspiro volviendo a mirar al inspector y continuo: —tenía bruscos cambios de humor. Era amable pero en cuanto no le gustaba mi comportamiento se ponía nervioso y violento. Le escupí en la cara después...Bueno... De lo que hizo y su respuesta fue abofetearme —me detengo observando la expresión indescifrable de Erik, su mente está en otra parte y yo lo noto distante.

—Todo empeoró cuando me pidió que redactara una carta a Erik en la que debía escribiera que ya no le quería, que le dejaba y que no me buscara. Me negué rompiendo el folio, y luego sucedió todo muy rápido. Me tiró al suelo tirándome del pelo, yo le di una patada en las partes íntimas y después... El último recuerdo que tengo... Continuaba dándome patadas, sentía el dolor, gritaba, pero no se detenía. Perdí la consciencia y cuando me desperté ya estaba en el hospital. —Un ardor en el pecho aumenta, respiro con dificultad.

Erik aferra mi mano y la besa. Afrontaremos juntos todo esto, yo lo

necesito y él me necesita.

—¿Había otras personas con vosotros? Pregunta repentinamente el hombre.

—Que yo sepa no, siempre le vi a él.

—Sospechamos que Grant tenía cómplices, hay algunos aspectos poco claros.

El hombre mira a Erik y la expresión en su rostro no es tranquilizadora.

—Gracias por su declaración, comprendo que no es fácil. —El hombre vuelve a meter la libreta en el bolsillo y sale de la habitación.

—Vuelvo ahora mismo. —Erik se levanta saliendo también. Lo conozco, se querrá asegurar de que todo proceda de la mejor manera posible.

Después de varios minutos la puerta se abre nuevamente y entra un Erik pensativo. No se sienta junto a mí, se mantiene a una cierta distancia y eso no me gusta. Sé lo que está pensando, se siente culpable.

—Ven aquí —digo señalándole la camilla. Su mirada se posa en mí. Ha llorado y no quiere que lo vea, detesta mostrar su debilidad.

Se acerca suspirando y se sienta a mi lado.

—Lo que ha sucedido... No es culpa tuya —digo.

Mueve la cabeza con decepción mientras su mano se entrelaza con la mía.

—Es todo culpa mía. Tú y nuestro hijo habéis pagado por mis errores. Debía protegeros, y sin embargo mira lo que os he hecho —su voz se escucha a duras penas.

—No permitiré que te sientas culpable —susurro mientras le acaricio el rostro. —Necesito que estés conmigo para superar este momento. Te lo suplico, no te culpes.

—Tenía que protegerte, no herirte.

—No es tu culpa —trato de tranquilizarnos a ambos. Él y yo juntos podemos superarlo todo, pero tenemos que restar unidos.

Capítulo 5

Recorro el pasillo que lleva a la sala donde se celebrará el juicio contra Stefan Grant.

Han pasado dos meses desde aquel día, pero es como si hubiera sucedido hoy. Para recuperarme físicamente he tardado bastante, pero el lado psicológico continúa fallando. Es como si me encontrara en un limbo, no avanzo, pero tampoco retrocedo.

Erik hace todo lo que puede, está siempre a mi lado e intenta involucrarme en los negocios de la empresa. He retomado los estudios y se puede decir que es ahí donde he concentrado la mayoría de mi energía. Necesito distraerme continuamente porque cada vez que estoy quieta, pienso, y el único tormento capaz de destruirme es el recuerdo de mi hijo. Lo deseaba con vehemencia, habría llenado mi vida. Tendría una familia y solo con pensarlo era feliz. Froto mis manos frenéticamente con el corazón en un puño, no estoy lista para volver a ver a ese monstruo, pero debo hacerlo.

La idea de volver a contar a todos lo que pasó me molesta, porque por mucho que Erik haya intentado tener lejos a la prensa, la información se ha filtrado y los periódicos no paran de hablar de ello. Hoy, más que ningún otro día, la atención se centra en nosotros y yo detesto estar en el punto de mira.

Erik y sus abogados dicen que tienen todo bajo control, que el asunto se debería resolver rápidamente, y aún así hay una pregunta fundamental que no me sosiega. ¿Quién ha disparado a Stefan Grant? Erik dice que lo encontró tumbado en el suelo dolorido.

Sin embargo, no recuerdo haber visto a nadie antes de perder la consciencia. ¿Quién estaba al corriente del plan de Grant? Son preguntas que necesitan una respuesta y espero obtenerlas. Si tenía un cómplice no creo que este tuviera la intención de matarlo, al no ser que se viera obligado por miedo a que su nombre saliera a la luz. Esperamos durante varios minutos fuera de la sala del tribunal, Erik está muy pensativo y no es una buena señal. Cuando Erik piensa quiere decir que hay un plan de por medio. Fuertes pasos llaman mi atención, me giro hacia el final del pasillo y veo a los policías. El latido comienza a acelerar. Los hombres se acercan, detrás de ellos hay alguien y yo sé bien quién es. Cada uno de sus pasos es

como un estrangulamiento, no puedo respirar, estoy a punto de sufrir un ataque de pánico y no puedo permitírmelo. Intento respirar profunda y regularmente en vano.

Stefan me mira, sonrío mientras las fuerzas de seguridad lo tienen vigilado. Sus ojos me miran fijamente y me paralizan.

—Hola, adorable Elisa, ¿me has echado de menos? —pregunta disfrutando de la situación.

Erik se pone delante cubriéndome la visual, pero ya es demasiado tarde.

—No le hables, cabrón —la voz de Erik resuena en el pasillo. Agarro su mano e intento tirarlo hacia mí pero no se mueve, mantiene la mirada amenazante y fija en Stefan. Si la situación está empeorando incluso antes de entrar en la sala, no me quiero imaginar lo que pasará después.

Las fuerzas del orden caminan hacia la sala incitando a Stefan a entrar, pero este último pasando al lado de Erik susurra: —La muñequita besa como Dios.

Erik se arroja contra él ferozmente, pero alguien lo para justo a tiempo.

—Eres un hijo de puta. Te voy a matar Grant.

El hombre viene introducido en la sala mientras dos policías intentan calmar a Erik que no parece dispuesto a rendirse.

Las lágrimas caen sin pedir permiso, no consigo soportar todo esto. Sin pensarlo dos veces corro hacia la salida. Necesito respirar, de lo contrario enloquecería si me quedo aquí. Escucho su voz llamarme pero no me detengo.

Una vez fuera me siento en un banco, intento retomar el control y ser fuerte, pero me parece casi imposible.

Repentinamente dos manos me abrazan, me invade el olor de casa.

—Lo siento, soy un estúpido —susurra mientras apoya los labios contra mi frente. Me dejo mecer relajando mi cuerpo a su merced. Sollozo porque es lo único que me sale en este momento, no encuentro las palabras para expresar lo que siento. Se sienta junto a mí, me coge la mano y la aprieta entre las suyas.

—Tenemos que volver a entrar. Te prometo que mantendré la calma.

Tiene razón, tenemos que llegar hasta el final, si no Grant se saldrá con la suya. Me giro hacia él, lo miro a los ojos y asiento. Me seca las lágrimas pasando el pulgar por la cara, inclina la cabeza de lado y me mira con dulzura.

—Acabemos con Grant y volvamos a casa.

—De acuerdo —digo convencida.

Entramos en la sala cogidos de la mano conscientes de que la atención de los presentes se centrará en nosotros. No miro a nadie, dejo que Erik me acompañe donde sus abogados. Entrelaza sus dedos con los míos y me susurra: —Te amo.

Suelta mi mano, me siento junto a los abogados y él lo hace a mis espaldas. Mantendré el control, escuchará lo que dirá y cuando me tocará a mí reviviré nuevamente la pesadilla y contaré a todos lo que ha sido capaz de hacer Stefan Grant.

El juez entra en la sala, el silencio reina victoriosamente. Después de haber realizado los saludos de cortesía, el juez declara abierta la sesión.

Me llaman para declarar. En un primer momento me paralizó, me dirijo hacia Erik y él me habla con los ojos. Puedo hacerlo. Tomo aire profundamente y me encamino decidida sin mirar a nadie. Cuando me siento alzo la mirada hacia el juez. Se me pide prestar juramento y eso es lo que hago. En la sala impera el silencio, me siento observada. Busco los ojos de Erik, los encuentro. Está sentado rígido con las manos apoyadas en las piernas y las palmas abiertas. Quiero ir a casa y acabar con todo esto antes de que empiece. Él sabe lo que pienso, me lee la mente e inclina la cabeza. Sus ojos me hablan, me dicen que todo irá bien. La sensación de terror disminuye mientras en mi cabeza se repiten sus últimas palabras. *Te amo*. Nuestro amor incomprensible y rebelde que rompe todas las reglas. Un modo nuestro diferente de vivir uno del otro.

—¿Reconoce al acusado? —pregunta el abogado de la parte contraria.

—Sí, es el hombre que me ha secuestrado. —No aparto la mirada de Erik, me reconforta, mirarlo me da seguridad.

—¿Conocía antes de lo sucedido a Stefan Grant? —respiro profundamente y dejo salir todo el aire que tengo en los pulmones.

—Sí, conocía al acusado. Me habían asignado su empresa para llevar la representación legal de la que se ocupaba el buffet en el que yo trabajaba.

Las preguntas continúan y mis respuestas son detalladas. «Acuérdate de decir todo lo necesario sin divagar» me había aconsejado Erik. Sigo manteniendo el contacto visual con él mientras las preguntas se vuelven más mordaces. No queda mucho para que me pregunte lo que más me cuesta contar. Erik apoya los brazos en la silla que tiene delante y se inclina hacia

adelante. Se está preparando, veo como su expresión cambia, sus ojos se entristecen.

—¿Estaba en estado en el momento del secuestro?

—Sí.

Mi pulso aumenta. La respiración se entrecorta. Erik baja la cabeza pero no aparta su mirada de la mía.

—¿Usted y mi cliente habían mantenido una relación anteriormente?

A esta pregunta me dirijo hacia el abogado alterada. ¿Cómo puede preguntar una estupidez semejante?

—¡Nunca! —afirmo con desprecio.

El abogado me escruta con arrogancia y después se dirige a su cliente. Stefan me sonrío, una sonrisa malvada que te lacera la piel hasta entrarte en los huesos y desintegrarlos lentamente, en una tortura lenta y dolorosa.

—Mi cliente afirma que estabais enamorados. No se produjo ningún secuestro, usted escapó con él porque os amabais.

Me vuelvo hacia Erik. Pánico. Él se cruza de brazos, los músculos del rostro se contraen. Tengo que mantener la calma, si no me arriesgo a arruinarlo todo. Quiero gritar y correr hacia ese monstruo, estrangularlo con mis manos, pero no puedo.

Tengo que pensar, manejar la situación con diplomacia y dejar que la justicia siga su curso.

—Me ha secuestrado, atado y golpeado; y al final he perdido a mi hijo por culpa de Stefan Grant. —Me tiemblan las manos pero resisto, seré fuerte por mi hijo, Grant tiene que pagar por lo que ha hecho.

En la sala reina nuevamente el silencio, el abogado afirma haber terminado con sus preguntas y el juez invita a declarar al próximo testigo.

Erik se acerca al abogado, le susurra algo al oído y este último asiente. Después viene hacia mí, me coge la mano y entrelaza nuestros dedos.

—Vámonos a casa. —Me besa en la frente mientras mi mente viaja sin rumbo, en un refugio construido por nosotros mismos donde dejar fuera el mundo.

Cuando salimos del tribunal intento dejar todo a mis espaldas con la esperanza de no tener que volver a lidiar con el caso Grant. Ha sido duro pero si Erik y yo permanecemos unidos todo tiene solución.

—Quería esperar algunos días más pero pienso que este es el mejor momento para mostrarte una cosa.

Lo miro sorprendida mientras sube al coche con expresión seria. No entiendo si es algo bueno.

—¿De qué se trata?

—Lo verás dentro de poco, abróchate el cinturón.

Ha vuelto el hombre frío y misterioso y eso no me gusta en absoluto. Durante el trayecto permanecemos en silencio, me gustaría preguntarle pero no parece dispuesto a responder. Suspiro y parece haberlo notado. Se dirige hacia mí y me sonrío a duras penas. Siempre he sabido que es bipolar pero a veces me cuesta seguir sus transformaciones. Hurgo en la bolsa en busca del teléfono, acabo de recordar que tendría que haber avisado a Claire después de haber salido. Maldición, el teléfono se ha apagado, seguramente no tendré batería.

Ha pasado los últimos meses levantándome la moral, ha estado a mi lado pacientemente y esperando a que me recuperara. Hoy quería acompañarme al tribunal pero he rechazado su propuesta. Habría sido peor porque entre el carácter de Erik y el suyo no habría sabido de quién estar pendiente. Hubo un día en el que ambos admitieron que darían con mucho gusto un castigo ejemplar a Grant, quiero pensar que fuera solo un modo de decir. En cuanto al hombre que me hizo daño confío en la justicia, pagará porque todas las pruebas están en su contra y espero que reciba la máxima pena.

Después de haber conducido durante casi una hora Erik se detiene al borde de la carretera. Nos encontramos en una zona residencial, una serie de casas adosadas recorre toda la avenida. Una zona muy agradable, tranquila y en orden, muy del estilo de Erik.

—¿Por qué estamos aquí?

—Baja por favor.

Cuando bajo del coche se acerca, me coge de la mano y se encamina hacia una de las casas. Miro titubeante la casa de color beige con grandes cristalerías que iluminan el interior y el amplio jardín que la rodea. Simple y encantadora. No sé por qué motivo me ha traído hasta aquí, pero creo que muy pronto lo descubriré.

Hurga en el bolsillo y cuando llegamos frente a la puerta introduce la llave en la cerradura y la abre.

Estira la mano invitándome a entrar, todavía aturdida y desorientada avanzo algunos pasos y observo a mi alrededor.

—¿Te gusta?

Me giro hacia él y lo estudio. Parece nervioso, lo cual no es típico de él. Ya me he imaginado que esta casa es para nosotros, pero él todavía no sabe si ha hecho una buena elección.

—Depende. ¿Por qué estamos aquí? —pregunto.

—Quería que comenzáramos de cero y he pensado en empezar aquí.

Me acerco prudentemente a él mientras observo las habitaciones vacías. Una casa donde empezar otra vez, un lugar donde día tras día podremos añadir un trozo de nosotros.

—Parece muy espaciosa —comento mientras continúo recorriéndola.

—Hay cuatro habitaciones, tres baños, una gran cocina y un salón — explica mirándome a los ojos. Juraría que estoy viendo el miedo en esos ojos que tanto adoro. Me pregunto si se pasará la vida buscando mis aprobaciones. No sé cómo no se da cuenta de que podría hacer cualquier cosa y que al final lo querría más que antes.

—Un lugar para volver a empezar —digo en voz baja mientras mis manos acarician las suyas. Las desplazo lentamente por sus hombros hasta llegar a la base del cuello, —codo con codo —susurro mientras las manos alcanzan su rostro. Cierra los ojos y suspira profundamente.

—Eres un hombre extraordinario, Erik, y cada día te quiero más.

Me sonrío, sus labios rozan los míos sellando nuestra promesa de amor que supera cada límite. Me abraza intensamente y, por primera vez después de varios meses, puedo decir que estoy mejor. Juntos podemos reconstruir nuestra vida, retomarla desde el momento en el que nos destruyeron y renacer de nuestras heridas.

Capítulo 6

Me escabullo entre los libros y pienso constantemente en él. Me distrae incluso cuando no está. Desde que nos hemos mudado a esta casa, entre nosotros ha cambiado algo. Ya no nos peleamos como antes, nos entendemos y a veces no necesitamos ni siquiera hablar para darnos cuenta de lo que está sintiendo el otro. Siempre es atento, cariñoso y entiende cuándo tengo malos momentos.

A veces me pasa, me cierro en mí misma y pienso en nuestro hijo, en cómo sería nuestra vida ahora. En esos momentos me incita a hablar, dice que no ayuda guardarse todo dentro y tengo que darle la razón. Hablamos de ello a menudo, pero nos damos cuenta de que no es fácil. Un pie delante del otro, debemos continuar porque no tenemos elección. Esta semana me examinaré por última vez y él ha sido muy razonable, me ha dicho que podía refugiarme en cualquier lugar donde pudiera concentrarme en el estudio, pero yo no me he movido de casa.

Miro los apuntes y sonrío satisfecha. Tengo la sensación de haber acabado, las semanas de reclusión voluntaria han terminado. Mañana haré el último examen y cómo dice Erik «llevémonos el título a casa, baby». Y tanto, porque no he sido la única que se ha puesto a estudiar.

Desde el primer momento ha escuchado todas mis explicaciones, me ha hecho preguntas y al final ha pasado la mayor parte de su tiempo libre ayudándome.

Son casi las 18:00, ¿habrá acabado ya de trabajar? Cojo el teléfono y evito llamarlo, el mensaje es mejor.

He acabado de estudiar, podemos decir que ya estoy libre. ¿Cuándo vuelves a casa?

Miro la pantalla que parpadea inmediatamente después. No me cansaré de repetirlo, este hombre vive con el teléfono pegado en la mano, no hay otra explicación.

Estoy en el Club, tengo trabajo que acabar. Ven, te espero.

Releo el mensaje diversas veces. ¿Ir?, ¿ahora? Me miro y pienso que no estoy en las condiciones de salir de casa. Intento llamarlo pero no responde. Resoplo apoyándome en el respaldo del sillón y miro el techo. No tengo ningunas ganas de cambiarme y mucho menos de salir de casa. Lo llamo de nuevo y no responde. Le he estado dando vueltas pero creo que no hay otra solución, golpeo las manos en las piernas y me levanto con desgana. Voy hacia la habitación, me miro en el espejo y llego a la conclusión de que si me pongo un abrigo largo el chándal se verá a duras penas.

Con una sonrisa me observo y al final determino que no me cambio. Me peino rápidamente y miro el reflejo de mi rostro cansado. No puedo hacer milagros, estos son los resultados de semanas de insomnio. Voy hacia la entrada y cojo las llaves en tiempo récord. No entiendo a qué viene ahora esta prisa desmesurada, pero por lo que parece si quiero, puedo ser muy rápida saliendo de casa.

Cuando llego al Infierno advierto que el local está vacío. Qué extraño, a esta hora se preparan para la abertura nocturna. Aparco el coche y después de dar una breve ojeada alrededor entro en el club. El perfume de rosas me invade. Cada uno de mis pasos me acerca cada vez más a una melodía que reconozco. *I can fly*. Nuestra canción. Sonó la primera noche que nos vimos aquí, yo no la recordaba pero Erik tiene buena memoria. Un día la puso en casa diciendo que era nuestra canción, al inicio no la reconocí, aquella noche sucedieron muchas cosas y no me fijé en la canción. Sin embargo él sí, dice que refleja exactamente lo que siente. Ahora mi pregunta es... ¿Qué está sucediendo aquí?

Avanzo indecisa hacia la sala de baile, está todo oscuro. Permanezco en el umbral y me doy la vuelta buscándolo, pero algo más llama mi atención.

Una esfera apoyada en el suelo se ilumina, pasa poco tiempo y se ilumina otra igual a poca distancia. Las esferas forman un recorrido, me quedo cautivada mirándolas mientras continúan a iluminarse con secuencias hasta alcanzar la pared del fondo de la sala. Mi pulso aumenta mientras observo el cartel que se ilumina en la pared. *Ahora gírate*.

Segura de encontrarlo a mis espaldas me doy la vuelta. No está y en un primer momento me decepciono. Miro hacia la entrada pero no lo veo, continúo buscándolo con los ojos pero de él no hay ni rastro. Una pequeña tarjeta colgada en la puerta llama mi atención, me acerco, la cojo y la leo

cada vez más desorientada.

Pulsa el interruptor de la luz que hay junto a la entrada.

Comienza a gustarme este juego. Pulso el interruptor, las luces se encienden y me quedo con la boca abierta. Vaya. No es posible, nunca he visto algo parecido. Miro el techo embelesada. Rosas, muchas rosas de todos los colores. Un techo cubierto de rosas. Es de ahí donde provenía el perfume que me ha hipnotizado en cuanto he entrado. ¿Dónde estás, Erik? Me gustaría abrazarte, besarte y darte las gracias porque siempre consigues sorprenderme.

—Erik —lo llamo, espero pero no obtengo ninguna respuesta. Cojo el teléfono y tecleo su número, no sé por qué motivo pero tengo las manos temblorosas. No responde, pero muy pronto llega un mensaje de él:

Encuéntrame.

Donde el tiempo se para, eliminando todo el sufrimiento.

Sé exactamente dónde se encuentra. Sonrío para mis adentros mientras me encamino hacia el coche. Estoy gratamente sorprendida, pero creo que esto no ha acabado aquí, conociéndolo tendrá algo más en la cabeza y yo tengo curiosidad por descubrir qué es. Ha elegido el local porque es aquí donde nuestra historia comenzó y la playa porque ambos amamos ese pequeño trozo de paraíso en donde somos nosotros mismos.

Es casi de noche cuando llego a la playa, lo veo a lejos iluminado por el claro de luna mientras contempla el océano. Me acerco y se gira observándome atentamente.

—Buenas noches, señorita Ston.

—Señor Truston, es un placer verle.

Mis manos se deslizan sobre sus hombros hasta llegar a su rostro, lo acaricio y él me abraza con pasión.

—Estás preciosa —susurra contra mis labios.

—No lo creo dado como estoy vestida. —Él sonrío negando con la cabeza y me besa.

—Cásate conmigo —siento a duras penas lo que dice pero no estoy segura de lo que he escuchado. Retrocedo y lo observo. Lo ha dicho, pero no

entendiendo si era una petición o una forma de hablar.

—¿Por qué me miras de esa manera? —pregunta desilusionado.

—No... No te estoy mirando de ninguna manera. Es solo que... Nada, déjalo. —Quizás me he dejado llevar por el momento y he imaginado algo que no existe. Me acerco a él y me detiene. Levanta los ojos al cielo y murmura: —Tan inteligente como dura de mollera.

Se arrodilla, hurga en el bolsillo y me parece revivir una escena del pasado. Abro bien los ojos mientras saca una pequeña cajita que conozco muy bien.

—Juro que esta vez no escaparás —dice mientras abre la cajita. — ¿Quieres casarte conmigo?, ¿quieres ser mi mujer a pesar de todo?

Aguanto la respiración mientras espera una respuesta. No necesito tiempo para pensarlo, es solo que no estaba preparada para esto. Creía que después de todo lo que ha pasado no se volvería a hablar de matrimonio. Miro el anillo sorprendida porque creía que lo había perdido durante el secuestro, y sin embargo lo tenía él, lo ha guardado convencido de que un día volvería a pedírmelo.

—¿Elisa?

—Sí

—¿Sí, qué? —pregunta con un tono más alto.

— Eres tan inteligente como duro de mollera. Sí es mi respuesta —digo riéndome. Se levanta, coge mi mano e introduce el anillo en el anular.

—Te amo. —Me besa con pasión mientras sus brazos me rodean.

—Y yo a ti, Erik

Los besos continúan, nuestras miradas se cruzan y yo me pierdo en ese mundo inmenso que veo a través de sus ojos.

Capítulo 7

Estoy frente al espejo observándome, tengo el estómago alborotado. Soplo los pelos que tengo delante de la cara. Tengo calor, creo que es por culpa de los nervios. Han pasado dos meses desde la propuesta de Erik y como prueba de su imprevisibilidad ha elegido mi cumpleaños como el día de nuestra boda. Ha sido paciente, ha esperado a que acabara los estudios y con calma, aunque en poco tiempo, hemos organizado nuestro matrimonio.

—Cariño, el vestido.

Me giro hacia Claire y le sonrío. Estoy nerviosa, no debería estarlo pero lo estoy. Golpeteo con los dedos mientras sigo el ritmo de la música de fondo y espero que me muestre el vestido que Erik ha elegido. Aunque es un hecho insólito, no he sido yo quién ha tomado esta decisión. — Sorpréndeme —le había dicho. Me gusta que me sorprenda, la confianza que deposito en él es tanta que le daría mi vida segura de que la cuidaría de la mejor manera posible.

—Que sepas que ha elegido el vestido bajo mi supervisión, pero tengo que reconocer que ese hombre tiene buen gusto y parece conocerte a fondo en todos los sentidos —comenta Claire mientras abre el vestidor. Por favor que sea simple pero a la vez elegante. Cruzo los dedos en el instante en el que ella sale con el vestido. Se acerca mostrándomelo y exclama:

—Esto es un vestido en condiciones.

Un modelo elegante y sofisticado, blanco y completamente cubierto de encajes. Con los dedos toco el tejido y me quedo fascinada admirándolo. Tiene un escote atractivo rodeado de encajes. Largo y ceñido en su justa medida.

—Es perfecto —digo encantada.

—Es lo que he pensado cuando Erik lo ha elegido.

Tomo una respiración profunda. ¡Caray! Esta vez voy a casarme de verdad.

Me pongo el vestido procurando no tocar el peinado y el maquillaje. Claire gira a mi alrededor mientras observa que el vestido esté en orden y finalmente exclama: —¡Has nacido princesa!

Me da un ataque de risa porque ella ve cosas que yo nunca veré. A veces me parece tener la elegancia de un elefante, por no hablar de mis gustos de

moda.

—Creo que ya podemos marcharnos.

Me miro al espejo y lo que veo me gusta. Esperemos que al esposo le agrade la transformación.

—¿Llevas la liga, no? —pregunta mi amiga mientras me encamino hacia la puerta.

—Sí, tranquila, tengo la vieja, la nueva, la que me han prestado y para terminar la azul.

Quiere que sea todo perfecto y tengo que decir que su ayuda ha sido fundamental. De este modo ha podido supervisar los preparativos mientras Erik decidía qué hacer.

Abro la puerta y delante me encuentro con un hombre muy elegante, mi cuñado.

—Estás preciosa, Elisa.

—Tú también estás muy bien. —Sonríe mientras me pasa el ramo de rosas blancas.

—Llévala sana y salva donde Erik —suplica mi amiga a mis espaldas. Nos miramos riendo y ninguno de los dos se opone. Después de salir de casa de Claire, me despido de ella mientras coge el coche y se marcha.

—¿Qué querías decir ayer con «llegar tarde»? —me pregunta mientras subimos al coche. Me acomodo en el asiento trasero y trato de relajarme.

—Normalmente la esposa llega tarde pero después de lo que ha pasado la primera vez no creo que sea una buena idea.

Erik enloquecería si llego tarde y no quiero que nada arruine este día. Tiene que ser perfecto, como lo habíamos soñado.

—Estoy emocionado, has delegado en mí una gran responsabilidad.

Lo sé, no olvidaré nunca su expresión cuando le pedí que me acompañara al altar. Me observó durante varios minutos y cuando se despertó del estado de shock me abrazó.

—Eres como un hermano Lukas, no podía pedírselo a otro.

Me mira a través del espejo retrovisor y me guiña el ojo.

—¿Donna ha conseguido escabullirse para la boda? —le pregunto. Desde hace algunos meses sale con una chica extraordinaria. Una profesora de idiomas. Creo que esta vez será la definitiva para construir una relación larga y duradera. En cuanto conocí a Donna me pareció agradable, es una chica sociable con sentido del humorismo, algo de lo que carecen los

hermanos Truston.

—No podía faltar el día de tu boda. Nos está esperando. Ahora te pongo un poco de música, solo tienes que relajarte.

—Eres muy atento. Gracias por todo, Lukas.

—Siempre estaré en deuda contigo. Me has dado la posibilidad de tener una familia y esto quiere decir mucho. Eres una chica especial y mi hermano es un imbécil con suerte.

Me echo a reír.

—Hazme caso, de entre los dos la más afortunada soy yo.

Erik me ha devuelto las ganas de vivir. Con su modo particular de hacer las cosas me ha hecho renacer.

Miro fuera de la ventanilla mi amada ciudad que no duerme nunca, siempre sumida en el caos. Y sin embargo, en medio de todo este desorden, Erik ha encontrado un lugar perfecto donde casarnos. Sabía que me encantaba correr por Central Park para descargar la tensión, y además creo que tiene algo de mágico. Cuando he leído la invitación no me lo creía, nuestro matrimonio tendría lugar en Ladies Pavilion, un cenador inmerso en el verde con vistas al lago y a los rascacielos que delinean el horizonte. No sé cómo se encargará de la prensa, ya que no es un hombre que pasa desapercibido. A nuestra boda asistirán en total una veintena de personas. A pesar de que el lugar elegido no es de lo mejor para preservar la intimidad, ambos queríamos algo íntimo.

Cuando llegamos a la avenida que lleva a Ladies Pavilion se me forma un nudo en la garganta. Estoy impaciente de ver a Erik, pero también nerviosa porque no me gusta ser el centro de atención.

La puerta se abre y Lukas me extiende la mano galantemente. Sonrío a duras penas y él parece darse cuenta.

—Vamos, enseñémosles quiénes son los más elegantes de la fiesta — comenta. Está intentando distraerme y funciona. Esta vez sonrío espontáneamente. Se endereza y ahueca ligeramente el brazo para permitirme colocar la mano. Me acerco un poco más y dejo salir todo el aire que tengo en los pulmones.

—Estoy lista.

Lo estoy de verdad. Quiero ser la mujer de Erik Truston.

Recorremos lentamente la avenida arbolada y solo entonces levanto la vista hacia el cenador. Mi corazón es como un martillo, el fuego me invade.

Aprieto cada vez más el brazo de Lukas.

—Irá todo bien —susurra mientras apoya su mano en la mía.

Busco entre las personas los ojos que adoro y cuando los encuentro el mundo se detiene. Él me sonrío, se coloca bien la chaqueta y después hace eso que me vuelve loca completamente, hablarme con los ojos. Mi corazón late más fuerte con cada uno de mis pasos, y late fuerte solo por él.

—Te está comiendo con los ojos —comenta Lukas contento.

No respondo porque esos ojos me han hechizado, esa mirada que significa todo.

Llego a su lado dándome cuenta de que he desfilado delante de todos los invitados, estaba pensando demasiado en él como para percatarme de ellos. Le sonrío y me devuelve la sonrisa.

El oficiante comienza el rito mientras que nosotros estamos perdidos uno en el otro. Ninguno de los dos está dispuesto a apartar la mirada, es algo mágico. Sus ojos brillan más que nunca, cargados de amor, exactamente como mi corazón siempre ha soñado. A pesar de todo hemos llegado hasta aquí, él y yo contra cualquier adversidad. La vida nos ha puesto a prueba diversas veces pero al final de todo hemos resistido, nuestra unión se ha hecho más fuerte que antes.

—¿Acepta Erik Truston como esposa a la aquí presente Elisa Ston?

Sin apartar la mirada, inclina la cabeza ligeramente y observo cómo sus labios se entreabren lentamente.

—Sí, quiero.

Aprieto el tallo del ramo de rosas con fuerza. Respira, que no cunda el pánico ahora. Oh cielos, estoy a punto de convertirme en su mujer. No cambiaré nada, después de todo es un solo una formalidad. Vivimos juntos, ya somos una familia y, no obstante, dentro de mí está teniendo lugar algo que no puedo controlar. Pánico, miedo, confusión.

— ¿Acepta Elisa Ston como esposo al aquí presente Erik Truston?

Me gustaría escapar, pero querría que él viniera conmigo. Ahora mismo la idea de casarme con él me está asustando. ¿Por qué tendría que tener dudas si hasta ahora lo único que ha hecho es demostrarme su amor? Su mano acaricia la mía y es entonces cuando me percaté de haber estado en silencio más de lo debido. Qué estúpida. ¿Cómo puedo dudar del futuro? Solo hay que mirarlo para darse cuenta de que nadie podrá amarme como él. Me protegerá, hará que me sienta como en casa como ha hecho estos años. Al

final él es el sol después de la tormenta. Ese amor loco y único que encuentras una vez en la vida. Me escruta atentamente, está a punto de decir algo pero yo me adelanto.

—Sí quiero —digo convencida.

Su rostro se relaja, suspira profundamente y aprieta mi mano. Entrelazo mis dedos con los suyos y es entonces cuando logro respirar profundamente. Irá todo bien.

—Por el poder que me confiere el Estado, os declaro marido y mujer. Puede besar a la esposa.

Se acerca, y como en la mejor escena de una película romántica, me besa mientras me rodea con sus brazos.

—Te quiero Sr. Truston.

—Te quiero Sra. Truston

Capítulo 8

Después de nuestro matrimonio nos hemos cogido algunos días para nosotros dos, considerando que a causa del trabajo no hemos podido organizar todavía nuestra luna de miel. Pero no importa, ya habrá tiempo de ir a alguna isla exótica y estar tumbados tomando el sol, idea que al adicto al trabajo de mi marido no le agrada mucho. Desde hace dos semanas a esta parte Erik y Logan no paran de hablarnos de una sorpresa, y ahora vamos a descubrir qué es. Es una verdadera hazaña poner de acuerdo a cuatro personas con caracteres completamente diferentes unos de otros. Si además ponemos en el saco que dos de esas personas somos Claire y yo, el resultado es una guerra de hombres contra mujeres. Sospecho que es un viaje, de lo contrario no me explicaría la petición de hacer las maletas. A propósito de lo de las maleta, como ya le he explicado a mi marido, no se puede pedir a una mujer que coja lo mínimo indispensable y lo meta en una maleta. Es imposible.

—¿Pero qué os llevas, medio mundo? —pregunta Logan mientras carga las últimas maletas.

—Si no nos decís dónde vamos y cuánto tiempo estaremos fuera, nos llevamos todo lo que nos sirve —responde mi amiga seriamente.

—Vamos, anda. Tendríamos que haber salido hace diez minutos —interviene mi marido.

—Dijo el hombre que cronometra incluso el tiempo de preparar un café —comento girándome hacia mi amiga. Ella ríe con mi comentario, pero Logan y Erik no, es más, murmuran algo en voz baja y estoy casi segura de que me han llamado tonta. Cuando subimos al coche después de haber discutido ampliamente, entre otras porque yo quería estar detrás con mi amiga y el pequeño Martin, partimos hacia una destinación desconocida.

—¿Tienes algún idea de la destinación? —pregunta en voz baja.

—Para nada, y créeme que he buscado pistas por todos los lados.

Durante el viaje, hemos tenido la oportunidad de atar algunos cabos sueltos. O mejor dicho, hemos hablado de nuestros hombres.

—Condado de Franklin —digo leyendo un cartel en el arcén de la carretera.

—¿Qué diablos hay en el condado de Franklin? —pregunta sorpresa mi

amiga. Nos miramos cada vez más desorientadas. Y sin embargo me suena el nombre, lo he leído en alguna parte. ¿Pero dónde?

—Señoras, casi hemos casi llegado —informa Erik.

—Espero que estés bromeando. ¿Llegado a dónde?, ¿en medio de la nada? —pregunta impaciente mi amiga. Me entran ganas de llorar porque verla alterada es muy divertido. Asume una expresión graciosa. Intento aguantarme la risa, pero es superior a mí, me giro hacia la ventanilla y río en silencio.

—Elisa Ston, estoy escuchando cómo te estás riendo de mí.

—Truston, Claire. Su apellido es Truston —recuerda mi marido con un tonto bastante serio.

—Truston, Ston, no cambia las cosas. No hagas como los perros, no hay ningún territorio que marcar en este momento— responde con clase. Un aplauso, Claire le ha dejado de nuevo fuera combate.

Continúo riendo al margen del asunto del apellido y esas cosas, prefiero ver hasta qué punto son capaces de llegar porque son muy graciosos. Colinas y más colinas. Estas son las imágenes de las últimas horas. Una Claire molesta mira a través de la ventanilla resoplando.

—Anda, no te pongas así, será divertido sea lo que sea —digo llamando su atención.

—Me he traído los zapatos más bonitos que tengo para ir a un sitio alejado de la mano de Dios —se queja.

No tiene remedio, la moda es su vida. Muevo la cabeza disfrutando mientras le acaricio el hombro. Adoro este lado suyo.

—Mujeres, he aquí el Lago Flower —comunica dramáticamente Logan. Claire lo mira desconcertada. ¿Qué le pasa?

—¿Desde cuándo eres tan simpático? —le pregunta molesta.

—Desde que una cierta histérica se ha calmado —responde riendo.

Sonríó con la sensación de que van a volar cabezas.

—Llámame histérica de nuevo y te prometo que desguazo tu Ferrari en un segundo —responde ella.

El vehículo se detiene pero yo estoy más interesada en lo que está pasando. Un momento, ellos tienen un Ferrari. Espera...No...Oh sí, ya he entendido a qué Ferrari se refiere. Me parto de risa. Estoy llorando de la risa y no puedo parar. Desde hace mucho tiempo que no me reía de esta manera.

Bajo del coche encontrándome ante la entrada de una casa distribuida en tres pisos, aparentemente de nueva construcción. Es encantadora y la vista al lago la hace perfecta. Me recompongo mientras Logan comienza a descargar las maletas.

—Bonito lugar —comento.

—Sabía que te gustaría —responde mi marido acercándose.

Esta mañana me he despertado con el pie izquierdo. Estaba nerviosa y creo que le respondí mal, no se lo merecía. Me acerco eliminando la distancia entre nosotros, restriego mi nariz con la suya y después lo beso.

—Esta es nuestra sorpresa —exclama señalando la casa.

—Ya me había imaginado que serían unas vacaciones, es el lugar perfecto para pasar tiempo juntos.

—En realidad no es lo que piensas —precisa retrocediendo. Conozco esa mirada, Erik Truston está planeando algo.

—Logan y yo hemos pensado comprar esta casa —comunica mientras se intercambia una mirada furtiva con su amigo. Me he quedado sin palabras, han tenido una idea fantástica.

—¿Has escuchado, Claire? Tenemos una casa juntos. ¿No es fantástico? — Me vuelvo hacia ella y mi sonrisa desaparece en el instante. ¿Habéis visto alguna vez un toro furioso? Bueno, pues a ella solo le faltan los cuernos.

—¿Fantástico?, ¿compran una casa en medio de la nada y estás contenta? Quiero decir, ¿te has dado cuenta de que aquí alrededor no hay ni un alma? Decidme cómo se os ha ocurrido la brillante idea de elegir este lugar porque no logro entenderlo. Todos nosotros estamos hecho de vida mundana, caos, no estamos hechos para vivir como viejos en medio de colinas.

Últimamente está muy irascible, y si no recuerdo mal la última vez que... ¿A qué está embarazada y no me ha dicho nada? La observo atentamente.

—Nos vendría bien a todos desconectar de vez en cuando, y si no recuerdo mal te encantas los lagos. No entiendo porque estás hoy tan susceptible —digo seria. Intenta responder pero se bloquea y suspira resignada. Llegaré hasta el final de esta historia, estoy más que segura que está escondiendo algo.

—Si ya habéis acabado, propondría entrar en casa —propone Erik. Parece electrizado, lo cual es extraño. Es difícil verlo entusiasta por algo, esta historia huele mal. Sospechosa lo sigo.

Cuando entramos mi amiga y yo miramos alrededor sorprendidas, la casa es perfecta. Observo el parqué de madera oscura y pienso que puede ser casualidad, pero parece igual que el de nuestra casa. Inspeccionamos la casa detalladamente mientras que Erik y Logan permanecen a la espera de nuestro dictamen. Veo una entrada acogedora y a mi derecha un salón con chimenea y grandes cristaleras con vistas al lago. Continúo y me encuentro con un estudio, con el baño y en la parte contraria la cocina. Subimos las escaleras y en el segundo piso hay tres habitaciones y dos baños. La casa es espaciosa, me gusta.

—He llamado a un decorador de interiores y me he encargado de todo — comenta Erik a mis espaldas.

Ya veo, todo combina, todo parece perfecto.

—¿Cuándo habéis comprado la casa? —pregunto mientras continúo con el recorrido de la casa.

—Poco después del matrimonio.

Me detengo delante de la puerta y antes de abrirla me giro hacia él.

—La casa es preciosa.

Sonríe pero no es una sonrisa cualquiera. Es más la típica sonrisa de quien la ha liado y ríe a hurtadillas. Lo observo durante algunos segundos mientras mis manos se deslizan por la manilla, sus ojos brillan. ¿A que en esta habitación hay algo interesante? Abro la puerta y me quedo con la boca abierta. ¿Qué diablos significa todo esto?

—Logan, Elisa acaba de ver la habitación, trae también a su amiga.

—¿Por qué esta habitación parece una sala de juegos?

—¿Es fantástico, verdad? —pregunta él entusiasmado. ¿Ha perdido la cabeza?, ¿un hombre de su transcendencia, hecho de poder y control, cae en estas cosas? No me lo puedo creer.

—Es una broma, créeme —comenta mi amiga en cuanto llega. No creo que sea una broma. Hace algunos meses Erik me propuso comprar una mesa de billar y yo le dije que no me parecía apropiado. Además, un día lo encontré jugando con Lukas a la Play Station, parecían dos niños.

—¿Esto va en serio? Un billar, una televisión de plasma, un saco de boxeo y aparatos de musculación. ¿Esta es tu idea de diversión? —pregunta Claire a su marido.

—Ya que a casa no me dejas hacerlo, he encontrado la solución— responde seriamente.

—Dígame, Mr Truston, ¿se sentirá un hombre realizado cuando pase el tiempo en esta habitación? —pregunto girándome hacia él disfrutando de la situación. Me sonrío y se encoge de hombros con indiferencia.

—Quería la mesa de billar y ya la tengo, el resto es un extra.

—Por supuesto, tú obtienes todo lo que quieres.

Se acerca, su mano me acaricia el rostro y con el pulgar delinea el contorno de los labios.

—¿Estás intentando despistarme? Pregunto.

—¿Lo estoy logrando?

Claro que lo está consiguiendo y él lo sabe bien. Cojo la iniciativa, me lanzo hacia delante y beso esos labios que adoro. Un beso de amor que palpita como el corazón.

—Eh... propongo deshacer las maletas y comer algo —interviene Logan avergonzado. Erik me sonrío, me besa de nuevo y se comporta como si no hubiera nadie más.

—Vamos, volveremos a abordar esta noche el tema —digo en voz baja.

Después de colocar, las cosas Erik y Logan salen al jardín mientras que Claire y yo buscamos en la guía telefónica un restaurante que nos traiga la comida a domicilio.

—Me apetece comida tailandesa —comenta cogiendo a Martin en brazos.

Tiene ganas de comer, el sospecho se está convirtiendo en una confirmación.

—¿Estás segura de que no...? —El sonido del timbre me interrumpe.

—¿Esperamos a alguien? —pregunta mientras me encamino hacia la puerta.

—Que yo sepa no.

Abro la puerta y me encuentro ante dos hombres uniformados. Uno de los dos me mira en un modo que inspira terror, mientras que el otro parece inofensivo.

—¿Puedo ayudarles? —pregunto amablemente esforzándome por sonreír.

—Buscamos al señor Erik Truston —afirma el hombre más joven de expresión severa.

No me da tiempo a responder, Erik me adelanta interponiéndose entre nosotros. —Soy yo. ¿Quiénes sois?

—Policía. Tiene que acompañarnos.

Capítulo 9

Suspiro mientras los guardias me señalan la sala de visitas donde se encuentran los detenidos. Nunca me hubiera imaginado que tendría que entrar aquí dentro para hablar con mi marido. Han pasado dos días desde que arrestaron a Erik con la acusación de intento de asesinato. La situación no está muy clara. Parece que también el FBI está interesado, pero por lo que parece en algo totalmente diferente, y yo quiero saber por qué mi marido se encuentra en esta situación.

Los titulares de los periódicos son poco plausibles, está quien lo acusa de tener conexiones con la mafia y quien lo considera culpable incluso antes de que se celebre el juicio.

Leí el primer día algunos titulares de periódico y estuve fatal, decidiendo inmediatamente después no volver a hacerlo. No he encendido la televisión para evitar escuchar las noticias que hablen de Erik.

La información debería redactarse de manera correcta. Sin embargo, la prensa ya le ha condenado mucho antes del juicio. Pero la cosa más desconcertante de toda la historia es él. Cuando se lo han llevado ni se inmutó, me besó en la frente susurrando que todo iría bien. ¿Cómo puede ir bien? Delante de nuestra casa hay una legión de periodistas que continúan haciendo preguntas sobre cosas que ni siquiera creía que existieran. No entiendo las razones por las que se le acusa de intento de asesinato. Una vez más Stefan Grant en nuestras vidas. Esta historia no acabará nunca.

La puerta se abre y finalmente veo al hombre que quiero. No es el Erik habitual y es comprensible, él está acostumbrado a tener todo bajo control y ahora se encuentra en una jaula. Espero a que se siente en la parte opuesta de la mesa, pero me sorprende, viene hacia mí y me abraza con fuerza. Es la primera vez que me abraza de esta manera, como si fuera un salvavidas al que aferrarse. Lo rodeo con mis brazos y finalmente lo siento cerca. Una sensación de paz que solo él sabe darme.

—Te he echado de menos —susurra

—Yo también, Erik.

Me besa, me miras a los ojos como si estuviera esperando una confirmación de que todo va bien, pero ambos sabemos que no es así.

—¿Cómo estás?

—He tenido días mejores. —El modo en que lo dice es descorazonador.

Nos sentamos, uno en frente del otro. Apoya sus manos en la mesa y yo deslizo las mías hasta enlazar nuestros dedos. Estoy preocupada por él.

—¿Has hablado con tus abogados? —pregunto inclinándome hacia él todo lo que la mesa me deja.

—Mañana se celebrará el juicio para la puesta en libertad, en cuanto haya pagado la fianza estaré fuera y entonces podremos hablar —responde fríamente.

Es distante, no consigue mantenerme la mirada. Está escondiendo algo, lo siento.

—Habías dicho que no habría más secretos. ¿Es este el valor que das a tus palabras?

Esta vez no tengo intención de dejarlo pasar, me siento excluida completamente. Debería ser la persona en la que confía, la que lo conoce mejor que ninguna otra, pero no es así.

—He dicho que te contaré todo cuando salga de este sitio. Tienes que entender que aquí no puedo decir nada, de lo contrario será usado en mi contra —explica. Frío, calculador, indiferente. Sé perfectamente que cualquier información podría acusarlo, pero no consigo creer que hiciera todo eso de lo que lo acusan.

Apoyo la espalda en la silla y lo miro fijamente. No me quedaré fuera de esta historia, quiero llegar hasta el final.

—Quiero estar yo también en la defensa con tus abogados. Firma el consentimiento —digo.

Me fulmina con la mirada mientras se inclina hacia adelante. Contengo la respiración mientras aumenta la presión sobre mis manos.

—Ni hablar. Quiero que te mantengas lejos de esta historia. —Lo dice con tono amenazante, pero yo no tengo miedo de él.

—Igual no te queda claro, yo estoy metida hasta dentro. Todo el país habla continuamente de ti. Todos los santos días hay periodistas delante del portón de nuestra casa. Dime, ¿cómo puedo mantenerme al margen?

Elimino el contacto entre nosotros sin dejar de mirarlo a los ojos. No aceptará mi propuesta, pero no tengo intención de rendirme. Esta vez quiero saberlo todo.

—Lo siento, no sé cómo ha sucedido.

Lo veo todo rojo. Golpeo sobre la mesa mientras la rabia aumenta

progresivamente.

—No me sirve de nada tu «lo siento». Quiero que hables conmigo y no me que entere de todo por los periódicos.

Se queda en silencio, por primera vez he conseguido acallar a Erik Truston.

—Mírate, estás en la cárcel con la acusación de intento de asesinato en perjuicio de Stefan y yo estoy preocupada por ti. Déjame ayudarte.

Su mandíbula se contrae, retira las manos diciendo de manera distante: — Te explicaré todo cuando esté fuera. Ahora es mejor que vuelvas a casa.

—Intentas tenerme en una campana de cristal, pero no te das cuenta de que me has mandado al infierno —digo levantándome. Retrocedo algunos pasos, lo miro y me vuelvo.

—Me estás alejando y eso me mata. —Las palabras salen sin pensar, no consigo controlarlas. Todo esto me hace daño porque tengo la sensación de que entre nosotros se ha roto algo.

—Lo siento —se lo escucho decir en voz alta antes de que la puerta se cierra a mis espaldas.

Recorro el pasillo hacia la salida llorando. No era el hombre de la que me he enamorado, ya no lo reconozco. ¿Qué le está pasando?

Deberíamos estar unidos, y sin embargo estamos más lejos que nunca.

Capítulo 10

Sentada en el sofá con la mirada perdida permanezco a la espera de la llegada de Erik. Ya ha pagado la fianza desorbitada y puede volver a casa. La situación se ha complicado mayormente, por lo que parece la policía lo vigilaba ya desde hace varios meses. Pensaba que la acusación por intento de asesinato era el único problema, pero como siempre me equivocaba. Gracias al bufé Wells donde trabajaba antes, he sabido que hay diversas investigaciones en curso. Me pregunto si hablará conmigo del juicio y de las varias acusaciones.

—Te he traído un café. — La voz de Jason me devuelve a la realidad. Cojo la taza entre las manos mirando al vacío. Lo único que hago es intentar entender la verdad.

Jason se sienta a mi lado sin decir nada, ninguno sabe qué decir. Nuestros amigos han estado a mi lado, han escuchado mis desahogos y mis preocupaciones, y han intentado distraerme. Claire ha insistido para que me quedara en su casa de modo que pudiera evitar a los periodistas y así ha sido.

—Verás que todo irá bien.

—Lo espero de corazón, Jason.

Estoy emotivamente inestable, lo único que hago es llorar y este es uno de esos momentos. Las lágrimas se derraman y no las detengo. Me siento vacía, lo echo de menos pero su comportamiento de ayer me ha confundido. Es como si tuviera que lidiar con una doble personalidad.

—No llores, bella doncella, estamos a tu lado —susurra mientras me acaricia el pelo. Apoyo la cabeza sobre su hombro y lloro en silencio. No tengo ni idea de cómo manejar la situación.

El timbre suena, señal de que Erik ha llegado. ¿Qué hago?, ¿corro entre sus brazos o espero a ver cómo reacciona?

Jason se levanta y va hacia la entrada. Pero yo no logro moverme. Escucho de lejos su voz.

—¿Dónde está?

Me está buscando. El corazón late aceleradamente, me tiemblan las piernas.

Oigo sus pasos y es entonces cuando me vuelvo hacia él.

—Aquí estás —exclama. Las dudas se disipan en el instante en el que nuestras miradas se cruzan. Parece contento de verme. Me levanto, pero decido quedarme quieta esperando a que sea él quien haga el primer paso. En pocos pasos me alcanza, sus manos me agarran por las caderas y me levanta en el aire.

—Quiero llevarte a casa y explicarte todo —dice decidido. Me besa en los labios sigilosamente y después se dirige a nuestros amigos.

—Mañana os explico lo que está pasando, ahora quiero volver a casa.

Parece tener prisa por marcharse, se despide rápidamente de todos, me coge de la mano y me lleva dulcemente fuera de la casa de Claire. No sé cómo comportarme, permanezco en silencio esperando a que diga algo, pero no habla. Guarda silencio, mira alrededor sospechoso y coge un camino que desde luego no lleva a nuestra casa.

—¿Dónde estamos yendo?

—Donde nadie nos pueda escuchar. —Respuesta fría, mirada seria. Detesto cuando se comporta así.

No digo nada aunque por dentro estoy gritando. No me gusta el cariz que está adquiriendo nuestra relación, me está tratando como si fuera una persona cualquiera.

Solo cuando llegamos a la playa parece advertir mi presencia.

—Baja —ordena. Lo miro de reajo, estoy a punto de gritarle pero me detengo. Tomo aire profundamente y bajo del coche.

Camino hacia la orilla con las manos en los bolsillos y ya no aguanto más. Quiero saber qué está pasando, ahora.

—¿Qué está pasando, Erik?

Se gira hacia mí, me mira preocupado.

—Alguien está intentando incriminarme.

Parece convencido.

—¿Quién?

Se pasa la mano por la cabeza obsesivamente y suspira. Creo que nunca lo he visto tan preocupado.

—No he disparado a Stefan, pero dicen que tienen un testigo, y lo peor es que por el momento no se puede saber quién es.

—¿Quién querría hacerte tanto daño?

Me acerco, avanzo algunos pasos más y me sitúo delante.

—Son necesarias ciertas pruebas para acusar a una persona —le recuerdo.

Ahora estoy delante de él, nuestros cuerpos se tocan.

—No he disparado a Stefan, pero tengo la impresión de que no me crees.

—Con el índice me acaricia el perfil del mentón.

—Me gustaría creerte pero tu actitud no me ayuda. Me habías prometido que entre nosotros no habría más secretos, y sin embargo continuó descubriendo cosas de ti que no sé.

Los músculos de su rostro se contraen. Sus ojos me matan.

—De mí sabes todo desde que te conozco, el resto forma parte del pasado —responde.

Por supuesto, él es así. Qué estúpida, pensaba que me abriría las puertas de su mundo, pero no es así. Será siempre impenetrable, nunca podré conocerlo a fondo.

—De mí quieres saber vida, muerte y milagros, pero todo lo que te concierne a ti permanece oculto en el misterio. Te sientes el rey del mundo y crees que puedes hacer lo que quieras. Nunca me has dejado entrar en tu mundo porque eres tú quien no lo quiere.

—No es verdad, eres todo para mí —responde irritado.

Aparta la mirada, no consigue mirarme porque no es sincero. Un ardor en el pecho aumenta, estoy resistiendo pero no sé por cuánto tiempo. Duele ver cómo todas tus creencias se desvanecen en un instante. Se está alejando y no puedo retenerlo.

—Mírame a los ojos y dime la verdad.

Me escruta atentamente.

—No te merezco —admite.

Elimino la distancia entre nosotros, mis manos acarician su rostro mientras cierra los ojos suspirando. Su alma está atormentada. Sabe que ha hecho algo mal y tiene miedo de perderme.

—Déjame entrar, no te alejes. —Mi corazón suplica. Abre los ojos y me encadena con su mirada.

—Prométeme que no me dejarás nunca.

Mis labios rozan su mentón delicadamente, beso su piel subiendo hasta las mejillas, ojos, frente, nariz, alcanzando finalmente sus labios.

—Estaré a tu lado pase lo que pase —susurro contra sus labios y lo beso. Se relaja y entrecierra los labios mientras rodeo su rostro con las manos.

—Te amo, no lo olvides nunca.

No podría olvidarlo, su amor es algo extraordinario. El beso se hace cada

vez más intenso y en entonces cuando me detengo antes de perder el último ápice de lucidez que me queda. La necesidad de saber la verdad es demasiado fuerte, no consigo dejarme llevar del todo si no me explica lo que está ocurriendo.

Bloqueo sus movimientos y me mira molesto. Tal vez esperaba poder evitar el tema, pero si me conoce bien sabe lo testaruda que puedo llegar a ser.

Retiene mis manos entre las suyas como si lo que estuviera a punto de decirme me pudiera ahuyentar.

—Siempre he pensado que el fin justifica los medios —comienza diciendo. Hago una mueca porque sé perfectamente lo ciertas que pueden ser esas palabras. Me advierte con la mirada y continúa: —Lo que te diré tiene que quedar entre nosotros, no lo sabe nadie. —Asiento mientras el miedo y la curiosidad aumenta. Es preocupante, mucho.

—El hombre que has conocido en estos años no tiene nada que ver con el hombre que era —precisa.

De eso ya me había dado cuenta yo sola, de hecho siempre me he preguntado cómo era antes.

—Después del accidente y de la pérdida de Helena, me sentía perdido. Era joven y las estupideces estaban al orden del día. Ya no me importaba la vida y como resultado hacía locuras y cosas peligrosas. Una noche en un bar conocí a unos hombres, sabía que no eran de fiar, pero las ganas de desfasarme y de superar los límites me empujaron a una realidad que no me pertenecía. Me sentía culpable por el accidente e intentaba autodestruirme.

El latido de mi corazón disminuye, contengo la respiración.

—Toqué fondo, necesitaría una vida para arreglar las cosas que hice. Discutía con cualquier, necesitaba desahogar la rabia y buscaba el dolor físico.

Me escruta tratando de adivinar lo que estoy sintiendo pero permanezco quieta, inmóvil, sin proferir palabra. Todas y cada una de sus palabras agrandan el abismo en el que estoy cayendo. Controlo el instinto de tocarlo, abrazarlo y decirle que no me importa. Me gustaría decirle que lo amo de todas formas y que estaré a su lado pase lo que pase, pero no hago nada de eso.

—Después de varios meses, se me propuso entrar a formar parte de un club, llamémoslo exclusivo. Cuando acepté aterricé en una realidad muy

diferente. Una realidad que no me permitió retroceder.

—¿Qué has hecho, Erik?

No creo estar preparada, pero tengo que saberlo. Mi pulso aumenta, él besa mis manos y se las lleva al pecho.

—Mi padre había dejado de mantenerme, me encontraba con 20 años sin blanca, así que tuve que encontrar un camino más rápido. Acepté ciertos trabajos a cambio de dinero —confiesa.

—¿Qué tipo de trabajos? —pregunto a duras penas.

—Trabajos de diversa índole, pero ninguno legal.

Bum, bum, bum. Respiro con dificultad.

—¿Has matado a alguien? —pregunto.

Me tiemblan las manos, tengo un nudo en la garganta y no consigo respirar.

—Nunca he matado a nadie, aunque no puedo negar haber estado cerca — responde.

Me quedo paralizada. Él...Oh, Dios mío.

Yo que creo firmemente en la justicia y en el resto de las leyes me encuentro escuchando una confesión semejante consciente de que no podré decir nada a nadie.

—Después de dos años me di cuenta de que no podía continuar de esa manera, así que decidí abrir mi empresa. El problema era la materia prima, el dinero. Ningún banco me concedía el préstamo y mucho menos mi padre considerando que para mí era como si estuviera muerto. La única solución era pedir un préstamo a la única persona que sabía que me ayudaría en aquel momento.

—¿Quién? —pregunto mientras me muerdo nerviosamente el labio inferior.

Suspira profundamente y me mira con pesar. No me gustará su respuesta, lo presiento.

—Tony Monforte.

Un nombre que he escuchado demasiadas veces. La familia Monforte es muy conocida por sus negocios poco legales. Desde hace años intentan mantener el control de la mayor parte de las actividades de Nueva York. Había realizado un informe sobre ellos cuando estaba en la universidad y cada vez que profundizaba los casos me daba cuenta de que era el cuento de nunca acabar.

—¿Aceptaste su dinero? —pregunto con consternación.

—Sí, pero no es lo que piensas. Tony y yo nos habíamos hecho amigos, solo me ayudó —intenta justificarse. Retrocedo como si me estuviera asustando. Me siento perdida, no estaba preparada para esto.

—¿Qué has tenido que hacer en cambio, Erik?

Avanza un paso hacia mí y yo al mismo tiempo retrocedo.

—No he tenido que hacer nada —dice decidido. Intenta acercarse otra vez, pero yo retrocedo manteniendo la distancia.

—Estás mintiendo. Todos sabemos que cierta gente no hace nada sin recibir algo a cambio —le recuerdo.

—Tony no es como su padre. Nunca ha pretendido nada más que el dinero que me prestó —responde fríamente.

—Has levantado tu empresa con dinero sucio. ¿Te das cuenta?

—No lo llamaría así. Fue un préstamo que saldé hace tiempo.

Se está enfadando. Seguimos mirándonos y es entonces cuando pienso que nunca lo he conocido realmente. Siempre me he convencido de que él respeta cualquier regla en la vida, pero no es así. ¿Quién es realmente Erik Truston?

—Necesito que me creas. No he disparado a Stefan, nunca he hecho daño deliberadamente a nadie. Alguien está intentando incriminarme y necesito que estés de mi parte.

—¿Cómo puedo estar de tu parte si continúas teniendo secretos conmigo? Soy la última que se entera de todo. Elisa tiene que obedecer como un cachorrito y esperar a que decidas lo que tiene saber o lo que no. No funciona así —digo. Camino por la orilla con la mirada perdida.

—No me abandones, te necesito. —Agarra mi mano y yo me detengo. Me vuelvo hacia él, sus ojos me están suplicando.

—Y yo también, pero necesito tiempo para aceptar esto. Afrontarás el juicio seguro de ti mismo, y creo que con esto no habrá problemas porque sabes ser muy convincente. No intervendré, porque como tú mismo has dicho no me concierne. Pero si realmente te importo tienes que decir la verdad. Te estoy dando una elección, ahora te toca a ti decidir.

Sé que he sido dura, pero creo que es lo correcto. Me mira sorprendido y no responde. Afloja mi mano y yo me marcho.

Por mi mente vagan miles de recuerdos, pensamientos, palabras, promesas no mantenidas. Ya no veo la luz, veo de nuevo la oscuridad y tengo frío. Algo se ha roto, la confianza está desapareciendo y no querría que fuera así.

Grito sin voz, sollozo sin hacer ruido porque solo conozco este modo de llorar. No soy capaz de reaccionar y tomar el control, escapo porque esta vez la situación es más grande que yo y no consigo dominarla.

Él me mira, me sonríe y yo le devuelvo la sonrisa. Me extiende la mano y me pide que no me vaya. Nunca me podría marchar, sería como renunciar a mi vida. Trato de tocar su mano, pero se aleja. Lo llamo, le digo que se detenga pero él se aleja cada vez más. Corro detrás de él gritando su nombre pero no escucho mi voz, solo silencio. Él desaparece y yo me encuentro sola en un lugar tétrico y frío. Grito su nombre.

Me despierto asustada con el corazón en un puño. Respiro con dificultad mientras miro a mi alrededor desorientada. Me encuentro en el suelo de la habitación. Después de haber hablado hemos vuelto a casa en el más absoluto silencio. Él ha cogido algo para beber y se ha encerrado en su estudio mientras yo me he dado una ducha para ahogar mi dolor en lágrimas.

Era solo una pesadilla. Me levanto y me froto los ojos mientras intento volver a la realidad.

Miro brevemente el reloj del comodín, son las dos de la madrugada. La mirada se dirige a la cama vacía y un nudo en el estómago crece. No está. Necesito verlo desesperadamente, tocarlo y tener la certeza de que todavía está aquí. Salgo de la habitación en su búsqueda. Veo la puerta entreabierta de su estudio y la luz encendida, está despierto.

Indecisa me acerco al estudio, solo quiero ver si está bien y volver a la habitación. Abro la puerta del todo y sus ojos se posan inmediatamente en mí.

—¿Necesitas algo? —pregunta frío y distante. Detesto cuando me habla de esa manera y él lo sabe. Me está castigando por lo de antes, estoy segura.

—Solo quería saber si estabas bien —respondo avanzando hacia él.

—Estoy bien, Elisa. Ve a dormir. —Suspira restregándose la mano por el cuello. Sus ojos están apagados, ya no tienen esa luz que los hacía únicos. Cuando me llama por el nombre nunca es buena señal, está tratando de mostrarse indiferente y quiere que yo reciba el mensaje alto y claro.

—Te ruego, habla conmigo —susurro sorprendiéndome incluso a mí misma. Le necesito desesperadamente.

Me acerco aún más hasta alcanzar su mesa. Aparto las cartas esparcidas sobre ella y me siento frente a él. Sigue mis movimientos con contrariedad sin articular palabra. Mi pierna le roza el brazo y se aparta. Se apoya en el respaldo, me mira a los ojos mientras afloja la corbata hasta quitársela completamente. Me quedo embelesada siguiendo sus movimientos, esto no es bueno, me estoy distraendo y no me parece el momento más adecuado.

—Igual no te ha quedado claro que no me asusta cumplir condena por algo que no he hecho... Sin embargo estoy jodidamente asustado de lo que puedas pensar.

Se inclina hacia mí, su mano pasa al lado de mi pierna rozándola mientras coge algunos folios. Tengo la sensación de que esté jugando sucio, como si me estuviera recordando lo que podría perder, pero quizás es solo fruto de mi imaginación.

—Sabes perfectamente que te quiero pero no puedes pretender que mire hacia otro lado. No sé si lo sabes, pero has aceptado dinero de personas poco fiables para construir tu empresa. La misma empresa que se ha convertido en una de las más importantes del país.

—No me arrepiento de haber aceptado dinero prestado, no me arrepiento de cómo he levantado mi empresa —se acerca a mis labios, contengo la respiración.

—No me importa una mierda —admite serio mientras sus labios rozan los míos. Tiemblo.

—Lo que más me importa eres tú.

Me besa violentamente y yo se lo permito porque no consigo razonar.

Jadeo en su boca mientras sus manos me levantan, me aferro a él y envuelvo su cintura con mis piernas. Con un gesto brusco, tira todo lo que se encuentra en la superficie de la mesa y me apoya sobre ella.

—Ahora solo tengo una pregunta —dice mientras sus manos me aprietan los glúteos. —¿Quieres resistir conmigo en esta jodida situación?

Su lado animal coge la iniciativa, y yo me excito cada vez más. Debería estar conmocionada, y sin embargo mi lado perverso quiere descubrir cada vez más este lado suyo.

Me besa con fervor.

—Eres la dueña de mi corazón —me da otro beso breve pero intenso, —

de mi mundo —, me besa una vez más —de mi vida. —Sella lo antedicho con un largo beso. Mis manos viajan por su cuerpo, las tuyas me desvisten exigentemente.

—Te seguiría incluso al infierno —logro decir mientras que sus manos recorren mis senos.

—Y al infierno sea—comenta. Me muerde, me besa, me aprieta fuerte y yo me abandono al placer. Jadeo mientras sus manos recorren mi cuerpo explorándolo como solo él sabe hacer.

Alzo la mirada y veo el deseo en sus ojos. El mundo ya no existe, estamos solo nosotros dos disfrutando como si no hubiera mañana. Mi pulso acelera por las palabras que no ha dicho pero que querría escuchar. Suspiro, sonrío y me entrego a sus brazos. Furor y fragilidad se unen a nuestros momentos salvajes. Siento nuestra pasión, los escalofríos y el amor que solo él puede darme.

Con un gesto de locura instantánea, se apodera de mí con un simple beso. Con vigor me arrastra hacia él y me abraza y lo siento, la excitación que aumenta, su cuerpo caliente y acogedor. Adicta al olor de su piel pierdo cada sensación de percepción lúcida.

—Mírame —ordena levantándome el mentón y yo me dejo llevar.

Capítulo 11

Estoy preocupada, en medio de todo este alboroto Claire y yo nos hemos perdido de vista. Normalmente ella está muy presente, me preocupa que no me llame desde hace un par de días. Esta mañana Erik ha salido pronto, tenía que arreglar algunos asuntos de trabajo y ver a sus abogados, y yo me he quedado aquí pensando. Quiero hablar con Claire, desahogarme con ella y ver como está, así que decido llamarla. Después de dos tonos una voz débil responde al otro lado del teléfono.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? —Silencio, decido insistir.

—¿Claire?

—Sí, dime.

No es típico de ella, normalmente es muy habladora. Me acerco a la ventana y miro al exterior.

—¿Pasa algo? —le pregunto con calma.

Escucho sus sollozos y la respiración agitada. Está llorando.

—No sé cómo ha podido suceder. Siempre presto atención, y sin embargo ha pasado.

—Explícate, no te entiendo.

Respira hondo y yo querría estar ahí para abrazarla fuertemente.

—Logan y yo ya no somos felices juntos, parecemos dos extraños. Ya no me mira como antes, no para de criticarme, me reprocha que he cambiado y ahora esto...

Sigue llorando. La noticia llega como una bomba, nunca antes habían tenido una crisis.

—¿Te das cuenta? Yo espero un niño y él me dice estas cosas.

—¿Estás embarazada?, ¿desde cuándo lo sabes, y sobre todo, él lo sabe? Pregunto cautelosa.

—No, lo sabes solo tú. Lo he descubierto hace tres días cuando he ido donde la doctora creyendo que tenía problemas de estómago —murmura.

La situación es grave, tienen que hablar y aclararlo.

—Tienes que decírselo, habla con él e intenta arreglar las cosas.

—No serviría de nada. Deberías ver el modo en el que me mira, parece asqueado. Ya no me quiere, estoy segura —se desahoga llorando.

—Ya verás cómo se solucionará todo —intento animarla. —Ahora lo ves

todo negro, pero si habláis la situación se resolverá.

Dejo que lllore, permanezco en silencio escuchándola. Tengo que hacer algo por ella, no puedo dejarla sola ni un minuto.

—Tengo que dejarte, Martin me necesita. —Cuelga sin esperar una respuesta. Toqueteo con los dedos sobre el cristal mientras evalúo cómo afrontar esta situación. Nunca me he entrometido en su relación, pero esta vez tengo que hacerlo, es mi mejor amiga y me necesita.

Camino de un lado para otro en busca de una solución. Podría ir a su casa y hablar con ambos, tal vez consigo que entren en razón. Me levanto, cojo las llaves del coche y salgo. Pongo la alarma y cierro con llave. Me doy la vuelta y casi me muero del susto, Erik apoyado en su coche. Suspiro y se acerca sospechosamente.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—No exactamente, estoy yendo a casa de Claire —respondo.

Me observa durante unos instantes y tengo la impresión de que él sabe más que yo de este asunto.

—Quizás no deberías entrometerte —dice mientras me acaricia el rostro.

—¿Sabías su situación y aún así no me has dicho nada?

—Es mi mejor amigo y trabaja conmigo —sonríe y yo bajo la cabeza. Me va a entrar un ataque de nervios. —Yo siempre sé todo —añade seguro de sí mismo.

—Continúas escondiéndome todo cuando deberías compartirlo conmigo —le recuerdo.

Agacha la cabeza y frunce el ceño.

—Es mejor que no te metas, tienen que resolver sus diferencias ellos solos.

—No esta vez —exclamo.

—Debes —afirma con tono seguro.

Me tira hacia sí rodeando mi cintura con su brazo.

—Mantente alejada.

—¡No!

Suspira cansado. —Escucha, Elisa. —Me coge el rostro con las manos. —No te gustaría saber las verdaderas razones de esta crisis, hazme caso.

Lo miro a los ojos. —Iré a su casa, con o sin tu permiso.

Se inclina, sus labios están a un paso de los míos. —¿Harás alguna vez lo que te digo?

—Sí, algún día —respondo inmediatamente.

Me suelta rindiéndose. Se acerca a su coche y se vuelve hacia mí. —Visto que eres tan impaciente, vamos.

Lo observo atentamente mientras doy vuelta al vehículo. ¿Por qué tengo la sensación de que está pasando algo más?

Cuando subimos al coche explota. —Dime lo que sabes. — Él arranca y sale del aparcamiento.

—Mejor que no lo sepas.

—¿Saber qué? Deja de ser impreciso y dime qué está pasando—digo nerviosa.

Suspira pasándose la mano por la cabeza.

—Los días en los que he estado en la cárcel Claire discutió con Logan. Ella te defendía y él obviamente a mí, ahora si añadimos algunas incomprensiones personales ya tenemos la crisis.

—¿Quieres decir que están en crisis por culpa mía? —pregunto alterada. No, no, esto no tenía que pasar.

—Digamos que la situación es más complicada. ¿Te acuerdas de los mensajes que mandabas a tu amiga haciéndote pasar por un admirador?

¿Mensajes?, ¿admirador?, ¿pero de qué demonios está...? Oh, no, esos mensajes.

—Era un modo para despertar a Logan porque la estaba desatendiendo y solo pensaba en el trabajo, pero pasó hace mucho y al final no lo hicimos. Claire me dijo que había borrado los mensajes antes de que él los leyera.

Continúa mirando la carretera fijamente. ¿Cómo demonios sabía de la existencia de esos mensajes? Y además, ¿por qué lo dice ahora? Al menos que...

—¿Has sido tú, verdad? —digo acusándolo.

—Calma, pitbull. No lo hecho intencionadamente, estábamos hablando de lo que pasó y expresé mi opinión cuando me contó que había leído los mensajes —se defiende.

—¿Tu opinión?, ¿a quién está tomando el pelo?, ¿cómo ha descubierto los mensajes? Espera, ya sé la respuesta. ¿Tú le has aportado las pruebas, no es así?

Juro que le corto el pescuezo con mis manos si ha hecho algo así.

—Erik, ¿has o no usado tus medios para presentarle pruebas? Pregunto.

Suspira profundamente.

—No supe que lo habías hecho tú hasta que no vi a quién pertenecía el número. Y te diré más, lo que habéis hecho es una gran estupidez además de ser muy infantil. Logan estaba conmigo y cuando descubrió todo se enfureció y con razón.

Acabo de recibir un guantazo moral. Estas son las consecuencias de un comportamiento infantil, tiene razón.

—Quiero arreglar las cosas, sobre todo ahora que... —Dejo la frase en el aire, no creo que sea el caso de decirle lo del embarazo. Logan tiene que saberlo por ella, es lo correcto.

—¿Ahora qué...? Insiste. Yo no respondo, miro por la ventanilla. —Habla o juro que doy media vuelta —impone severo. Me asusto. No quiero discutir con él.

—Elisa —me llama con calma.

—De acuerdo. He llamado antes a Claire, tendrías que haberla escuchado, seguía llorando, estaba desesperada. Me ha dicho que está embarazada y que Logan no lo sabe.

Se queda en silencio y yo aprovecho para continuar. —Lo siento mucho por aquella imprudencia, quiero ayudarlos.

—Tú no harás nada, tienes que mantenerte al margen.

—No puedo. Quiero hablar con Logan y explicarle todo. Intenta entenderlo —digo.

— ¿Lo que siempre se dice de no te entrometas en la vida de los demás no te dice nada? —pregunta molesto.

Claire se encuentra en problemas por mi culpa y no tengo intención de dejarla sola.

—Ella es como una hermana, intenta entenderlo —murmuro.

—Eres una cabezota, por lo que veo no te olvidarás de ello.

—¿Te has olvidado de todas las veces que nos han ayudado?, ¿no crees que es lo mínimo que podemos hacer? En el fondo todo esto es mi culpa. Por favor, razona, permanece a mi lado y ayúdame a arreglar esta situación.

Cuando llegamos delante de la casa de Logan y Claire me percaté que ambos coches están aparcados en la entrada.

—El honor es tuyo —dice.

De frente a la puerta llamo decidida. La puerta se abre mostrando un Logan serio. Frunce el ceño y yo me esfuerzo por sonreír. Comenzamos bien.

—Hola, Logan.

Dirige su atención hacia Erik ignorándome. De acuerdo, ya es oficial, me odia.

Se echa a un lado y entramos en casa. Busco con la mirada mi amiga pero no la encuentro.

—¿Dónde está Claire? —pregunto.

—Está bañando a Martin —responde fríamente.

Mejor, así puedo hablarle un instante a solas.

—Me gustaría hablar contigo de lo que has descubierto.

—Soy todo oídos. — Se cruza de brazos y me mira con expresión seria.

—Siento mucho lo de los mensajes estúpidos, no quiero ser la causa de vuestras disputas.

—Tú siempre lo sientes, Elisa. Siempre he pensado que influías negativamente a Claire. No te puedes imaginar lo mal que he estado por esos mensajes.

Bum. Una patada al corazón.

—No exageres, Logan. Han cometido un error y en eso estamos de acuerdo, pero no puedes considerar a Elisa una mala influencia para tu mujer —interviene Erik.

—En parte Elisa es la causa, pero hay otros motivos que me llevan a acabar con esta historia —responde Logan.

—Lamento lo que ha pasado, no volverá a pasar, te lo prometo. Pero te ruego, no la dejes, intentad hablar de ello y arreglarlo—lo suplico.

Me mira amenazante.

—Ya estoy cansado Elisa. Claire tiene un carácter particular y tú lo sabes bien. Por mucho que intente entenderla no consigo nunca romper la coraza detrás de la que se esconde. Siempre desconfiada, en pie de guerra. Nunca he entendido porque se ha dejado tanto. Además, por si fuera poco, escucho que la descuido cuando en realidad hago todo lo que quiere. Pensaba estar tratando con una persona seria y no con una niña malcriada que con treinta y cuatro años se comporta así —explota.

—No ha tenido un pasado fácil, Logan; ella es una persona especial que te quiere tanto. Tú y el niño sois su mundo, os ama.

Erik le coloca la mano en el hombro. —Tenéis que hablar amigo. —Los dos se miran y Logan se vuelve hacia mí.

—Si sigues guardándole las espaldas no se dará cuenta de sus errores.

¿Qué? Él cree que es culpa mía, ese es el motivo por el que se muestra reacio.

—¿Quieres que me aleje de mi mejor amiga?, ¿crees que de esa manera vuestra relación se consolidará? —pregunto desconcertada. Él avanza hacia mí.

—Eres una buena persona, pero necesito saber cómo es realmente Claire cuando no sabe que puede contar con su amiga. Quiero ver como se desahoga conmigo sin estar tú. Así que sí, te estoy pidiendo que te echas a un lado y que esperes.

Estoy a punto de llorar. Aprieto los puños con fuerza, las uñas se clavan en la piel. Esto es una tontería, no puede creer que apartándome su relación se reforzará.

—Si crees que alejándome de mi amiga se arreglará vuestra relación adelante, pero que sepas una cosa. —Me acerco a él intimidante. —Si sufre por tu culpa, te buscaré y te mataré con mis manos.

Me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta.

—Ahora voy —avisa Erik. Salgo de esa casa fuera de mis casillas, me chirrían los oídos, estoy furiosa conmigo misma por aquella estupidez de los mensajes y con Logan porque cree que puede alejarme de Claire.

ERIK

—No me ha gustado cómo la has tratado —digo dirigiéndome a él.

—Lo siento, pero lo necesito para entenderlo todo mejor.

No puedo quitarle la razón, pero no quiero que culpe de todo a Elisa. Su mujer ya es mayorcita, toma las decisiones por sí sola.

—Sabes mejor que yo que no pueden vivir la una sin la otra —le

recuerdo.

—Soy consciente, pero tienen que saber cuándo se equivocan—responde.

—Resuelve las cosas con Claire, la necesitas y ella te necesita más que nunca en este momento. —No le diré lo del embarazo, tienen que apañárselas entre ellos.

—Hablaré con ella, necesito saber qué le ocurre. Últimamente está rara, no habla y por la noche llora. Estoy enfadado y decepcionado, Erik, pero la sigo queriendo mucho.

Le doy una palmada en la espalda.

—Nos vemos mañana en la oficina.

Salgo de casa y busco a Elisa con la mirada. Está en el coche, tiene la cabeza baja. Probablemente está llorando. Suspiro y me acerco a ella. Detesto verla así, pero esta vez tendrá que hacer lo que le ha pedido Logan.

Capítulo 12

Me siento vacía sin ella, no soy yo. No responder a sus llamadas ha sido duro. Me ha mandado diversos mensajes, pero no he respondido. Me gustaría explicárselo, pero no puedo. Si supiera el motivo de mi distanciamiento se enfurecería con Logan. Necesito mucho ver a mi amiga, querría escuchar su voz, ella es la única que me conoce bien. Sé que le parecerá extraño mi silencio y seguramente vendrá a visitarme. No sé qué decirle si se me presenta en la puerta. Si miento lo descubrirá.

—Eh, ¿todo bien? —los brazos de Erik me envuelven, ha estado a mi lado estos días. Él sabe lo importante que es Claire para mí.

—La echo mucho de menos.

—Lo sé, pequeña.

Se puede decir que he pasado los últimos cuatro días en este estado. No paro de pensar en ella, es como si faltara una parte de mí. Nunca hemos estado tantos días seguidos sin hablar con ella. Me gustaría hacer algo, pero no puedo.

Mi teléfono, apoyado en la mesa, comienza a sonar. Veo el nombre de Claire parpadear. Espero impotente a que pare. A continuación llega un mensaje.

¿Me puedes explicar qué te pasa?, ¿por qué no respondes a mis llamadas? Que sepas que estoy yendo a patearte el culo.

—Está viniendo hacia aquí —digo entrando en pánico. Camino sin rumbo con la mirada perdida. ¿Qué le digo cuando la vea? Si miento se dará cuenta, me conoce demasiado bien. Pero tampoco puedo decirle: —Tu marido me quiere fuera de tu vida. —Se enfurecería.

—Intenta calmarte.

—¿Calmarme? No te imaginas cómo es. Lo descubrirá todo —digo nerviosa.

—Solo di que no has tenido tiempo —responde él tranquilamente.

—Vamos, Erik. ¿Piensas de verdad que se lo tragará? Es Claire. Sabe perfectamente que para ella siempre tengo tiempo.

El timbre suena sobresaltándome. ¿Ya está aquí? Que alguien me ayude.

Me escondo como una niña detrás de Erik. Lo escucho reír por mi gesto. — De acuerdo, voy yo —dice resoplando.

Me quedo inmóvil mirándolo mientras se acerca a la puerta. Me mira moviendo la cabeza y baja la manilla.

—¿Dónde está esa perra? —chilla Claire. Está enfadada.

Espero que Erik intente calmarla, y sin embargo se comporta como lo cabrón que es. Con toda la tranquilidad se aparta señalándome.

Mi amiga asoma la cabeza y me mira penetrantemente.

—Tú. Me estás ignorando a propósito. ¿Por qué? —pregunta mientras se acerca amenazante.

—No te estoy ignorando, simplemente no he tenido mucho tiempo.

Se detienen, me estudia y exclama. —¿Me estás vacilando? Quiero saber por qué me estás evitando —estoy a punto de responder, pero alguien más atrae mi atención, está también Logan. De mal en peor.

Él no entiende lo importante que es ella para mí. Me ha pedido la luna.

Lo lamento amiga, pero lo hago por tu bien.

—Claire —digo mirando fijamente a Logan. Parece asustado, le veo tragar saliva mientras mira a Erik. Nadie creería nunca lo que estoy a punto de hacer.

—Creo que es mejor que nuestros caminos se dividan —digo con la voz quebrada. —Deberías pensar en tu familia, resolver las diferencias que tenéis y no perder el tiempo conmigo.

La miro mientras se queda pálida, y como para no darle la razón.

Siento un cosquilleo en los ojos, no puedo llorar. Se daría cuenta.

—Ahora si me disculpáis voy a descansar porque no me encuentro bien —miento. Me alejo sin darme la vuelta. No puedo mirarla a ojos, es demasiado doloroso.

La he dejado sin palabras, no ha dicho ni una palabra. Parecía petrificada.

Soy una persona horrible, ¿cómo he podido hacerlo?

Entro en el baño y me dejo caer en el suelo llorando. Voy a extrañar todo de ella, todo. Las lágrimas descienden desmesuradamente, no logro contenerlas, no puedo. Quiero gritar, romper todo. Solo soy una estúpida. He reaccionado instintivamente sin pensar en las consecuencias.

Estoy encerrada en el baño llorando no sé desde hace cuanto. Estoy en un estado lamentable, no consigo ser fuerte. He renunciado a mi mejor amiga para salvar su vida matrimonial. Sé que me odiará a muerte por mi

comportamiento, sin duda estará disgustada.

La puerta del baño se abre y entra la única persona que no quiero ver, Logan.

—¡Márchate! Ya has tenido lo que querías, ¡desaparece! —grito entre lágrimas.

Se acerca sentándose a mi lado.

—Lo siento, no quería esto —susurra. Parece realmente disgustado, en su mirada no veo rencor.

—Cuídala, se lo merece después de todo lo que ha pasado —digo sollozando.

—¿A qué te refieres? —pregunta confundido.

—Sabes bien de lo que estoy hablando, de su infancia.

—Elisa, juro que no sé de qué hablas.

¿Será posible que no le haya contado nada de su pasado? Sé que ha tratado de borrar ese periodo de su vida, pero pensaba que él estaba al corriente.

—Si supieras su historia, la tratarías como una reina —digo secándome las lágrimas.

—Le he preguntado por su pasado, pero dice que no es importante.

—Ella y yo somos una sola alma, pero no siempre ha sido así. Al principio éramos solo amigas, pero cuando pasó un periodo difícil con quince años nuestra relación se reforzó volviéndose única. Ella siempre ha estado a mi lado y yo al suyo. Me has pedido que renuncie a ella y no te das cuenta de lo que has hecho.

—No quería dividirlos para siempre, solo quería daros una lección. Te juro que mi intención era esa.

—Me has pedido que renuncie a ella incluso sabiendo que sería por poco tiempo. ¿Nos estás haciendo sufrir por una lección de vida? Dime, ¿hay algo más malo que eso? —lo miro decepcionada. Parece avergonzado. — ¿Ahora qué crees que debería hacer?, ¿ir donde mi amiga y decirle «perdona, pero tu marido me pidió que renunciara a tu amistad, de lo contrario te dejaría»? te matará con sus propias manos.

—Bueno, podríamos evitar esa parte, tal vez podrías decirle que pensabas que era mejor así.

—¿Debería mentir para evitar que descargue su furia contigo después de lo que me has hecho pasar? No, gracias —digo cruzándome de brazos. Se acerca aún más y me abraza sorprendiéndome. —Lo siento por todo —dice.

—Si no os conociera bien a ambos, diría que entre vosotros hay algo — exclama mi amiga. La miro y frunce los labios.

—¿Crees que de verdad me he creído las tonterías que has dicho antes? — me pregunta mirándome seria.

Debí suponer que no me creería. No sé qué decir, así que me acojo a la quinta enmienda. Reina el silencio.

—Mmm... Interesante. Además de tu discurso, me ha sorprendido otra cosa, Logan ofreciéndose a hablar contigo. Así que he pensado: «¿A qué está detrás de tu distanciamiento?» pero no conseguía entender qué conexión había entre los dos. Pero pensándolo bien, no me ha costado mucho llegar a una conclusión, querido. —Se dirige a Logan. Oh, cielos, su mirada es asesina. Claire embarazada, sálvese quien pueda.

Él traga saliva y me mira. Eh no, apáñatelas solo. Es tu culpa si estamos en esta situación.

—Cariño, te lo puedo explicar. —Se hace el duro, pero se ve que tiene miedo de ella.

—¿Qué quieres explicarme?, ¿cómo has intentado alejar a mi mejor amiga o como me has tratado últimamente? —pregunta la muy cabrona.

—Te has inventado un admirador. Vamos Claire, ya no somos niños que juegan a esas cosas —responde él.

Permanezco en silencio observando la escena. No tengo ninguna intención de entrometerme, tienen que aclarar las cosas.

Logan se levanta para acercarse a ella, pero Claire retrocede.

—¿Cómo has podido alejar a Elisa de mí? Sabes perfectamente el vínculo que tenemos.

Él la atrapa contra la pared y la bloquea.

—Yo te amo, pero tienes que desmontar la armadura de guerrera —le dice dulcemente.

Ella parpadea y lo mira dulcemente.

—Has dicho que ya no me soportas —le recuerda. Él suspira exasperado.

—Tú me has acusado de no estar enamorado de ti y yo te he dicho que eres insoportable cuando dices esas cosas, lo que es muy diferente.

Ella querría decir algo, abre la boca, pero no emite ningún sonido.

—¿Por qué no me hablas de tu infancia? —insiste él.

—No hay nada de lo que hablar.

—¿Por qué tengo la sensación de que sí hay de lo que hablar?, ¿Por qué no

quieres hablar de ello conmigo?

Él acaricia su rostro y yo percibo el amor. Me pongo en pie aliviada.

—Claire, tiene todo el derecho a saberlo —le digo.

Lo piensa, me mira y luego dirige la mirada hacia él.

—He pasado un periodo que no deseo a nadie. No me gusta hablar de ello porque querría borrarlo de mi memoria —dice en voz baja.

—Si no lo sabe, no podrá entenderlo. ¿No crees que ya va siendo hora de contarle la historia?

Me mira aterrorizada.

—Vamos, irá todo bien. Él te quiere como eres y saber tu pasado solo le servirá para comprender lo especial que eres —trato de tranquilizarla. Logan la abraza de manera sobreprotectora.

—Reunión en baño, ¿es una nueva moda? —pregunta Erik deteniéndose en la puerta. Mi mirada se centra en él. Justo a tiempo, ya no falta nadie más.

Me acerco a mi marido, le sonrío y después me vuelvo hacia mi amiga.

—No consigo contarle Elisa, hazlo tú —suplica ella.

—Conozco a Claire desde que tengo uso de razón. Nos hicimos amigas desde el primer momento. Siempre hemos compartido todo y éramos felices. Tal vez no lo sepáis, pero Claire nunca conoció a su padre. Digamos que su madre, en una de las muchas noches en las que se emborrachaba por los locales, mantuvo relaciones sin protección. La madre de Claire es una persona particular, nunca ha tenido el instinto materno. Por eso mi amiga ha tenido que hacerlo todo con sus propias manos desde pequeña. Cuando venía a mi casa, se sentía como en casa. Mis padres la trataban como a una hija y a menudo pasaba días enteros con nosotros. En definitiva, para mí era como una hermana mayor. Hacia los quince años, la madre de Claire conoció a un cierto Roy, el cual se mudó a su casa. —Me detengo para asegurarme de que está bien. Ella asiente, señal que puedo seguir con la historia. Apoya el rostro en el pecho de su marido y lo abraza.

—Roy se mudó a su casa, al principio todo procedía con normalidad hasta que una noche el hombre volvió borracho y se peleó con la madre de Claire. Viendo que estaba pegando a su madre, Claire se entrometió y Roy descargó su ira golpeándola. No la vi durante días, me pareció extraño, así que fui a su casa para verla. Cuando llegué, me conmoví. Tenía un corte en el labio y moratones en gran parte del rostro. Cuando le pregunté lo que había pasado, dijo que se había caído por las escaleras. No le creí, no eran

hematomas de una caída. Los días siguientes fueron diferentes, siempre abstraída en sus pensamientos, ya no hablábamos como antes, sabía que me escondía algo.

Suspiro profundamente, la parte más dura está por llegar.

—Todo cambió un diez de junio. Estaba tranquila en mi habitación cuando recibí una llamada suya, lloraba y repetía: «Por favor, ayúdame». Le pregunté donde estaba y me dijo que en el parque cerca del colegio. No podía hacer como si nada, así que baje y se lo conté todo a mis padres, los cuales sin perder tiempo me ayudaron a encontrarla. No olvidaré nunca la imagen de ella sentada en ese banco. La chica que conocía estaba hecha pedazos por un hombre sin corazón.

Me están entrando ganas de llorar, pero soy fuerte y continúo. Erik me acaricia la base del cuello y me besa en la sien.

—Estaba traumatizada. No hablaba. Su ropa estaba manchada de sangre, temblaba. Mis padres decidieron llevarla al hospital. Después del reconocimiento médico fui donde ella para estar a su lado. Le pregunté qué había pasado y me contó todas las veces que Roy volvía borracho y le pegaba, y como su madre no hacía nada para defenderla.

Miro a mi amiga y la sonrío. Estoy a tu lado y siempre lo estaré.

—Dieron la custodia de Claire a la tía y no volvió a ver a la madre. Arrestaron a Roy y a día de hoy continúa en la cárcel. Aquella famosa noche hicimos una promesa. Estaríamos unidas para siempre. En cualquier lugar, en cualquier momento, estaríamos la una para la otra.

Para calmar la situación digo: —Desde aquel día cambió, se convirtió en la idiota que conocéis. —Ella sonrío, todos sonrían.

—Pero puedo aseguraros que no hay una persona más dulce y sincera que ella. Yo conozco la verdadera Claire y me considero afortunada de tenerla en mi vida.

—Yo sí que tengo suerte de tenerte. Has estado siempre a mi lado, me has apoyado en los momentos de histeria. Si no hubiera sido por la ayuda de tus padres, no sé qué habría pasado.

Viene hacia mí, voy en su busca y nos abrazamos.

—Te quiero mucho.

Se repone rápidamente y mira a Erik y después a Logan.

—Que quede claro, el primero que me trate como una víctima le doy una patada en el culo —exclama seria.

Logan la coge de la mano y la tira hacia sí.

—Lo siento.

Dos simples palabras que quieren decir todo. Se besan, él le acaricia el rostro y luego la mira con amor.

—Te quiero, pero no creas que se me ha pasado. En casa arreglamos cuentas —le dice. Niego con la cabeza sonriendo mientras que Erik los observa frunciendo el ceño.

—Dado tu estado, deberías tranquilizarte —murmuro.

Logan mira a Claire desconcertado, ella inclina la cabeza de lado y le sonrío radiante.

—Esperamos un niño.

—¿Estás contenta?, ¿pero no habías dicho que no tendrías otro hijo bajo ningún concepto? —le recuerda él.

—Bueno, no puedo devolverlo como si fuera un paquete, y además la idea no me disgusta. No me pareces muy contento—murmura ella poniéndose de puntillas para llegar a la altura de su rostro.

—Yo estoy encantado con la idea, ya sabes que me gustaría dar un hermanito a Martin. Eres tú la que me sorprende.

—Si fueras más atento conmigo, sería más dócil. Ya sabes cómo es, cuanto más das, más recibes.

Río para mis adentros por el modo en el que lo mira. Todo puede cambiar, pero ella seguirá siendo una arpía hasta la médula. Eso no cambiará nunca.

—Perdonadme, pero ya me he cansado de estar en el baño, ¿qué me decís si vamos a un sitio más normal? —dice mi marido atrayendo la atención de todos.

Tiene razón, estamos encerrados aquí desde hace diez minutos. Me acerco dándole un beso en la mejilla y salgo.

—¿Qué es esta obscenidad? —pregunta.

—No hagas como que la cosa no va contigo. Tú sabías muy bien lo que quería hacer Logan y no me has dicho nada. Me has dejado sufrir, así que date con un canto en los dientes que al menos has recibido eso —le guiño un ojo y camino hacia el salón. Oigo sus pasos cada vez más cerca. Me coge y me bloquea agarrándome de las muñecas. Me acerca a la pared atrapándome.

—Bésame como es debido —ordena serio. Lo miro ingenuamente pero no lo beso.

—No acepto órdenes de ti, Truston —le desafío.

Claire y Logan se han adelantado y él sabe que no nos está viendo nadie.

Contrariado observa mis labios maliciosamente.

—Considerando que siempre consigo lo que quiero, no creo que consigas detenerme esta vez —me provoca mientras roza sus labios con los míos. Apoya su cuerpo sobre el mío presionando con el muslo en medio de los míos.

—Estás perdiendo el tiempo.

Sonríe satisfecho, sus labios recorren mi rostro besando la piel delicadamente.

—Yo nunca pierdo tiempo. Simplemente estoy recordando a mi señora cuando es el momento de obedecer.

Manipulador. Cada una de sus acciones tiene un objetivo preciso. Decido sorprenderlo y me adelanto.

—He aprendido del mejor que hay que cogerse lo mejor y yo quiero esto —digo un instante antes de besarlo apasionadamente. Él retrocede y elimina el contacto. Sonríe burlonamente y se encamina hacia la sala.

—Cuando hayas aprendido quien manda, hablaremos —dice alejándose. Permanezco apoyada en la pared flotando entre el sueño y la realidad. ¿Cómo puede tener este efecto en mí? No me lo explicaré nunca.

Capítulo 13

Me siento en frente de él y tengo la sensación de volver atrás en el tiempo. Nunca olvidaré la entrevista en Truston, ha sido la experiencia más graciosa de mi vida. Me ha sorprendido su llamada hace unas horas pidiéndome que fuera a la oficina.

—¿Va todo bien? —pregunta mi marido colocando algunos documentos en la mesa.

—Recuerdo un cierto capullo que sabe cómo incomodar a la gente durante una entrevista —digo tentándolo.

Me observa serio golpeteando con los dedos sobre la superficie de madera y luego suspira.

—Tengo un problema, Elisa

Mi mirada desconcertante dice todo. No estoy acostumbrada a escuchar esas palabras que salen de su boca.

—¿Qué ocurre?

Se deja caer en el sillón de piel y me observa.

—Tengo que dejar la empresa si no quiero que vaya a pique.

Una ducha fría. No puede renunciar a lo que ha creado.

—Tiene que haber otra solución —digo moviéndome nerviosamente sobre la silla. Continúa estudiándome.

—Hay un modo.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad.

—Nombraré un nuevo administrador delegado —dice decidido sin apartar la mirada. Comienza a ponerme nerviosa el golpeteo de sus dedos sobre la mesa, por no hablar de la mirada seria que me dirige.

—¿A quién has elegido?

—A la única persona de la que me fío ciegamente. A ti —dice señalándome.

Está demostrado, mi marido ha perdido la cabeza.

—No puedes estar hablando en serio. No sería capaz de dirigir tu empresa, no soy la persona adecuada para tratar fusiones y adquisiciones —comento incrédula. Con expresión seria aprieta la mandíbula y se levanta. Oh cielos, está hablando en serio. Avanza hacia mí, sus pasos resuenan en mi cabeza como el latido de mi corazón.

Se agacha ante mí mientras apoya las manos a los lados del cuerpo.

—Necesito tu ayuda hasta que acabe el juicio. Tendrás a Lukas como tu brazo derecho y a Logan siempre cerca, no estarás sola.

Su voz es relajada. No comprendo cómo puede estar tranquilo. No puedo dirigir su empresa, no sería capaz.

—No me pidas algo así porque ambos sabemos que sería una catástrofe.

Inclina la cabeza de lado y sus labios se ensanchan en una gran sonrisa reconfortante.

—Iría todo bien, no hay nada que temer.

—Es una locura —digo desconcertada.

—¡La vida es una pequeña locura!

—Estás enviando tu empresa a una muerte segura —respondo con la esperanza de que cambie de idea.

—Me fío de ti, serás un directivo perfecto.

—No he dicho que haya aceptado.

—No era una pregunta, Sra. Truston.

Entrecierro los ojos y lo miro con consternación, es insoportable cuando se comporta de esa manera.

—¿Desde cuándo puede darme órdenes, Sr. Truston?—pregunto molesta.

—Si no me ayudas acabaremos declarando bancarrota.

Esta vez aguantaré hasta el final aunque ya he decidido aceptar su propuesta. Haría cualquier cosa por él.

—No me mientas, ambos sabemos que es imposible que tú acabes en bancarrota, por lo que esa táctica conmigo no funciona. Y además, para ser sinceros me da igual, ya sabes que nunca me ha interesado tu dinero.

—Entonces lo plantearé de otra manera —se acerca todavía más, sus labios están a pocos centímetros de los míos. Intento concentrarme en sus ojos tratando de resistir a la tentación de mirar su boca manipuladora.

—Necesito tu ayuda porque eres la única persona que me puede salvar.

Me ha desarmado. Adiós razón.

—No soy una heroína, pero acepto. Seré tu administrador delegado, pero que sepas que necesitaré la presencia continua de Lukas. No quiero cometer errores corriendo el riesgo de mandar todo al traste —digo segura de mí misma.

Sus labios se mueven sensualmente hacia mi oreja. Está coqueteando, qué idiota.

—Tendrás toda la ayuda que necesites, pero recuerda una cosa fundamental: no te fíes de nadie excepto de Lukas y de Logan, ¿está claro?

Asiento. Me acaricia la oreja con los labios y sopla haciéndome entrar escalofríos.

—Ya he aceptado, no hace falta que coquetees conmigo —digo molesta por su manera de ser tan descarada incluso en los momentos más serios.

—Como si no te gustara... —Murmura mientras sus manos agarran mi cintura.

—Haré como que no he escuchado nada.

Lleva su rostro ante el mío, me mira los labios y tengo la sensación de que enloqueceré antes de lo previsto.

—Erik, tenemos que hablar del juicio, no podemos comportarnos como dos adolescentes fogosos.

Me fulmina con la mirada y se retira.

—Haré como que no he escuchado tu comentario de aguafiestas insoportable.

Levanto los ojos al cielo exasperada y decido poner fin a esta cosa... Extraña.

—Me voy, tengo muchas cosas que hacer y creo que tú también, ya que dentro de dos horas tienes la reunión con tus abogados. Y aquí cabe destacar abogados entre los cuales has preferido excluir a tu mujer.

Me examina pasmado, se apoya en la mesa y se cruza de brazos.

— ¿Me estás rechazando? —pregunta seriamente.

—¡Exacto! Como tú me has rechazado a mí —digo con aires de victoria mientras me dirijo hacia la puerta. Me vuelvo y le sonrío satisfecha. —Nos vemos esta noche en casa, querido. —Le mando un beso en el aire y salgo de la oficina caminando sensualmente. Sin duda alguna me estará maldiciendo, muevo la cabeza disfrutando de la situación mientras me alejo me alejo cada vez más. Mi teléfono vibra, es un mensaje

Esta me la pagas. Te quiero.

S sonrío y vuelvo a meter el teléfono en el bolso sin responder a su mensaje. Dejemos que se coma la cabeza, esta noche ya veremos.

Capítulo 14

ERIK

Acabo de entrar en las oficinas del FBI por decisión propia. Después de haber consultado a mis abogados, a los cuales pago generosamente, me he percatado de lo incompetentes que son. Elisa tiene razón, antes de que la situación empeore tengo que poner remedio.

— Buenos días, tengo una reunión con el señor Daniel Silver. Soy Erik Truston.

— Un momento que lo llamo —responde el tipo de seguridad.

Este sitio suscita miedo ya antes de entrar. Y la presencia del señor Silver no mejora la situación. Cuando me arrestaron me hizo miles de preguntas, a las cuales podemos decir que no respondí sinceramente. Estoy deseando ver cómo saldré de esta. Perfectamente podría no creer lo que le diré, y no puedo culparlo. Esperemos que sea bastante inteligente como para saber que digo la verdad. Tal vez si fuera por mí habría continuado negando cualquier acusación, pero Elisa me ha dado un ultimátum por así decirlo. Esta vez es diferente, la manera en la que lo ha dicho no deja lugar a dudas. Se sigo mintiendo ella se alejará y yo no tengo ninguna intención de perderla. Ahora que todas mis acusaciones han salido a la luz no puedo dar marcha atrás.

—Señor Truston, qué agradable sorpresa —exclama satisfecho Silver dirigiéndose hacia mí.

Por supuesto que está contento, le estoy entregando la solución del caso en una bandeja de plata.

—Necesito hablar con usted de algunos temas importantes —digo extendiéndole la mano.

—Sígame.

Mientras atravesamos el vestíbulo me percató de que tengo encima la mirada de todos. Sí, veis perfectamente, Erik Truston está aquí. Mantengo mi comportamiento habitual y continuo ignorando su presencia. Inevitablemente soy la comidilla del momento, pero no me importa. Lo importante es conseguir mi objetivo, el resto me da igual.

Después de haber recorrido un largo pasillo entramos en una habitación

pequeña y oscura. De acuerdo, estamos en la sala de interrogación. Tomo aire profundamente y me acomodo en frente de él.

—Voy directamente al grano. Estoy aquí para pactar. Le diré todo lo que quiere saber, pero a cambio quiero dos cosas —digo golpeteando el dedo en la mesa.

—¿Qué le hace creer que está en condiciones de poder dictar las cláusulas? —pregunta molesto.

—Después de todas las informaciones que le facilitaré, no tengo dudas de que podrá usarlas para resolver otros casos —respondo serio.

—Primero escuchemos lo que tiene que decir y después decidiremos sobre lo que hacer.

— ¿Le parezco estúpido? Si no firmamos un acuerdo no diré ni una palabra.

Se mueve en la silla nerviosamente, se lo está pensando. Esto es buena señal.

— No puedo firmar un acuerdo si no tengo garantías. Intente convencerme.

Es astuto pero yo sé cómo tratar a las personas como él. Pongo las manos encima de la mesa e inclino la cabeza saboreando el momento. Una sola palabra y la seguridad del inspector se esfumará como por arte de magia.

—Monforte —digo mirándolo a los ojos.

Me mira incrédulo por haber pronunciado ese apellido. Estoy seguro de que están siguiéndole el rastro y que todavía no han conseguido incriminar al gran jefe. No delataré a nadie. Cuando hayamos firmado el acuerdo, diré solo lo que me concierne, no lo que sé. No quiero enemistarme con ciertas personas, y además Tony se ha comportado como un verdadero amigo conmigo. Elisa me ha pedido que diga la verdad sobre lo que he hecho, no sobre lo que sé.

—Vuelvo ahora mismo —me informa levantándose de la silla de sopetón. Con gran rapidez sale de sala cerrando la puerta tras de sí. Apuesto a que está yendo a informar a su superior. Silver estará rebotando de alegría y soñando con un ascenso que probablemente nunca llegará.

He pensado toda la noche en lo que tendría que decir hoy, solo tengo que concentrarme y usar las palabras adecuadas. No vaya a ser que interprete las cosas como quiere y no como son.

Silver vuelve con algunos folios en la mano y con la cara más relajada. Ya está. Tengo la victoria en la mano.

—Dígame qué querría a cambio de sus informaciones.

—Quiero que todas las acusaciones en mi contra desaparezcan y el nombre del testigo porque temo por mi integridad y por la de mi familia.

—En lo primero estoy de acuerdo, pero por lo que respecta al testigo no puedo. Nos ha dado pistas muy importantes y tenemos un acuerdo.

—No tiene sentido, descubriré su identidad de todas formas en el tribunal —digo molesto.

— No lo hará, la declaración se realizará a puerta cerrada solo en presencia del juez.

Nunca he escuchado una estupidez tan grande. Me pregunto si es legal. ¿Quién puede ser?, ¿y qué información tan importante puede facilitar? Hay algo que se me escapa. No paro de pensar en quien puede ser, pero no se me ocurre nadie. No soy un santo, pero no creo que tenga muchos enemigos a parte de ese loco de Stefan. Tendré que investigar por mi cuenta. No consigo hacerme a la idea, una persona que me acusa de algo que no ha sucedido tiene que estar seriamente enfadada conmigo. He pasado días enteros pensando en toda mi vida y en quién podría ser, pero no he llegado a ninguna conclusión.

—Dígame señor Truston, ¿quiere firmar? —pregunta impaciente.

—Sí.

Prepara el acuerdo, lo leo con atención y lo firmo. A continuación coge otros folios y me examina.

—Cuando quiera podemos comenzar.

Asiento previendo un día muy largo.

Me pregunto a quién he ofendido para tener toda esta atención, espero descubrirlo muy pronto.

Testigo misterioso

Bien, por lo que parece este imbécil ha ido al FBI. Pensaba que sería más difícil, pero es un esclavo de su mujer. Elisa y su sentido de defensora de la justicia me han hecho todo más fácil. Está cayendo en mi trampa sin darse cuenta. Muy pronto podrá despedirse de todo lo que tiene. Continúa así, Erik Truston.

No tengo más tiempo que perder. Me encuentro delante de un local llamado Plaza. Mirándolo bien parece un bar como muchos otros, pero tengo la certeza de que aquí dentro está el hombre que busco. Según mis fuentes este sitio es suyo y lo usa como tapadera.

A la entrada me para un gorila examinándome de pies a cabeza. Tiene la mirada de delincuente.

—Estoy aquí para ver a Tony Monforte —digo.

— No sé quién es —responde el hombre. Claro, cómo no, no cuela. Imagino que sea un modo para permanecer en el anonimato.

—Dígale que Smith está aquí.

El portero susurra algo a otro hombre, el cual entra dentro del local. ¿Es necesaria toda esta escenita? Tengo prisa, no puedo perder tiempo. Pasan pocos minutos y el hombre regresa.

—Puede entrar —exclama señalando la puerta.

No espero a que lo diga dos veces. Cuando entro el hombre que había salido me señala una puerta de madera al fondo de la sala. Observo el lugar advirtiendo un ambiente de delincuencia. Hay demasiadas caras poco fiables.

Abro la puerta respirando profundamente. Reconozco que tengo un poco de miedo, nunca he llegado a estos niveles.

Me encuentro en una habitación pintada de negro. Muy macabro. Un hombre joven sentado en una mesa me observa mientras me acerco a él. Parece inofensivo. No puedo decir lo mismo de los tres hombres en pie situados detrás de él.

—Buenas noches, señor Smith. ¿Cómo puedo ayudarle? —pregunta el chico. Apoya los codos sobre la mesa y junta las manos.

—Estoy aquí para advertirle —digo sentándome en frente.

—¿De qué exactamente? —pregunta sorprendido.

— En este momento Erik Truston está dando cierta información que le concierne al FBI.

El hombre se levanta de golpe golpeando con los puños en la mesa. — Imposible —gruñe.

—Pues es posible. ¿Por qué no pregunta a los contactos que seguramente tendrá dentro del FBI?

—Supongamos que es verdad, ¿usted que gana? —pregunta sospechoso.

—Quiero que Erik Truston pague por todo lo que ha hecho. No se merece nada de lo que tiene —respondo manteniendo la mirada fija en él.

—Después de todo lo que he hecho, él me recompensa así. No se saldrá con la suya —murmura volviéndose hacia sus hombres.

Creo que he alcanzado mi objetivo, muy pronto Erik tendrá lo que se merece y yo me quedaré con todo lo que es suyo. Por fin.

— Gracias por la información, señor Smith —dice dirigiéndose hacia mí.

Me levanto, pero uno de sus hombres me impide marcharme bloqueándome el paso.

—Antes que se marche quiero decirte un par de cosas. Sé exactamente quién eres, no creerás que me he tragado la historia del señor Smith, ¿verdad? Espero por tu bien que la información que me has facilitado sea cierta, porque de lo contrario te buscaré y mataré personalmente.

Mierda, esto sí que no. He intentado por todos los medios esconder mi verdadera identidad, pero este hombre es astuto. Más de lo que pensaba.

—Sé muy bien de lo que hablo —respondo y salgo de la habitación.

Subo al coche e suspiro aliviado. Ha sido más duro de lo que creía, pero ha valido la pena. El juego tiene que continuar, no puedo detenerme ahora. Quiero todo lo que le pertenece. Quiero su sociedad, su dinero y sobre todo a su dulce Elisa. No se la merece. Ella necesita un hombre mejor y no un mentiroso y manipulador como él. Debo ser prudente, esperar a que Monforte actúe y solo entonces jugaré mis cartas. Primero tengo que quitarme de en medio a Erik para poder coger lo que me corresponde. He soportado a ese cabrón demasiado tiempo, no aguanto más. Siempre tengo que actuar, fingir que le aprecio. Él y su modo de hacer las cosas como si fuera el padre eterno. Trata a la gente como marionetas, manipula la vida ajena a su antojo. Ha creado todo su imperio de manera corrupta. No debería tener lo que tiene. Cuando he firmado el acuerdo con el FBI, creía a duras penas la facilidad con la que había conseguido convencerlos. Comían

de mi mano mientras les contaba secretos de Erik Truston. Obviamente nunca se ha dará cuenta de nada, se fía ciegamente de mí. Pobre idiota. A veces me hace reír lo estúpido que es. Si supiera cuánto rencor le guardo...

Capítulo 15

ERIK

—Le repito la pregunta por última vez. ¿Usted ha hecho o no negocios con la familia Monforte? —pregunta Silver perdiendo visiblemente la paciencia.

Lo miro mientras golpetea la mesa con los dedos. No aguanto más aquí dentro. Ya tengo suficiente.

—Le repito que no tengo nada que ver con ese apellido. Lo único que puedo decirle es que me han prestado dinero para abrir mi empresa. Tony Monforte siempre se ha comportado conmigo correctamente —respondo aburrido.

—¿Quiere haceme creer que no sabe nada de lo que hacen? Vamos, señor Truston, ¿me toma por estúpido? Esas personas no prestan dinero si no reciben nada a cambio. Quiero saber la verdad. ¿Qué ha hecho para merecerse ese préstamo? —pregunta acercándose a mi rostro amenazantemente. ¿Cree realmente que me da miedo? Patético. De mi boca no saldrá una sola palabra. Nadie lo sabrá nunca.

— No puedo inventarme las cosas. Me han prestado dinero porque Tony yo éramos amigos. No me interesa lo que hace con su vida.

—Entonces nuestro acuerdo deja de tener validez. Haré que pague por todas las cosas que ha hecho. Veamos un poco... Violación de la intimidad, allanamiento de morada, corrupción, y para acabar un intento de asesinato. Vaya, no está nada mal.

Me gustaría reventarle la cara a este imbécil. Piensa que soy tan estúpido como para no saber cómo salir de aquí. No me conoce en absoluto.

—Silver, nuestro acuerdo prevé que yo la diga la verdad sobre lo que he hecho o lo que sé, por lo tanto es válido a todos los efectos. He admitido mis errores, excepto el intento de asesinato que nunca he cometido. Si usted quiere astutamente retirar nuestro acuerdo, le aseguro que haré de su vida un infierno. Que quede claro, soy una persona que no haría daño a nadie, simplemente haría que trabajara mucho más. ¿Qué pensaría la opinión pública de su impropiedad? por no hablar del jurado, ¿creen que le darían la razón sabiendo qué comportamiento tiene?

Te he puesto en un apuro idiota. Solo las personas como tú hacen de mí el hombre que soy ahora. Todo lo que he hecho nunca habría salido a la luz si no hubiera sido por ese testigo misterioso. Me encargaré también de él y de un modo u otro descubriré quién es.

Silver sale de la habitación como una furia. Me sabe un poco mal por su trabajo, pero no puedo decir todo lo que sé. Me arriesgaría a poner en peligro mi vida y la de todas mis personas queridas. Mejor no tener ciertos enemigos, va más allá de mis límites.

Estoy deseando salir de aquí y volver con ella, la única persona importante en esta mierda de vida.

Después de media hora de espera desquiciante, Silver y otros dos de sus hombres entran en la habitación mostrando una expresión de quien se ha rendido.

—Señor Truston, puede marcharse. Nuestro acuerdo sigue en pie. Desde hoy es un hombre libre, pero no crea que se librará tan fácilmente de mí. La próxima vez que haga un paso en falso, me aseguraré de que reciba lo que se merece —amenaza.

—También para mí ha sido un placer pasar todo el día contigo. Hasta más ver, Silver.

Me meto la chaqueta y por fin salgo de la habitación. Mientras recorro el pasillo me siento observado, diría que por todos. Sé lo que están pensando, que no puedo estar suelto después de las acusaciones que he recibido. Si fuera por mi mujer iría un tiempo prisión, ella y la justicia. Pero sinceramente, la idea de ir no me apetece para nada, ya me ha valido con esos pocos días. Creo que de ahora en adelante prestaré mucha atención, Silver hablaba en serio. Estoy seguro de que se convertirá en mi sombra.

Cojo el teléfono entre las manos y veo un mensaje de Elisa.

Espero que te estés portando bien. Esta noche cenamos donde Logan. Nos vemos allí. Te quiero.

Sonríó como un idiota pensando en ella. Siempre sabe cómo hacer único incluso un simple mensaje. Estaba segura de que diría la verdad, no me ha dado elección. Lo repito, es única.

—Señor Truston, espere —grita alguien a mis espaldas. Me giro de sopetón y veo a Silver correr hacia mí.

—¿Qué quiere todavía?

—¿Por casualidad ha hablado con su mujer? —pregunta sin aliento. ¿Pero qué pregunta es esa?

—¿Y eso por qué debería interesarle?

—Llámela y asegúrese de que esté bien —dice retrocediendo. No entiendo qué demonios quiere, pero el hecho de que me pida que la llame es extraño. Lo miro desconcertado e intento llamarla. El teléfono está apagado.

—Está apagado. ¿Ya está contento? —pregunto moviendo el teléfono.

—Tal vez es mejor que acuda corriendo a su casa.

—¿Silver, se puede saber qué diantres le pasa?, ¿qué quiere de mi mujer? —respondo descortésmente.

—Lo lamento, Truston, pero su casa ha saltado por los aires. Está en todos los telediarios.

Me da vueltas la cabeza, me cuesta respirar.

Intento llamar a Elisa, el teléfono continúa apagado. Estará en casa de Claire. Intento llamar a su amiga pero no responde. Maldición, ¿para qué quieren el teléfono si luego no responden nunca? Intento el último recurso, Logan.

—Eh, amigo

—¿Elisa está ahí?

—No ha llegado todavía, ¿por qué?

—Enciende la televisión —digo antes de colgar.

El corazón me late a mil por hora, no consigo controlar el pánico que se apodera de mí. Ella está bien. Intento respirar. No ha pasado nada. Respiro de nuevo profundamente. Mierda, no funciona. Tengo que hablar con ella y saber que está bien. Tengo que encontrarla. Ella está bien, no está ahí dentro. Debo hacer algo. Debo encontrarla y asegurarme de que está bien.

—Tengo que ir a casa —digo con la mirada en el teléfono. Vuelvo a llamar, nada. Lo reintento, nada.

Capítulo 16

ERIK

Cuando llego ante lo que queda de nuestra casa, corro hacia el primer bombero que veo.

—¿Había alguien en casa? —pregunto en estado de pánico.

— No lo sabemos todavía señor. Estamos todavía tratando de apagar el fuego.

No puedo esperar, tengo que saberlo. Miro alrededor buscando al agente Silver y no tardo mucho en reconocerlo. Está hablando con un bombero. Me acerco escuchando la última parte de la conversación. Por lo que parece ha sido un incendio intencionado, pero no están seguros. No es esto lo que me preocupa, quiero saber dónde está mi mujer. Estoy a punto de pedir información cuando en ese instante el teléfono comienza a sonar. Un número desconocido.

—¿Sí?

—Ha llamado Elisa, está bien —responde un Logan feliz.

Las palabras llegan como un alivio inmediato. Gracias Dios, está bien.

Ha tratado de llamarte pero no tenías cobertura, así que ha llamado aquí. Está en la gasolinera que está cerca de la cafetería Just. Dice que ha pinchado una rueda.

No podía recibir una noticia mejor. Al menos sé que está bien.

—Gracias, Logan. Voy inmediatamente a buscarla. —Meto el teléfono en el bolsillo y voy hacia el coche, pero la voz de Silver me detiene.

—No tengo tiempo ahora, tengo que ir a buscar a mi mujer.

—Me alegro de que esté bien, pero necesito que vuelva aquí.

Asiento y subo al coche.

Estoy deseando abrazarla. Durante un instante he pensado en lo peor y es una sensación que no querría volver a experimentar nunca.

Cuando llego a la gasolinera la veo a lo lejos hablando con un hombre de unos cincuenta años, siempre muy sociable mi mujer. Parece tranquila. Me pregunto cómo se lo tomará. Sin duda no muy bien.

Bajo del coche y me encamino hacia ella.

—Aquí está mi caballero ilocalizable —comenta sonriendo. Esa sonrisa

desaparecerá muy rápido y una vez más por culpa mía. La abrazo y percibo su dulce perfume. Me invade una sensación de paz y tranquilidad.

—Me alegra saber que me has echado de menos —comenta riendo. Su mano acaricia mi pelo y en ese momento me maldigo por todas las veces que la he hecho sufrir. No me la merezco.

—Elisa, debo decirte una cosa.

Me mira con una mueca, sabe cuando la llamo por el nombre es algo serio.

—Dime que no has liado ninguna en mi ausencia.

La miro mientras entrecierra los ojos y me mira en ese modo que me hace enloquecer aún más. Todavía no se ha dado cuenta de que la encuentro irresistible cuando quiere hacer la maestra.

—Es una cuestión delicada. Tenemos que ir a casa, ha pasado algo con lo que no contaba —digo alejándome de ella.

—No entiendo por qué te tienes que ir siempre por las ramas. Ve al grano, dime qué ha ocurrido —protesta.

Tomo aire profundamente consciente de que todo cambiará.

—Nuestra casa está en llamas.

Abre la boca mientras palidece. Me mira como dudando de lo que ha escuchado. Se mueve lentamente y se sienta en el borde de la acera. Mira al frente con la mirada perdida. De acuerdo, es oficial. Está en shock. Permanece en ese estado durante varios minutos y no tengo el valor de decirle nada. No sé qué decir, nunca la había visto así. No se mueve, no dice una palabra, ni siquiera hace el más mínimo ruido. Me apoyo en el coche mirándola fijamente. Por favor, dime algo. Se levanta rápidamente y viene hacia mí.

— ¿Ha sido culpa mía?, ¿me he olvidado algo encendido? —pregunta alarmada.

—No lo sé. Vamos a casa y vemos qué nos dicen. Cuando me he marchado los bomberos estaban apagando el fuego.

—Vamos. Quiero saber qué ha pasado —ordena.

Probablemente piensa que es ella la culpable, pero la teoría es otra bien distinta. No sé por qué me parece una advertencia. Si los bomberos confirman que ha sido un incendio intencionado, quiere decir que alguien me está mandado un mensaje. Aprieto el volante con fuerza mientras mantengo la mirada en la carretera. Sabía que no era una buena idea decir la verdad, mierda. Si es como pienso, estamos metidos en graves

problemas. Tengo que protegerla, no permitiré que le pase nada más. Espero equivocarme porque de lo contrario no sé cómo acabará esta historia.

—¡Oh, Dios mío! —exclama en cuanto llegamos ante nuestra casa. Lleva las manos a la boca y su hermoso rostro se inunda de lágrimas. Se me rompe el corazón viéndola así y saber que podría ser culpa mía solo empeora la situación.

Bajamos del vehículo y en ese momento el agente Silver se dirige hacia nosotros.

—Truston, señora. Está confirmado, el incendio ha sido provocado. Elisa me mira penetrantemente. Lo sabía, ahora empieza el verdadero infierno.

—¿Quién podría hacer algo así? —pregunta volviéndose hacia el agente. Silver la mira para después mirarme como si no supiera qué decir.

Suspiro mientras cojo su mano.

—Nadie puede saber quién ha sido. Sin duda alguna investigaremos y en cuanto sepamos algo os informaremos.

—¿Por qué tengo la impresión de que vosotros sabéis perfectamente quién ha sido el culpable? —responde nerviosa con la mirada puesta en mí. Será más duro de lo que pensaba. Creo que Silver, al igual que yo, ha intuido quién podría hacer algo así, pero es un solo una hipótesis. Antes de acusar a alguien se necesitan pruebas. No creo que la cosa más adecuada sea informar a Elisa de todo, se preocuparía todavía más y no quiero.

—Creo que Stefan ha enviado a alguien, pero no estoy seguro—miento.

—Ese hombre no nos dejará nunca en paz —murmura; —todas nuestras cosas han desaparecido. Nuestros recuerdos. Toda nuestra vida se está desmoronando —continúa mirando lo que queda de la casa, escombros.

— No digas eso. Verás cómo todo se arreglará. Reconstruiremos nuestra casa, te lo prometo —intento tranquilizarla.

—¿Todo se arreglará?, ¿te estás escuchando? Nada volverá a ser como antes. Nuestra casa, nosotros, nuestra vida. Se está desmoronando todo. No hay nada que vaya bien. Mira a tu alrededor, reina solo el caos —grita desesperada.

Camina hacia los escombros pero un bombero trata de impedirle el paso.

—Apártese —dice fría. El bombero la pulveriza con la mirada, pero Silver le hace señas para que la deje pasar.

Continúa caminando mientras mira por el suelo como si estuviera

buscando algo. La veo secarse las lágrimas y en ese momento no aguanto más y decido acercarme.

—Tranquilízate, arreglaré todo —susurro abrazándola.

—Sabes que no puedes — responde llorando. Es verdad, nada volverá a ser como antes, pero intentaré hacer lo que esté en mi mano. Soy el único culpable de todo esto. Estas son las consecuencias de mis errores. Tengo que mantenerla al salvo hasta que no acabe todo esta historia. Por culpa mía hemos perdido a nuestro hijo y nuestra casa.

Capítulo 17

Observo esa masa de músculos a mi lado mientras niego con la cabeza.

—Ni hablar —protesto volviéndome hacia mi marido.

—Sé razonable, es por tu seguridad —explica con tranquilidad. Cuando lo he visto entrar en la oficina con este hombre no imaginaba qué se le había ocurrido.

—Déjame que lo entienda. ¿Debería ir por ahí con este armario? Sin ánimo de ofender, Tom.

—No me ofendo señora —responde cortésmente el hombre al que he apodado armario.

—No pretendo seguir discutiendo. Tom será tu sombra y lo tendrás que aceptar, al menos hasta que no descubramos quién nos quiere hacer daño —responde impaciente.

Golpeo con el tacón en el suelo repetidamente mientras dirijo la mirada a Tom. Sé que lo hace por mi bien, pero la idea de ir a todas partes con un guardaespaldas no me agrada. No creo que haya otra elección, intentaré acostumbrarme. No quiero llevarle siempre la contraria, sobre todo en este momento que tenemos que permanecer unidos.

—Total siempre se hace lo que quieres tú —me quejo. Se acerca posando sus labios en los míos despreocupado de la presencia de Tom.

—Tampoco a mí me gusta esta situación, pero quiero asegurarme de que estés a salvo, pequeña —susurra. Es aquí donde mi mente se nubla y existe solo él. Llevo las manos alrededor de su cuello y rozo mi nariz con la suya.

—Te quiero.

—Yo más —contesta. A veces me entran ganas de reír con estas palabras. ¿Cómo puede decirme que me quiere más que yo a él?

—Umm, perdonad si os interrumpo.

En el despacho entra un Lukas bastante avergonzado seguido de Jason con su cara habitual de juglar. Ambos no se sorprenden de la presencia de Tom, como si ya lo supieran. Jason se acerca al guardaespaldas y lo examina de pies a cabeza y sale con una de esas preguntas que solo él puede hacer en estos momentos: —¿Cuánto mides, Tom? —pregunta. En el rostro de Tom se dibuja una pequeña sonrisa y dice:

—1.90, señor.

—Tom, ¿qué te parece si nos llamas por el nombre? No me gustan las formalidades —digo.

El hombre no responde y se vuelve hacia Erik como preguntándose. Increíble.

—Oh, vamos. ¿Necesita tu permiso también para esto? —pregunto.

Siento a mis espaldas a Lukas y a Jason aguantándose la risa mientras Erik y Tom permanecen serios e inmóviles.

Me pregunto qué he hecho mal para merecerme esto. No valía con uno, ahora son cuatro, de los cuales dos parecen niños y los otros dos enterradores. Quizás sea el momento de echarlos a todos, a este paso mi jornada laboral no acabará nunca y yo quiero volver a casa cuanto antes.

—Lukas, ¿Me has traído los presupuestos que te he pedido? —pido. Se acerca dándome algunos folios y en ese momento me doy cuenta de que tengo todas las miradas puestas en mí. ¿Qué he hecho? Los miro desconcertada.

—¡Vaya! De tanto estar con Erik te has vuelto como él —comenta Jason.

—Muy divertido. Ahora si me disculpáis tengo trabajo que acabar. Todos fuera.

—Veo que has cogido gusto a lo de ser jefe —un susurro llega a mis oídos. Erik me está provocando.

—Ahora ya sé qué se siente mandando a todos —respondo secamente.

—Cuando vuelvas a casa te enseñaré quién es el verdadero jefe.

—Ya veremos. Ahora se no te importa, deberías salir de «mi» oficina —digo enfatizando el posesivo. Sí, lo estoy desafiando a propósito, sé que lo vuelve loco. Sin lugar a dudas el lobo irá a cazar esta noche.

—Momentáneamente —precisa soplándome en el cuello. Lo miro sorprendida por su gesto y como respuesta obtengo una sonrisa malvada.

Los tres hombres alfa salen del despacho cuchicheando algo que no consigo comprender. Me dirijo a la mesa pero la presencia de Tom me bloquea el paso.

—Tú también, Tom —digo señalándole la puerta.

—No puedo señora, tengo órdenes de estar a su lado.

—Llámame Elisa, por favor. No creo que aquí dentro haya peligro, ¿no crees? Y es imposible que estés a mi lado a todas horas. Vamos a ver si me explico, digamos que soy un ser humano y puede que tenga ciertas emergencias físicas. No creo que estés dispuesto a seguirme hasta el baño,

por eso te explicaré lo que haremos. Puedes estar a mi lado solo fuera de las paredes de este despacho. Complaceré a mi marido cuando la situación esté fuera de mis manos, pero no tengo ninguna intención de pasar mis días contigo pegado todo el tiempo. Por lo tanto, ve a tomar un café y relájate hasta que no acabe de trabajar.

—Lo siento, pero estoy cumpliendo órdenes. La esperaré fuera de su despacho —responde y sale.

Respiro hondo, me concienso y estudio los presupuestos de la empresa. Tengo mucho que aprender y no me importa si estaré al mando por poco tiempo, quiero estar preparada y ser de utilidad.

Después de diez horas en las que no he parado de estudiar y de memorizar diversos procedimientos por fin puedo volver a casa, tirarme en el sofá y no hacer nada. Nunca hubiera pensado que volvería a vivir en casa de mis padres. Erik había insistido en coger un apartamento considerando que en el suyo vive Lukas, pero yo insistí. La casa de mis padres estaba vacía y la idea de vivir allí durante un tiempo no me disgustaba.

—Ya estoy en casa —digo cuando entro. Me vuelvo y con la mano me despido de Tom que me observa a pocos metros. Es un buen hombre, no puedo decir nada de él, el problema es el adorable de mi marido que ha tenido la idea.

—Hola, pequeña.

Aquí está la luz de mis ojos. Viene hacia mí, me besa y me deshago, la tensión acumulada de todo el día se esfuma y por fin me dejo llevar siendo simplemente yo misma.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta.

—Debería hablarte de presupuestos, pero sinceramente no tengo ganas de hablar de trabajo.

Sus dedos juegan con uno de mis mechones de pelo mientras me mira de esa manera que adoro.

—¿Qué te parece si esta noche no hablamos de nada más que de nosotros dos?

—Trato hecho —digo mientras me dejo caer en el sofá. En el último periodo, mi vida ha cambiado radicalmente. Siempre sueño con despertarme y encontrar todo en orden como antes y no el caos: las investigaciones, él que está obligado a estar lejos de su empresa, yo que me he convertido en el administrador delegado, y por si fuera poco, alguien que

nos quiere hacer daño. Es inútil negar que vivo con miedo, pero más por él. Me gustaría llorar, gritar, romper todo, tengo miles de emociones contrastantes dentro de mí. No puedo mostrarme frágil, tiene que tener un hombro en el que llorar y ese hombro quiero ser yo. Quiero hacer por él un poco de lo que él ha hecho por mí. Es la primera vez que me necesita y yo quiero estar al pie del cañón.

—No lo hagas —me regaña. Sabe lo que estoy a punto de decir, para él soy un libro abierto. —No me gusta cuando te encierras en ti misma. Tus ojos pierden su luz y te vuelves ausente.

Me dejo mecer entre sus brazos. Este es el momento en el que me siento en paz y amada. Y pensar que la primera vez que nos sentamos en este sofá él era mi jefe. Mi sensual jefe.

Capítulo 18

Un pensamiento me martiriza, todo esto por culpa de la llamada que he escuchado involuntariamente esta mañana. Bueno, en realidad he pegado la oreja. En cuanto he escuchado que Erik pronunciaba el nombre de Silver, he concentrado toda mi atención en la llamada. No sé qué han dicho, más que otra cosa Erik escuchaba y respondía con monosílabos. Estoy en la oficina desde hace más de dos horas y no he conseguido hacer nada. Tengo la cabeza en las nubes. Cuando he pedido a mi marido el motivo de la llamada se ha ido por las ramas diciéndome que quería ponerle al día con la investigación. Mentiroso. Sé que ha sabido algo más. Ni siquiera me miraba cuando hablaba, señal de que miente. En este momento deberíamos estar más unidos que nunca, y sin embargo él sigue ocultándome cosas. Sé que lo hace por mi bien, no quiere que me preocupe, pero está obteniendo todo lo contrario. Jugueteo con el bolígrafo mientras observo la foto que se encuentra encima de la mesa. Una foto de nosotros en Italia. Un viaje maravilloso. Aquel día todo parecía perfecto. Ningún problema, ninguna preocupación, nada de trabajo.

—De eso nada, relájate, estás muy pensativa —comenta una voz que me es familiar.

—Hola, Jason.

Me observa como si quisiera saber lo que estoy pensando. Se rasca el mentón haciendo una de sus muecas que encuentro divertida. No puedo evitar sonreír.

—Dime, doncella, ¿en qué estás pensando? —pregunta acercándose. Me besa en la mejilla mientras me acaricia la espalda con la mano.

—Nada importante, no te preocupes —intento tranquilizarlo.

—Dime qué es lo que te preocupa tanto, quizás pueda ayudarte.

Nadie puede ayudarme. No obstante, podría saber algo que no sé.

—Se trata de Erik, esta mañana ha hablado con el agente Silver. No ha querido decirme qué le ha dicho. ¿Sabes algo por casualidad? —pregunto.

Se queda pensando, se pasa la mano por el cuello y me mira a los ojos.

—Erik solo quiere que estés tranquila pero creo que es justo que lo sepas. Silver le ha dicho quién cree que ha podido causar el incendio.

Este es el motivo por el que se comportaba así. Él sabe quién ha sido.

¿Pero por qué no me lo ha dicho?

—¿Quién ha sido?

—Según ellos el cabecilla ha sido Monforte.

Me falta el aire. Es por eso por lo que me lo ha escondido. La situación es más grave de lo que pensaba. Creía que Stefan era nuestro mayor problema, y sin embargo ahora en medio está también la familia Monforte. Sin duda alguna se ha enterado del testimonio de Erik.

Tengo que hacer algo inmediatamente. Recojo los papeles que tengo en la mesa mientras sopeso qué hacer. Querría pedir ayuda a Claire pero es mejor que disfrute del embarazo en paz. Tengo que hacer algo y hacerlo rápidamente. Se acabó estar sentada. Intentaré resolver esta situación.

—Perdona Jason pero tengo que irme. Tengo una reunión —digo saliendo del despacho. Ni me he dignado a mirarlo, lamento mi comportamiento, él me ha dicho la verdad. En este momento solo tengo una cosa en la cabeza, pero necesito ayuda. La única persona de la que me fío después de mi marido es su hermano. Tengo que hablar con Lukas de lo que está pasando. Camino decididamente hacia su despacho con Tom que me sigue como un sabueso. Entro cerrando la puerta con llave.

—Necesito tu ayuda —digo captando su atención.

—Cuando tienes esa cara quiere decir que no es nada bueno —comenta preocupado.

Lo confirmo. Me conoce a la perfección.

—Estoy segura de que Erik te ha dicho que tal vez es culpa de Monforte si ya no tenemos nuestra casa. ¿Te das cuenta? Estamos en peligro. Todo esto está fuera incluso de su alcance. No hay nada que pueda hacer para protegernos. No basta con un guardaespaldas o con los sistemas de seguridad de casa, todo esto es en vano. No creía que la situación fuera tan grave, no tenía ni idea —digo gesticulando mientras camino de un lado para otro.

—Por favor Elisa, cálmate. Ya verás cómo todo se solucionará.

—¿Me tomas el pelo?, ¿crees que soy una niña a la que contar cuentos? Sé que no irá bien, he visto muchos casos para saber que esas personas no se detienen hasta que no obtienen lo que quieren. Se están vengando y no pararán hasta que... —No consigo acabar la frase. Respiro a duras penas, tengo un nudo en la garganta. Cielos, se continuó agitándome acabaré derecha en el hospital. Lukas se acerca decidido, me rodea el rostro con las

manos y me mira con seguridad.

—Te prometo que todo irá bien. Tienes que tener más confianza en ti misma —susurra.

—No me quedaré de brazos cruzados. Él ya no puede hacer nada más —respondo. Estoy a punto de derrumbarme. Intento contener las lágrimas respirando profundamente. Ahora tengo que ser fuerte más que nunca.

—Quiero ir a hablar con Tony Monforte —le comunico. Abre los ojos incrédulo.

—Tú no harás nada de eso —responde acallándome.

No me detendré en este preciso instante, llegaré hasta el final.

—Ya he tomado una decisión, pero necesito tu ayuda. Me tienes que librar de Tom.

Niega con la cabeza repetidamente, —no te permitiré que hagas algo así.

—Estamos todos en peligro, Lukas. Iré a hablar con Monforte y le explicaré que Erik no ha dicho nada. Quiero hacerle entrar en razón.

—Estás yendo directa a una muerte segura —comenta.

—No tengo elección. Por favor ayúdame, hazlo por él —suplico mirándolo a los ojos.

Permanece varios minutos en silencio. Espero que tome en consideración la idea de ayudarme. No sé qué hacer.

—Te ayudaré. Pero tendrás que hacer exactamente lo que te diga. No puedes cometer errores, esa gente no bromea.

—Actuaremos mañana. Vendrás a la oficina como siempre y te comportarás como si nada. Por lo que concierne a Tom, lo dejaremos fuera de combate metiéndole un somnífero en el café —habla como si lo hubiera hecho diez mil veces.

—Elisa, tienes que concentrarte. Basta solo un pequeño detalle para poner en juego tu vida —me aconseja.

Asiento y lo abrazo. —Gracias. No habría sabido qué hacer sin tu ayuda.

—Ya sabes que te tengo mucho aprecio. La idea de que te hagan daño a ti y a mi hermano me quita el sueño. Si esta locura sirve para algo entonces prefiero hacerla.

Suspiro profundamente pensando en lo que estamos a punto de hacer. Sé que será peligroso, pero haré cualquier cosa para ayudar al hombre que amo.

Capítulo 19

Un soplo ligero alcanza mi rostro. Me despierto y me encuentro delante los ojos más bonitos que he visto en mi vida. Adoro este despertar.

—Buenos días, princesa —susurra acariciándome el rostro. Me derrito cuando me toca como la primera vez. Estoy perdidamente enamorada de él.

—Buenos días a ti también —digo voz ronca. Me acerco eliminando la distancia entre nosotros mientras sus brazos me envuelven.

—¿Qué te parece si hoy no vas a la oficina? Podríamos hacer muchas cosas divertidas.

No te puedes imaginar cuánto me gustaría. Pero precisamente hoy tengo que hacer una cosa muy importante. Si supiera que su mujer está a punto de ir a hablar con personas poco fiables, creo que se volvería loco. Me siento culpable por la mentira que voy a decir.

—Lukas y yo tenemos que revisar los presupuestos. Hay algunas cosas que no cuadran —digo.

Levanta la cabeza de sopetón y me mira alarmado.

—¿Por qué no he sido informado? —pregunta.

—Quería hablarte de ello, pero con tantos compromisos se me ha pasado —trato de justificarme.

—De acuerdo. Vendré contigo a dar una ojeada.

Oh no, esto no sí que no. No puede venir a la oficina, no hoy. Necesito una excusa inmediatamente, venga, ánimo Elisa. Exprime ese cerebro y piensa en algo.

—No te preocupes. Ya verás cómo será una tontería —digo con una sonrisa forzada.

—Quiero comprobarlo personalmente —responde seriamente.

No funciona. Piensa. Piensa... Ya está, jugaré la carta de hacerlo sentir culpable. Esperemos que funcione.

—¿Es esta la confianza que depositas en mí? —pregunto haciéndome la ofendida. Por favor dime qué funciona.

—¿Te habría dejado mi empresa si no confiara en ti?

—Entonces déjame trabajar. Tienes que fiarte de mí, a lo sumo si hay problemas te llamo —digo seria. Su expresión se relaja, señal que la táctica ha funcionado. Menos mal.

—¿Te das cuenta de que no puedo pisar mi empresa cuando quiero? — responde. Decido pasarlo por alto y para distraerlo comienzo a depositar pequeños besos en su cuello. Lentamente mis dedos recorren su pecho.

—Sé lo que estás haciendo.

Río por su astucia, pero no me detengo. Sus músculos se contraen con mis tocamientos.

—Diabólica.

—Siempre.

Mi mano baja cada vez más y justo en ese momento el teléfono suena. Un mensaje de Lukas.

Estoy en la oficina.

—Tengo que marcharme.

Lo escucho protestar pero no me quedo, voy hacia el baño sin volverme.

Después de haberme despedido de él me dirijo al despacho con la inevitable presencia de Tom. Me sabe mal que se encuentre en medio de todo esto. Sé que hace su trabajo, pero su presencia hoy no es grata. Lukas y yo tenemos una misión.

Es difícil fingir que es un día como cualquier otro, no puedo permitirme cometer errores. Erik no tendrá que saber nada. Bueno, después de que Tom se despierte no tardará mucho en avisarlo. Dios sabe cuánto enloquecerá. Pero ya pensaré en eso más tarde. Sé que me estoy enfrentando a algo muy peligroso, soy consciente pero no creo que tenga otra alternativa.

—Tom... Lukas y yo tenemos mucho trabajo que hacer. Creo que estaré en su despacho toda la mañana —miento.

Entro en la oficina de Lukas y me aseguro de cerrar la puerta. Solo entonces consigo respirar regularmente. Todavía no hemos puesto en acción nuestro plan y ya estoy nerviosa.

—Por fin has llegado —exclama mi cuñado.

—Sí, aquí estoy... He tenido algún contratiempo en casa —digo frotándome las manos. Ahora no consigo hablar bien. Lo que me faltaba.

—Tranquilízate. Estás tensa como la cuerda de un violín.

Lo sé, me he dado cuenta pero no puedo evitarlo

—Perdóname, pero no estoy acostumbrada a ir a hablar con un mafioso que encima ha hecho saltar mi casa por los aires.

Dejo caer el peso de todo mi cuerpo en el sillón con la mirada puesta en el techo.

—Solo me gustaría recordarte que la brillante idea ha sido tuya—replica.

Ya, yo y mis fantásticas ideas. No quiero dar marcha atrás, pero admito que tengo miedo. No sé ni siquiera cómo reaccionará Monforte cuando me vea.

Podría dispararme y deshacerse de mi cuerpo, nadie sabría nada. O podría simplemente negarse a hablar conmigo. Ya está, se acabó lo de montarse tantas películas.

—Mi hermano me acaba de mandar un correo. Lee —dice con una mueca...

Hola. Elisa me ha dicho que estáis controlando las cuentas. Ha intentado hacerme creer que no es nada importante, pero sé que está pasando algo. Mándame un correo después con los datos para poder revisarlos.

PD: conociéndote le enseñarás este mensaje. Que paséis buen día en el trabajo, chicos, y recordad quién es el verdadero jefe.

No hay nada que hacer, es más fuerte que él. Qué pena que en las cuentas no haya problemas, era solo una excusa. En realidad hace algunas semanas teníamos el presentimiento de que hubiera gastos sospechosos, pero después lo solucionamos.

—Volviendo a nosotros. Yo estoy preparado para empezar con la misión yendo hacia una muerte segura. ¿Y tú?

—No haces gracia. Y sí, estoy lista —respondo seriamente.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Espérame aquí, voy a ir a coger tres cafés —dice saliendo del despacho. ¿Por qué yo parezco nerviosa y él tranquilo?

Respira. Respira. Que no cunda el pánico, no ahora.

Después de varios minutos entra con dos tazas de café guiñándome el ojo. Señal de que Tom está bebiendo el café que contiene somnífero.

—Solo tenemos que esperar a que surja efecto —susurra.

Se comporta de manera extraña. Parece que todo esto le gusta.

Continúa mirando el reloj de pared y después de diez minutos exactos abre la puerta para comprobarlo.

El pobre Tom yace en el suelo durmiendo.

—Espero por tu bien que no le pase nada —comento saliendo de la oficina.

—Solo le he dado un somnífero para caballos, no le pasará nada —respondo tranquilo.

Lo miro pasmada por lo que ha dicho y él se pone nervioso.

—Querías librarte de él y lo he hecho. Así que no comiences—continúa.

—Librarnos de él, no arriesgarnos a matarlo, Lukas.

Es mejor olvidarnos de esto, tenemos poco tiempo. Caminamos decididamente hacia la salida. Miro a mi alrededor con miedo a encontrarme a Erik de frente. Cogemos el ascensor y salimos por la salida secundaria.

Lukas me acompaña al aparcamiento y se detiene ante un coche que no reconozco.

—¿Y este coche de dónde ha salido? —pregunto mientras abro la puerta.

—¿Te creías que me presentaría en la guarida de la mafia con mi coche? Lo he alquilado esta mañana.

—Por cómo te comportas, parece que tienes cierta experiencia en esto —comento.

—Qué graciosa eres. Espero que tengas el mismo espíritu cuando veas a Monforte —contesta.

Un teléfono suena interrumpiendo nuestra conversación. Es el mío. Ya sé quién es, estoy segura. Miro la pantalla, el nombre de mi marido parpadea.

—Es él. ¿Qué hago?, ¡eh!, ¿qué hago? —pregunto nerviosa.

—Tranquilízate. Me pones nervioso cuando haces eso. Responde y di que estás yendo a hacer una cosa. Yo que sé, invéntate algo.

—Tengo que decir que eres de mucha ayuda —me quejo volviendo a meter el teléfono en el bolso. Soy una cobarde, no consigo responder.

—Ya sabes que te llamará hasta que respondas, ¿no?

—Lo sé. Y seguramente tardará poco en ir a la oficina —respondo resoplando. Esto acaba de iniciar y ya es un desastre.

Una hora en silencio total. Nos hemos visto obligados a apagar el teléfono, Erik no ha parado ni un segundo de llamarme. Imagino lo furioso que estará. Por no hablar de cómo se pondrá cuando descubra lo que voy a hacer.

—Ya hemos llegado —comunica aparcando el coche de frente al local.

Parece un local cualquiera. Delante de la puerta hay dos hombres

vigilando. Me esperaba yo que sé, algo más sucio. Tal vez he visto demasiadas películas.

—De acuerdo, allá voy. Si no vuelvo en media hora ya sabes lo que hacer —digo.

—Espero que todo vaya bien. Si te pasa algo no me lo perdonaría nunca, y además estoy segurísimo de que mi hermano me mataría.

Bajo del coche respirando profundamente. Ha llegado la hora de la verdad.

Me acerco a los dos hombres con mucha calma.

—Buenos días, vengo a ver a Tony Monforte. Decidle que Elisa Truston tiene que hablar con él.

Capítulo 20

Recorro un pasillo y me detengo ante una puerta de madera oscura. No puedo creer la facilidad con la que me han dejado entrar. Solo he tenido que decir mi apellido y sin objeciones me han dejado el camino libre. Esto me preocupa notablemente, quizás he cometido un error viniendo aquí. La puerta se abre y yo entro.

Apoyado en la mesa un hombre alto y esbelto con pelo castaño y rizado me examina de pies a cabeza con curiosidad. Comenzamos bien.

—Señora Truston, es un placer conocerla.

Parece inofensivo.

—Señor Monforte.

Respira, no te des por vencida ahora Elisa.

—¿Qué le trae por aquí? —pregunta.

Ahora llega lo mejor, veamos, ¿por dónde comienzo? Maldición, ni siquiera me he preparado un discurso. Eso quiere decir que tendré que decir todo lo que se me pase por la cabeza, solo espero no liar ninguna.

—Estoy aquí para hablarle de mi marido —digo convencida.

Su expresión cambia, ahora es fría y en sus ojos veo odio.

—No sabía que Erik Truston mandara a la mujer para resolver sus problemas —comenta.

No puedo evitar mirarlo con desconfianza. Permanecemos en silencio mientras nos observamos. Está bien, este hombre no es muy diferente de mi marido: seguro de sí mismo, se cree el amo del universo.

—¿Por qué tengo la impresión de que su marido no sabe nada de esta visita?

Se acerca eliminando la distancia entre nosotros y yo no me muevo ni un milímetro. El miedo me está devorando pero quiero parecer segura y decidida.

—Tiene razón, él no sabe nada. Como puede ver señor Monforte, cuando alguien intenta hacer daño a lo que me pertenece sin motivo, yo intento protegerlo.

—Me parece lógico, yo también lo haría. Pero la pregunta es, ¿por qué está aquí? —pregunta serio.

—Porque usted ha hecho saltar mi casa por los aires —digo con los ojos

llenos de rabia.

—No sé de qué está hablando.

—No estoy aquí para acusarle, solo para pedirle que se detenga. Erik no ha hecho nada para merecerse todo esto.

Se aleja yendo hacia un mini bar y se sirve una bebida en un vaso. —¿Le apetece? —pregunta mostrándome el vaso. No creo que sea lo más apropiado, pero tal vez ayudaría a continuar con esta conversación. Hacerme amiga de mis enemigos no forma parte de mi programa, pero por ahora podría funcionar. Me acerco cogiendo un vaso vacío y me sirvo solo un trago. Todo esto bajo la mirada sorprendida de Monforte.

—¿No cree que ha cometido un error viniendo aquí? —pregunta.

—No. Creo que el diálogo ayuda mucho. Ha habido un malentendido y por el bien de todos espero que se pueda resolver —respondo sinceramente.

Acerco el vaso a los labios e inmediatamente me invade un fuerte olor a Brandy. Esencialmente la cosa que más odio. Dado que hemos decidido hacernos los duros, hay que ir hasta el fondo. Bebo el vaso de un trago y lo deposito en la bandeja.

—¿Por qué está tan segura de que he sido yo quien ha quemado vuestra casa? —pregunta estudiándome.

—Eso no tiene mucha importancia. Estoy aquí para decirle que Erik no ha hecho nada en su contra.

—¿Por qué debería creerle?

—Porque es la verdad —contesto.

Se crea un poco de silencio y decido insistir.

—Señor Monforte. Si no fuera la verdad no estaría aquí, ¿no cree?

—Si realmente quiere saberlo, no tengo nada que ver con su casa.

—Imposible. El FBI ha dicho que ha sido usted —digo sin pensar.

—Por lo que parece hay alguien que quiere incriminarme. Pero le repito, no tengo nada que ver con lo que ha pasado —dice con toda tranquilidad.

Parece sincero. Pero en el fondo los hombres como él están acostumbrados a mentir. Ya no sé qué creer. ¿Quién más podría hacernos daño?

—Tengo que marcharme —digo mirando la hora. —Le agradezco que me haya recibido. —Trato de salir de esa habitación lo antes posible. Estoy más desorientada que antes.

—Ha sido un verdadero placer conocerla, señora Truston. Si necesita

cualquier cosa, ya sabe dónde encontrarme.

Por supuesto. No creo que vuelva a pisar este sitio. Salgo del local y me dirijo hacia el coche donde Lukas me está esperando. Dentro del vehículo respiro hondo y miro a mi cuñado que tiene el rostro pálido.

—Mi hermano nos espera en casa —comunica arrancando.

—¿Por qué demonios has respondido?, ¿no podías esperar?, ¿no le habrás dicho dónde estamos?—respondo nerviosa.

—Oh no, ese honor te lo dejo a ti. Bueno, dime qué tal ha ido.

—Monforte asegura que no ha sido él, pero no me convence.

—Por lo tanto esta locura no ha valido para nada —se queja acelerando.

—Podrías ir más despacio, no tengo tanta prisa por volver a casa.

—Perdone vuestra majestad.

—¿Por qué estás tan insoportable? —pregunto alzando la voz.

—Porque como un imbécil me he dejado arrastrar en esto. Tú no lo has escuchado por teléfono, está muy cabreado. No oso imaginar cómo reaccionará cuando estemos allí. Perdóname si no salto de alegría —grita golpeando las manos en el volante.

Sé que ha sido una pésima idea, pero quería intentar resolver la situación. Quería echar una mano. Erik no se lo tomará bien y probablemente discutiremos pero no importa, haría cualquier cosa por él, incluso poner en peligro mi propia vida.

Capítulo 21

Entramos en mi apartamento cautelosamente. Me sobresalto cuando me vuelvo hacia el salón. No desearía a nadie recibir una mirada homicida como la que me está dedicando mi marido ahora mismo. Hola querido, ¿por qué tengo la impresión de que me quieres matar? Avanzo algunos pasos delante de Lukas. Cobarde, ha dejado que entrara primero. Erik se cruza de brazos y los músculos del rostro se contraen.

—Hola —digo como si no pasara nada.

Su mandíbula se contrae aún más y continúa mirándome de ese modo que detesto profundamente.

—Erik podemos explicártelo —interviene Lukas.

—Tú es mejor que estés callado. Ajustaremos cuentas mañana, ahora si te no importa tengo que aclarar un par de cosas con mi mujer —responde fríamente sin apartar la mirada de mí.

Sin esperar a que se lo repita su hermano sale de casa sin despedirse. Apuesto a que estaba deseando irse. Creo que va a ser duro hacerle entrar en razón. Usaré la táctica de la dulzura, no tengo intención de añadir leña al fuego, sobre todo porque ahora mismo hay riesgo de quemarse.

—Y bien, Elisa, ¿tienes algo que decirme? —pregunta manteniendo la misma posición. De acuerdo, estoy en un campo de minas y el hecho de que me haya llamado por el nombre lo confirma.

—Bueno yo... Lo que he hecho no te gustará mucho, pero que sepas que lo he hecho por ti —trato de explicarme, pero las palabras no quieren salir. Me intimida cuando se comporta así.

—¿Qué has hecho?—pregunta avanzando algunos pasos. Aquí llega donde la matan. Vamos, respira hondo y suéltalo todo, total acabará sabiéndolo igual.

—He ido a hablar con Tony Monforte —confieso.

—¿Qué has hecho qué? —grita sobresaltándose.

Trato de parece tranquila pero no me sale muy bien.

—Dime que no has hecho una tontería así —grita en mi rostro. Su voz está cargada de rabia. Asiento débilmente y en ese instante se desencadena el fin del mundo. Me empuja violentamente y empieza a arrojar cualquier objeto que se le pasa por las manos. No sé qué hacer, cualquier palabra podría no

ser la adecuada en este momento, pero no obstante decido intentar tranquilizarlo.

—Cariño. Monforte no me ha hecho nada, es más, ha sido muy amable — intento explicar.

Se acerca como una furia agarrándome por los brazos con fuerza.

—¿Amable?, ¿después de todos tus discursos moralistas vas a hablar con él?, ¿después de todo lo que está pasando haces algo semejante?

Está fuera de control. Permanezco inmóvil como un trozo de hielo observándolo mientras continúa destruyendo todo lo que encuentra.

—Por favor, ya basta —suplico.

—¿Basta?, ¿basta qué?, ¿te das cuenta de la situación en la que nos encontramos? Ya no duermo, trato por todos los medios de resolver este lío, ¿y tú qué haces? Vas a hablar con él. Intento protegerte, intento encontrar una solución a algo que sé que es culpa mía, y sin embargo, tú en vez de estar a mi lado y apoyarme, actúas en mi contra — explota sin tomar aire.

Sus palabras me llegan como un puñal clavado en el pecho.

—Eso no es verdad. Yo solo quiero ayudar. Pensaba que hablar con ese hombre sería útil, no quería crearte más problemas —digo en voz baja.

Camina de un lado para otro despreocupado de todos los objetos esparcidos por el suelo. Se vuelve hacia mí colocándose las manos en las caderas.

—Mañana por la mañana nos marchamos, iremos a vivir a un sitio secreto. Nadie sabrá dónde estaremos.

No lo puede estar diciendo en serio. No podemos ir a ninguna parte. Tenemos nuestra vida, nuestros compromisos, no puede hacer algo así.

—Si es por Monforte no te preocupes. Ha dicho que no tiene nada que ver con el incendio —digo acercándome a él.

—No me importa. Mañana nos marchamos. No me fio de nadie y no tengo intención de continuar poniéndote en peligro —responde serio retrocediendo.

—No me has preguntado si estoy de acuerdo —recuerdo.

No lo hagas Elisa, no es el momento de enfrentarte a él.

—¿Lo dices en serio? Tú eres la que siempre hace lo que quiere sin preguntarme nada pero pretendes que yo lo haga. No, la vida no funciona así —comenta molesto.

Esto es demasiado. Creía que podía aguantar, pero no puedo, está

exagerando.

—Mira quién habla, ‘Sr. Yo controlo todo’ ¡Pero por favor! No te hagas el inocente cuando no lo eres —respondo.

—Te aconsejo que cambies de actitud, Elisa, porque creo que ya he soportado demasiado tus estupideces —vocifera indicándome con el dedo.

—¿Las mías?, ¿Por qué no hablamos de las tuyas, Erik? Piensa un poco, estoy obligada a tomar las riendas de la empresa de mi marido solo porque ha decidido enlazar amistad con la mafia. Y es más, como esto no te valía, has infringido diversas leyes sin preocuparte en absoluto. Todo esto porque solo te interesa alcanzar tus objetivos. Y para rematar, todo se ha hecho público. Y sí, tienes razón. Has sido tú quién ha soportado mis estupideces. Pero vete a la mierda —digo dirigiéndome a la habitación. No aguantaba más teniéndomelo dentro. Se acabó. Estoy hasta la coronilla.

—¿Dónde crees que vas? Cuando dos personas hablan no puedes coger y marcharte —grita cogiéndome por el brazo.

—Te sugiero que quites la mano o juro que te la arranco. Tal vez no te ha quedado claro, Erik, estoy bastante cansada de todo esto. Cada cosa que hago, lo hago pensando en ti. Cada vez que trato de ayudarte, lo hago porque te quiero, pero tú eres tan tonto que no lo ves.

Afloja el brazo y continúa siguiéndome. No quiero discutir con él, pero no puede permitirse decirme todas estas cosas, no me lo merezco. Él es el primer pensamiento por la mañana y el último por la noche. Solo quiero su bien, pero él no lo llega a entender.

Llego a la habitación y me cambio rápidamente con su mirada puesta en mí. Sabía que se enfadaría, pero no tanto como para querer marcharse de aquí. Por supuesto él decide y los demás obedecemos. No tengo ninguna intención de irme a ninguna parte, quiero quedarme aquí y lidiar con los problemas que tenemos. Escapar no sirve para nada.

—¿Por qué quieres hacer siempre lo que se te pasa por la cabeza? Yo no entiendo por qué no puedes ceñirte a las normas —susurra renunciando.

—¿Qué normas?, ¿las tuyas? No, gracias. Lo sabías desde el primer día que me has conocido que no seguiría tus reglas —digo sin mirarlo.

Lo escucho emitir un suspiro de frustración. Sabe que es la verdad, lo ha sabido siempre.

—Sabes que no me gusta discutir contigo, es solo que todo esto que está sucediendo es algo que no consigo controlar. Es frustrante saber que no soy

capaz de proteger a las personas que amo, y es aún más frustrante saber que todo esto es culpa mía. Cuando esta mañana he llamado a la oficina y he descubierto que no estabas allí me he vuelto loco. Estaba en pánico, creía que había pasado algo. Tú no respondías y he pensado en lo peor. Después cuando Lukas me ha dicho que estabais juntos y que estabais bien, me he calmado. A continuación me ha invadido la rabia por tu testarudez. No sé en qué lengua explicártelo, pequeña, yo no puedo vivir sin ti y tengo que estar siempre seguro de que estás bien. Siempre tengo miedo de perderte.

Tiene la mirada ausente. No oso imaginar lo mal que está. Me quiere y sé lo que le importo, pero no se da cuenta de que comportándose así me aleja.

—Yo te quiero, Erik, pero no estoy de acuerdo con la idea de ir a saber dónde. Tenemos que quedarnos aquí y enfrentarnos a nuestros problemas juntos.

Me acerco cogiendo su rostro entre las manos y lo beso dulcemente.

Sus manos me rodean y me tira hacia sí.

—No quiero preocuparte pero tienes que saber una noticia de la que me he enterado hoy —susurra.

Lo miro atentamente mientras que el corazón me martilla el pecho.

—Estoy convencido de que el testigo es alguien que conocemos, alguien muy cercano a nosotros. No quería decírtelo, pero no sé qué hacer y necesito tu ayuda para descubrir quién es.

—¿Sospechas de alguien en particular? —pregunto preocupada.

—No. Pero no me fío de nadie. Podría ser cualquiera, pero pienso que se encuentra entre nuestros amigos, el FBI ha recibido demasiadas informaciones. Solo tres personas sabemos ciertas cosas: Logan, Jason y Lukas. No me entra en la cabeza cómo es posible que uno de ellos me quiera hacer daño.

Estoy en shock, no me lo puedo creer. Uno de ellos es el testigo. Ha acusado a Erik de haber disparado a Stefan. ¿Quién podría ser tan cruel y malvado? Tiene que ser un actor nato, porque nunca me he dado cuenta de nada y tampoco Erik.

—Tendremos los ojos abiertos y prestaremos atención a cualquier mínimo detalle. Quienquiera que sea lo descubriremos. Podríamos preparar una trampa. Tal vez dar una información diferente a los tres y esperar a que el FBI lo sepa. Basándonos en eso podríamos saber quién es.

—Tiene razón, podría funcionar. Si quieres puedo ayudarte. Podría

decírselo a Logan y tú a Jason y a Lukas, o al revés —digo.

—De acuerdo, lo haremos así. Tú díselo a Jason y yo me encargo de los otros dos —responde pensativo.

—Es la primera vez que necesitas mi ayuda. No sabes lo importante que es para mí esto —digo con lágrimas en los ojos.

—Eres la única persona de la que me fío ciegamente —responde con sinceridad. No puedes imaginar lo feliz que me hacen esas palabras.

—Haré todo lo que quieras para ayudarte —susurro. Se acerca posando las manos a los lados de mi rostro y me mira con dulzura.

—Eres lo más importante que tengo y te amo con locura. —Sella su declaración con un beso tierno, lento y lleno de amor.

Nuestro amor es algo único. Discutimos de manera inverosímil pero también sabemos hacer las paces. La verdad es que estaríamos perdidos el uno sin el otro.

TESTIGO MISTERIOSO

Ya está. Erik y Elisa están discutiendo. Aprovecharé para acercarme más a ella. Le haré creer que Erik está equivocado y que estando con él se pondrá en peligro a sí misma. Tengo que actuar, ya estoy cansado de verlo con él. Es tan frágil en este momento que basta una pequeñez para que se derrumbe totalmente. No puedo atacarle a él directamente, pero ella es su punto débil. Si él saca lo peor de sí como creo, necesitaré poco para obtener todo con facilidad.

Capítulo 22

Hoy es nuestro aniversario, teóricamente un día alegre, pero en realidad no lo es. Ambos estamos preocupados, él siempre está encerrado en su oficina, y cada vez que le pregunto qué hace, me responde: «Estoy controlando el funcionamiento de la empresa». Quiero evadirme y para la ocasión he pensado organizar una velada picante. No nos hace nada bien acumular solo preocupaciones, tenemos que encontrar un pequeño rincón de paraíso donde estemos nosotros dos solos y dejemos fuera el mundo, al menos durante unas horas. He pensado en algo especial para esta noche. Acabo de limpiar la cocina mientras observo como cambia de canal constantemente, parece pensativo.

—¿Vemos una película? —pregunta resignado.

—Elige una, voy ahora. —Dejo el trapo en la encimera y voy a la habitación. Te voy a enseñar yo una buena película, querido. No consigo enfadarme con él si no se acuerda de qué día es hoy, tiene cosas más importantes en las que pensar. Ayer hemos puesto en acción nuestro plan como habíamos decidido. He dicho a Logan que Erik se encontraría con Monforte mañana a las 8 en el club, y en cambio Erik ha dicho a su hermano que lo vería en la playa a la misma hora, y a Jason en la casa del lago. Esperando que todo vaya según nuestros planes, si el FBI se entera descubriremos quién es el testigo.

Me pongo el mini uniforme de camarera que cubre muy poco y me observo en el espejo. No sé por qué me entran ganas de reír, es la primera vez que me disfrazo. Me avergüenzo un poco, pero creo que de vez en cuando se necesita hacer algo diferente solo para tener encendida la llama. Espero que le guste. ¿Y si no? Tal vez detesta estas cosas. Oh maldición, fuera inseguridades, tengo que lanzarme. Es mi marido no pasa nada, como mucho me dirá que no le gusta y yo me moriré de la vergüenza. Me encojo de hombros y respiro hondo. Atrevámonos y después vemos qué sucede.

Camino de puntillas hacia la cocina y cojo una bandeja en la que apoyar dos copas de champán, algunas fresas y un poco de nata. De acuerdo, ya estoy lista. Puedo interpretar el papel de camarera de la mejor manera posible. Tal vez no debería hacerlo, pero tengo curiosidad por saber su reacción. Espero no parecer torpe e inepta, pero sobre todo espero que no

se me caiga nada de la bandeja. No soy una campeona en todo lo que tiene que ver con la delicadeza, y para ser sincera soy muy negada en todo lo que hago.

Entro en el salón aparentemente segura, pero por dentro continúo suplicando. Pienso en algo bonito esperando que el temor de equivocarme se esfume.

—Sr. Truston, le he traído algo para beber —digo con voz sensual.

Me mira con una mueca sin entender por qué lo he llamado en ese modo, pero cuando se da cuenta de mi atuendo se le dibuja una sonrisa malvada que me vuelve loca.

—¡Vaya! siempre he soñado con una camarera como tú —comenta levantándose. Se acerca y me rodea mientras que sus ojos me observa atentamente. —Muy convincente —susurra depositando pequeños besos en mi cuello.

Siento escalofríos por todo el cuerpo, trato de concentrarme pero con él comiéndome con los ojos es muy difícil.

Apoyo la bandeja sobre la mesa y me acomodo en el sofá sentándome a horcajadas sobre él. Quiero provocarlo, quiero ser más descarada que nunca.

—¿Le gusta lo que ve? —pregunto mirándolo fijamente. Me mira, se muerde el labio y se aproxima. Apoya los brazos a los lados de mi cuerpo, acerca su rostro al mío y yo contengo la respiración.

—No me gusta, me vuelve loco. —Me besa con pasión. No lo toco, intento resistir, dejo que sea él quien mande.

Me aparto interrumpiendo el beso y él protesta pero yo tengo que seguir con la misión.

— Estoy aquí para servirle, Sr. Truston.

Le quito la camiseta y admiro su pecho esculpido, los músculos contraídos.

Cojo una fresa y la poso sobre sus labios, la restriego y él la muerde reteniéndola. Me acerco sin apartar la mirada, él está esperando. Lamo la fresa, el contorno de sus labios y por fin la muerdo. Beso con fresa, lo llamaré así. Su lengua se desliza lentamente, exigente, hasta encontrarse con la mía. Murmura algo, pero yo no me detengo, no inmediatamente. Continúo besándolo deseosa pero él interrumpe el contacto empujándome hacia atrás.

— Cierra los ojos —ordena.

Obedezco, escucho sus pasos, se está alejando. ¿Qué se le habrá pasado por la cabeza? Me muero de las ganas de descubrirlo. Vuelve al poco rato, no dice nada pero lo siento cada vez más cerca.

—No los abras hasta que yo te lo diga.

No tengo ninguna intención de contradecirlo, me gusta la atmósfera que se ha creado.

Algo frío desciende por el cuello, apoyo las manos y descubro que es un collar.

—Feliz aniversario —susurra detrás de mí. Siento su respiración sobre mi piel. Me quemo.

—Ahora puedes mirar.

Abro los ojos y veo una cadena con un medio corazón. Sonrío y descubro su inicial en la parte superior.

—Ahora te toca a ti —dice pasándome otra cadenita con un medio corazón. Encima aparece mi inicial.

—Cuando no estemos juntos, llevarás contigo mi corazón y yo llevaré el tuyo —suspira y no comprendo por qué.

Se posiciona en medio de mis piernas y me mira a los ojos mientras agarro su rostro con mis manos.

—Te quiero, Erik.

—No te olvides nunca de lo que somos, Elisa, no dudes nunca de mi amor. Tenme contigo contra todo.

Nunca podría renunciar a él, sería como renunciar a mí misma. Él y yo somos un mismo corazón, inseparables. Me dejo llevar entre sus brazos y lloro, son lágrimas de alegría pero también es una sensación gratificante, un miedo constante a perder lo que tenemos. Creo tanto en nuestro amor hasta el punto de elegirle siempre a él incluso cuando se equivoca.

Lo abrazo encogiéndome y él me abraza con sus poderosos brazos regalándome pequeños besos.

Un teléfono suena, pero yo no tengo ninguna intención de responder. Nos miramos, es tarde y si alguien llama es porque es urgente. Me levanto con curiosidad y agarro el teléfono. Es Logan.

—Hola, Logan —digo mirando a mi marido que me sonrío.

—Elisa, Claire está en el hospital. Está a punto de tener al niño— comunica nervioso.

Abro los ojos de par en par y Erik me mira pasmado.

—Voy inmediatamente —digo y cuelgo el teléfono.

—Tengo que marcharme, Claire va a dar a luz —digo alterada.

Levanta la mirada al cielo y alza los brazos.

—Tu amiga siempre en el momento más oportuno —comenta. —Esta vez tendrás que ir tú sola, yo tengo que arreglar unas cosas del trabajo que no puedo aplazar.

Lo miro con rencor y después me vuelvo acelerando el paso en dirección a la habitación.

—Recuerda que no eres tú quién tiene que dar a luz, no te pongas nerviosa —lo escucho gritar.

Muevo la cabeza porque últimamente es la simpatía hecha persona. Me preparo y voy hacia la puerta con un único pensamiento en la cabeza, Claire. Esperemos que esta vez esté más tranquila, porque me quedé traumatizada aquella vez con el demonio que vive en ella.

—Hasta luego a ti también, cariño —lo siento comentar. Vuelvo atrás y voy hacia él. Soy una estúpida, me he olvidado completamente de él.

—Perdona, tienes razón —digo avergonzada. Lo beso rápidamente y salgo de casa.

Busco las llaves del coche en el bolso, hurgo entre todas las cosas, cuando las necesito nunca las encuentro. Estoy perdiendo la paciencia, en cualquier momento lo tiro todo por el suelo. Aquí están. Vamos, cálmate. Respira. No es el fin del mundo, va a dar a la luz. No sería un problema si no estuviéramos hablando de Claire.

TESTIGO MISTERIOSO

La observo mientras sube al coche alterada. Tiene el pelo despeinado y una expresión preocupada. Seguramente estará yendo donde su amiga. Es hora de actuar, iré al hospital y estaré a su lado, aprovechando que Erik estará fuera de juego durante un tiempo.

Capítulo 23

El gran día ya ha llegado, en pocas horas descubriremos quién es el testigo. Hoy he tenido un día desbordado de trabajo, creo que saldré de aquí muy tarde. Hemos vivido dos meses con mucha tensión.

—¿Crees que puede funcionar? —me pregunta Lukas

Lo miro desconcertada, no sé de qué habla.

—Elisa, ¿qué te pasa? Pareces en otro planeta.

—Perdona, tienes razón.

Me escruta, suspira.

—¿Es por lo de esta noche, verdad? —pregunta.

¿Cómo puede saberlo? Oh, Dios mío. El pánico me invade mientras intento mantener la calma. No es posible, es él el testigo. Estudio su expresión inocente y las dudas me surgen. Tal vez está hablando de otra cosa y estoy alucinando.

—¿Erik te lo ha contado? —pregunto jugando al despiste.

—Sí, me ha dicho lo de vuestro plan —confiesa en voz baja. No me lo puedo creer, le ha contado nuestro plan. ¿Qué sentido tiene? Él podía ser un posible sospechoso. Lo miro y no sé qué decir.

—Me has destrozado el corazón, ¿cómo puedes creer que he sido yo? Vamos, soy su hermano.

—Mira, la idea ha sido de él. Yo solo quería ayudarlo —trato de justificarme.

—Esta me la guardo, Elisa. —Otro que me llama por el nombre cuando está enfadado conmigo, es un vicio de familia.

—No quería herir tus sentimientos, es solo que no sé de quién puedo fiarme.

Silencio. Aparta la mirada y continúa trabajando. Lo lamento, no quería hacerle daño.

—¿Quién crees que es? —pregunto.

Levanta la mirada y con una mueca escribe algo en folio y después se vuelve hacia.

Leo «TOM» y lo miro de reojo.

—Tom trabaja aquí desde hace poco, no conocía a Erik antes. Está claro que como investigador das pena.

—Escuchemos entonces a Sherlock, ¿quién crees que ha sido? —pregunta. Estoy a punto de responder pero el teléfono de la oficina comienza a sonar.

—Sí, Sharon —respondo mientras Lukas airea el folio.

—Elisa, está aquí el agente Silver —comunica.

—Dígale que Erik no se encuentra aquí.

—Quiere verle a usted.

Qué extraño. ¿Qué querrá de mí? Lo pienso durante unos segundos y le digo: —Hazlo pasar.

—El agente del FBI está aquí y quiere verme —digo. Lukas me mira y se encoge de hombros.

—¿Te imaginas? Ahora te arrestan a ti también —comenta.

—No tiene gracia —digo dándole un golpe en el brazo. Nos sentamos derechos y decido mandar un mensaje rápido a Erik para avisarle de la llegada de Silver.

Silver está aquí y quiere verme. Solo quería avisarte, hablamos luego. Te quiero.

Dejo el teléfono en la mesa y en ese momento entra el agente Silver sin llamar.

—Sra. Truston —dice tranquilamente. La expresión del hombre no es muy reconfortante. Postura rígida, rostro pálido. La última vez que lo vi de pasada parecía muy seguro de sí mismo, y ahora sin embargo parece incómodo.

—Señor Silver. ¿A qué debo el honor de su visita? —pregunto sin perder tiempo.

Lukas se sitúa a mi lado y el hombre me mira fijamente a los ojos. Suspira. No es buena señal.

—Se trata de su marido —dice. Respira hondo mientras yo permanezco inmóvil esperando a que continúe. Siento el latido de mi corazón, late a mil por hora. —El coche de su marido ha sido encontrado en llamas en la estatal en dirección a Franklin.

Bajo mis pies se abre un abismo y corro el riesgo de precipitarme. No puedo respirar, me falta el aire.

—¿Dónde está? —pregunto tragando saliva.

La mano de Lukas se apoya en mi hombro mientras el hombre se acerca.

Mira a Lukas y después dirige su atención hacia mí.

—Su marido estaba en el interior del vehículo.

Mi corazón se rompe en mil pedazos, un nudo mortal en el estómago va aumentando dejándome sin respiración.

—¿Dónde está? —pregunto otra vez. Quiero despertarme, no me gusta la pesadilla que estoy viviendo. Que alguien me despierte antes de que me ahogue.

—Lo lamento, su marido ha muerto.

Mi cuerpo se petrifica. Ningún movimiento, ninguna respiración, ningún latido. Muerto. Muerto. Está muerto.

Siento la voz de Lukas y la de Silver pero no las escucho, no entiendo qué dicen. Los oídos me silban, el fuego me quema por dentro, siento la cabeza pesada. Cierro los ojos y me repito a mí misma que estoy durmiendo. No creo lo que está diciendo este hombre y lo demostraré. Mi cuerpo se mueve sin recibir órdenes. Agarro el teléfono bajo la mirada perpleja de los dos hombres y tecleo su número. Responde, quiero escuchar tu voz y contarte la broma tan pesada que me acaban de gastar.

Contestador.

No hay señal. Lo reintento.

Contestador.

Lo reintento.

Contestador.

Sigo presionando frenéticamente las teclas, pero la situación no cambia, salta siempre el contestador.

—Elisa, intenta mantener la calma —susurra Lukas pasando las manos por mis hombros. Continúo intentándolo, insisto aunque salta siempre el contestador. Lo reintento, pierdo la cuenta de las veces que he llamado, no puedo detenerme.

—¿Dónde? —grito con todo el aire que tengo en el cuerpo. Me quema la garganta, el pecho, me tiemblan las manos. Vago con la mirada y cuando me cruzo con los ojos lúcidos de Lukas me derrumbo. Mis seguridades se esfuman, mi mundo se destruye para siempre. Retrocedo y muevo la cabeza conmocionada.

—No es verdad, os habéis equivocado —repito numerosas veces. Me

dejo caer al suelo y lloro en silencio porque es lo único que sé hacer. Lukas se acerca, me abraza fuertemente y me susurra que esté tranquila que no estoy sola, pero yo en realidad estoy sola. Él ya no está, me ha abandonado. Grito contra el pecho de Lukas y él me abraza más aún. Los únicos brazos que me gustaría que me rodearan están lejos porque él ya no está.

Capítulo 24

Me siento aturdida y distraída. Me repito a mí misma que no me puede estar pasando a mí. Todos siguen existiendo en el mundo, y sin embargo yo me encuentro en un túnel oscuro. Me siento perdida porque no tengo un motivo para salir adelante. Él ya no está conmigo. No consigo recordar qué he hecho los días precedentes, no recuerdo la última vez que he comido, hablado, respirado. Estoy vacía y desorientada, un cuerpo carente de vida.

Estiro con las manos nerviosamente el vestido negro que llevo puesto, como si fuera el culpable de todo lo que está sucediendo. Negro, como todo lo que me rodea. No hay color sin él. No soy nadie sin él. Observo la foto de nuestro matrimonio como si solo hubiera sido un sueño. ¿Cómo puede ser real si él no está?

—Elisa tenemos que marcharnos —me comunica Jason entrando en la habitación. No creo que pueda lograrlo, no puedo. Miro a nuestro amigo sin decir nada. Desde hace días que no digo nada. No tengo ganas de hablar con nadie. Suspiro pesantemente mirando por última vez la foto y salgo de la habitación. Mi cuerpo es solo una máquina que responde a las órdenes, ha dejado de sentir. Tal vez algo siento, el frío que me entra hasta los huesos y me tortura continuamente.

Paso entre la multitud de personas y salgo de casa sin mirar a nadie. No me importa que estén aquí por él, sé quién le quería bien de verdad, y sin duda no es ninguna de esas personas. Pero la gente es rara, va a los funerales solo para decir que ha ido, para mostrar hasta el final lo hipócrita que puede ser el ser humano. Están todos, accionistas, periodistas, banqueros, políticos. No quiero a ninguna de esas personas aquí, solo le quiero a él. Miro la entrada como esperando su llegada de un momento a otro. No puedo creerlo. No puedo aceptar su muerte, no lo consigo. Soy un fracaso. No he conseguido hacer nada por él. Él me ha protegido siempre y no he conseguido hacer lo mismo.

—El coche ya ha llegado —me avisa con un hilo de voz mi amiga. En el momento en el que me cruzo con sus ojos rojos e hinchados no logro contener las lágrimas. Fluyen abundantemente como han hecho estos días, pero no pueden traérmelo de vuelta. Me gustaría gritar, querría hablar pero no puedo. Lo tengo todo dentro. No serviría de nada mostrar el dolor que

siento, nadie podría entenderme. He perdido todo, ya no tengo nada, ni siquiera un alma.

Entro en el coche que me llevará al cementerio junto a Lukas y Jason, mientras mi amiga se encarga de avisar a los presentes.

Un fuerte retortijón me hace retorcerme del dolor, algo que a mis amigos no se les escapa.

—¿Estás bien? —me pregunta Lukas preocupado.

—¿Te parece que está bien? Hace días que no come y siempre está encerrada en su habitación —responde Jason duramente. Lo fulmino con los ojos por sus palabras y me dirijo hacia la ventanilla. No necesito asistir a sus discusiones, no me ayudan para nada. Ayer los he escuchado discutir, pero no estaba pendiente del motivo. No me interesa nada en este momento.

Cuando llegamos al cementerio el coche se detiene. Miro las numerosas lápidas y no puedo creer que desde hoy también estará la suya. Siento frío, me tiemblan las piernas, no consigo moverme. Debería salir. Durante algunos instantes me hago ilusiones pensando que estar aquí dentro podrá cambiar las cosas, que todo eso es solo niebla que después desaparece. Podría ser una pesadilla, tengo muchas. Con suerte en un rato se despertará y me mirará con esos ojos azules que me han hechizado y me dirá: «Hola, pequeña, estoy aquí contigo». Hazlo amor, porque no aguanto más. No consigo vivir con la percepción de que no estás. Despiértate por favor.

—Elisa, tenemos que salir —la voz de Lukas me trae de vuelta a la realidad. Una realidad cruel, donde yo estoy a punto de ir al funeral de mi corazón.

Bajo del vehículo y camino lentamente. Mis ojos miran fijamente en una dirección. El ataúd de Erik. Respiro hondo para contener las lágrimas que quieren salir. No puedo llorar más, no ahora. Agito las manos y saco todo el aire que tengo en los pulmones mientras me acerco cada vez más. Respira, resiste. Siento el corazón romperse en mil pedazos a cada paso que me acerco a él, pero espero hasta el último momento a que alguien me diga que no es verdad, que está bien.

Observo el féretro de madera oscura con rabia, tristeza y odio. El cura comienza a hablar pero no estoy atenta a sus palabras. Yo pienso en él, en todos nuestros momentos juntos, en todas las veces que le he hecho enfadar a propósito. Qué estúpida. He perdido el tiempo discutiendo cuando podría haber aprovechado ese tiempo para amarlo aún más.

Paralizada e impotente asisto a la sepultura. El ataúd desciende, mi pulso acelera y es entonces cuando todo lo que he intentado contener se libera y pierdo el control.

—Por favor, vuelve conmigo. Me habías prometido que no me dejarías nunca, mantén tu promesa, ¡vuelve! —Grito cayendo sobre mis rodillas; — lo habías prometido —repito sollozando.

Alguien intenta levantarme pero yo lo empujo bruscamente.

—Erik, por favor, no me dejes. No puedo vivir sin ti —suplico como si pudiera cambiar las cosas. Dos brazos me agarran levantándome. Intento liberarme pero estoy atrapada.

—Elisa, por favor, tranquilízate —Lukas me abraza. No hay nada que pueda hacer, lo único que quiero es tener a Erik conmigo.

Me suelto de sus brazos y corro. Quiero despertarme. Quiero volver a tenerlo a mi lado en la cama mientras me sonrío. Ya no quiero estar aquí. Corro hacia el coche bajo la mirada desconcertada del conductor.

—Deme las llaves —ordeno. El hombre me mira perplejo.

—Deme las llaves ahora mismo —grito en un ataque de histeria.

Le arranco las llaves de las manos y subo al coche. Quiero marcharme de aquí. Arranco y salgo a toda velocidad.

Me seco las lágrimas que me nublan la vista y continúo conduciendo. ¿Dónde voy? Necesito alejarme, quiero un sitio seguro donde... Donde mi marido decía siempre que el tiempo se para eliminando todo el sufrimiento. La playa. Él está allí esperándome, no es posible que ya no esté. Él es Erik Truston, no puede acabar así. Miro la carretera con atención. No quiero ningún obstáculo entre él y yo.

Cuando llego a la playa apago el motor y bajo mirando el océano. Nunca olvidaré la primera vez que me trajo. Me sentía avergonzada. Lo deseaba pero no tenía el valor para ir más lejos. Él y su carácter franco y directo me habían vuelto loca ese día. Pero él es así. Impredecible. Único.

Observo a mi alrededor esperando a que algo suceda. Espero todavía volver a verlo. Espero que suceda un milagro. Cojo los zapatos con la mano y mis pies tocan la arena fría. El aire es gélido, exactamente como mi corazón. Observo el horizonte y en ese momento me acuerdo del beso en el agua. Grito dando rienda suelta a todo lo que siento. Lo hago con rabia. Chillo desesperada. Bramo su nombre. Me tiro al suelo y sigo vociferando su nombre, le estoy suplicando para que vuelva conmigo, pero no querrá,

me ha abandonado en un mundo en el que no quiero vivir sin él.
Él ya no está y yo he dejado de existir.

Capítulo 25

Mañana. Cama. Noche. Cama.

Repite, Elisa. Repite.

Tengo frío. Me cierro en posición fetal para calentarme pero un dolor violento me impide este movimiento. Tengo que estar en posición supina, pero tengo frío, ya no siento la cabeza. El dolor es tan fuerte que he dejado de sentir la cabeza.

Estoy sola en esta cama. Sola con mi dolor.

A veces no consigo controlar la intensidad de las emociones, el dolor aumenta cada vez más. Cada día, a cada hora, a cada segundo recuerdo y revivo lo que tenía y las cosas que habría cambiado. Mi yo interior me regaña constantemente, podía amarlo y no lo he hecho. Estoy siempre abrumada por la tristeza, por el cansancio físico y emotivo. No logro levantarme de la cama y no quiero. Me gustaría cerrar los ojos y desvanecer completamente. Lloro siempre y a veces mi mente me asusta, pienso cosas malas de mí misma. La vida me ha destruido, derrotado, y yo ya no tengo la fuerza para levantarme. Ha pasado un mes desde que se fue y todavía me cuesta creerlo. Voy al baño y observo mi reflejo en el espejo. Un fantasma. Ojos hundidos y rojos, el pelo sin lavar quién sabe desde hace cuánto tiempo y un chándal azul que creo que llevo puesto desde hace más de una semana. Debería ducharme y cambiarme, pero no tengo ganas de hacer nada. Solo quiero cerrar los ojos y volver con él.

Escucho numerosos pasos decididos, entre ellos esos tacones que golpetean fuertemente, acercándose cada vez más.

La puerta de la habitación se abre y llega la confirmación de lo que sospechaba. Mi amiga ha traído a los tres mosqueteros. Los miro de reojo y vuelvo a la cama.

—Ya basta, Elisa —chilla ella. Se acerca a las cortinas y las abre bruscamente haciendo que la habitación ilumine la oscuridad que reinaba desde hace mucho tiempo.

—Tienes que salir de esta casa —continúa diciendo mientras abre la ventana. Mira a su alrededor asqueada advirtiendo los numerosos pañuelos de papel esparcidos por la habitación. Sé que me quiere y que se está comportando como una amiga, pero no puede entender lo que siento. Se

sienta en el borde de la cama y me observa.

—No puedes quedarte aquí encerrada para siempre. Tienes que salir y retomar tu vida —intenta convencerme.

No tengo ganas de ir a ningún lado. Quiero estar aquí, en mi cama y sentir su olor impregnado en la almohada, en la ropa. Cojo la almohada de Erik y la abrazo fuertemente.

—Elisa, tienes que seguir adelante con tu vida —interviene Jason. Mi cuerpo reacciona, me levanto y lo miro mal como si fuera la causa de todo.

—¿Seguir con mi vida? Y dime, ¿cómo se sigue adelante cuando pierdes la razón de tu existencia?

Retrocede incómodo, no sabe qué decir.

—¿Sabes lo que haremos? Te ducharás, te cambiarás y vendrás con nosotros. Hoy comeremos juntos —dice mi amiga convencida.

—No tengo hambre —respondo cubriéndome la cabeza con la almohada.

Se escucha un suspiro profundo en el aire, el de Claire.

—Chicos, pedid la comida —dice molesta. Oh, no. Ahora comenzará con sus discursos, intentará convencerme de que irá mejor y me contará cuentos de hadas que ya no creo.

—Elisa Truston, levántate inmediatamente. Erik no te querría ver así —ordena en voz alta.

Me levanto apoyándome sobre los codos y la miro ausente.

—No tengo ganas de vivir —confieso.

—Lamento lo que ha sucedido, es horrible. Pero tienes que ser fuerte, tienes que superarlo y luchar.

—¿Cómo puedo salir adelante? Mírame. No soy nadie sin él.

Mantiene mi mirada. Se acerca aún más hacia mí.

—¿Recuerdas cuando perdiste a tus padres? Estabas en este estado, pero después lo superaste. Continuaste viviendo y lo tendrás que hacer también esta vez.

—Él era la razón por la que lo he hecho —grito agarrándome la cabeza con las manos.

—Por favor, lucha. Vuelve a coger el control de tu vida, hazlo por él —suplica. Avanza hacia mí y me rodea con sus brazos. El tiempo pasa, las agujas del reloj tictaquean y yo me dejo mecer entre sus brazos.

—Dúchate, verás cómo te sientes mejor —dice con voz calmada.

Julio

Te veo en mis sueños, te toco, me sonríes y luego te alejas. Me despierto y grito. Tú ya no estás.

Agosto

Duermo siempre porque solo así puedo verte. Me dices que me quieres, pero después desapareces repentinamente.

Me despierto y grito, lloro, te llamo, pero tú no vienes. Me siento vacía, te suplico, pero tú no vienes. Quiero llegar a ti y estar entre tus brazos para siempre amor mío.

Capítulo 26

Tres meses sin él. Nadie sabe lo que se me pasa por la cabeza, porque no pueden entender la rabia que tengo dentro. Mi marido ha muerto a manos de alguien, y ese alguien tendrá que pagar. Dolor. Rabia. Dolor. Rabia. Siento solo estos dos sentimientos que se alternan continuamente. Pretendo ir al FBI, el agente Silver tendrá que aclararme muchas cuestiones. Tiene que explicarme cómo ha sido posible todo esto. Quiero un nombre, quiero saber quién es el testigo, quiero saber quién ha matado a mi marido. Aunque ya tengo un sospechoso. Monforte. Iré a hacerle una visita personalmente, mañana. Quiero la verdad. Hay algo que se me escapa de las manos y no sé qué. Aparco el vehículo en frente de la imponente sede del FBI con un único objetivo: descubrir la verdad. Ya sé que el agente Silver se opondrá, pero lo intentaré por todos los medios. A la entrada un tipo de seguridad me impide el paso.

—Soy Elisa Truston, necesito hablar con el agente Silver —digo fríamente.

—Espere aquí —responde señalando un rincón con dos sillones. Me siento y espero.

Después de diez minutos de espera, me dejan subir al tercer piso. Cuando las puertas del ascensor se abren, encuentro a Silver esperándome.

—Señora Truston, ¿qué le trae por aquí? —pregunta visiblemente incómodo.

—Necesito hacerle algunas preguntas acerca de la muerte... Del accidente de mi marido —digo.

—Sígame —dice señalando un largo pasillo. Cuando llegamos a su despacho, decido no perder el tiempo y comienzo el discurso que me he traído preparada.

—¿Usted me puede explicar cómo es posible que un mafioso descubra ciertas informaciones reservadas relacionadas con el interrogatorio? —pregunto.

El hombre se endereza en la silla sin mirarme.

—Estamos llevando a cabo una investigación interna por este motivo, pero no creo que sea la causa de la muerte de su marido.

—¿Usted cree?, ¿tiene pruebas al respecto? —pregunto molesta. Se crea

una larga pausa que equivale a una confirmación.

—¿Quién es vuestro testigo? —pregunto.

—Lamento no poder darle esta información —responde serio.

—Tiene razón. Es mejor proteger a un cabrón que ha decidido meter en problemas a mi marido que ayudarme a mí —digo levantándome.

—Señora, puedo entender el dolor que siente, pero no le consiento que me hable de esa manera.

—Si usted lo entendiera, me ayudaría. Pero no se preocupe, descubriré sola quién ha sido. No descansaré hasta que descubra la verdad.

Salgo de su despacho enfurecida. No ha servido para nada venir hasta aquí. Solo tengo otra posibilidad para descubrir la verdad. Tengo que hablar con Monforte.

Capítulo 27

La visita a Silver ha sido en vano, así que he decidido dirigirme a quien nunca habría imaginado, aunque va en contra de mis ideales de justicia. Me encuentro en el despacho de Monforte observando a mi alrededor incómoda. No creía que volvería aquí, pero por lo que parece necesito su ayuda. Acaricio el collar con el medio corazón y suspiro. Descubriré la verdad, amor mío, no descansaré hasta que no sepa quién te ha hecho esto.

—Señora Truston —una voz me llama. Me vuelvo de sopetón encontrándome cara a cara con él.

—Monforte —digo seria.

—¿En qué puedo ayudarle esta vez? —pregunta satisfecho. Es un hombre astuto.

—Necesito respuestas.

—¿Y piensa que las encontrará aquí? —Se sienta en el sillón junto al mío y me observa atentamente. Juraría que parece sorprendido de mi visita.

—Sabe perfectamente lo que ha sucedido a mi marido. La cuestión es que nadie sabe decirme quién ha sido.

—No yo, sin duda. Usted no se plantea las preguntas adecuadas, debería mirar a su alrededor atentamente y tratar de averiguarlo.

¿Por qué tengo la impresión de que este hombre sabe mucho? No me gustan sus circunloquios, me ponen de los nervios.

—¿Usted sabe quién ha sido, verdad? —pregunto mirándolo fijamente.

—Tengo una teoría —responde. Golpetea el índice en la pierna y yo sigo cada uno de sus movimientos.

—Explíqueme su teoría.

Sonríe sarcásticamente.

—¿Por qué debería? Nunca hago nada sin recibir algo a cambio. —Frunce el ceño y su mirada se vuelve una trampa mortal.

Que no te intimide, Elisa, tienes que ser fuerte y valiente.

—Le daré cualquier cosa con tal de saber la verdad.

Se queda sorprendido por mi respuesta. Lo piensa, razona y dice: —
¿Cualquiera?

Se inclina hacia adelante y yo trago saliva. Me estoy metiendo en serios problemas.

—Cualquiera —repito decidida. No daré marcha atrás, quiero la verdad a toda costa.

—Antes de decirle lo que quiero, responda a una pregunta. ¿Quién podría odiar tanto a Erik Truston como para matarlo?

Lo veo todo rojo. La rabia aumenta.

—Si supiera la respuesta, ¿cree que estaría aquí? —respondo con otra pregunta.

—Está dispuesta a todo solo por saber quién ha matado a su marido. ¿Por qué seguir buscando? Ya está muerto, fin de la historia. Deje que el FBI investigue.

Un hombre frío y sin corazón, eso es lo que es. No me entra en la cabeza como era amigo de Erik. Me inclino hacia él y eso le sorprende, pero en su mirada advierto cierta curiosidad.

—¿Ha estado alguna vez enamorado, señor Monforte?

Mantiene mi mirada y se acerca. Estamos muy cerca, pero no pretendo retroceder. Tiene que entender que no tengo miedo de él.

—Muchas veces, Elisa.

—Si hubiera amado de verdad sabría que nuestro corazón solo es capaz de amar a una sola persona. Ese amor que te invade volviéndote vital, ese sentimiento capaz iluminar la oscuridad que hay en tu vida. Si hubiera amado a alguien de verdad, lo sabría.

El hombre se queda sin palabras observándome. Ninguna palabra, solo un intercambio de miradas. Se rasca el mentón, reflexiona.

—No sé quién ha matado a su marido. Pero sé que hay una persona muy cercana a vosotros que no es lo que parece.

Sus palabras son como una ducha. Erik sospechaba de alguien, pero después lo dejamos pasar. Yo ya no he vuelto a pensar más en ello, porque para mí es imposible que uno de mis amigos pueda ser el testigo. Lukas está excluido, se fiaba ciegamente de él, le había contado hasta el plan.

—Dígame su nombre, por favor.

—Usted es muy diferente de la mujer que entró en mi despacho la primera vez. Esa mujer habría desgarrado el mundo, y sin embargo ahora es una mujer resignada. ¿Se siente perdida, verdad? no sabe cuál es el camino correcto, la decisión acertada — hace una pausa. Se pone en pie y da una vuelta a la mesa. —Me recuerda a su marido cuando lo conocí. No sabía qué hacer con su vida, exactamente como usted ahora mismo, pero hemos

visto todos hasta donde ha llegado. Por lo tanto, saque toda su fuerza y siga adelante. Aunque él ya no esté, siga adelante.

Tocada y hundida. Me falta el aire.

Abre un cajón, saca un expediente y luego lo deja caer en la mesa junto a mí.

—Estos documentos le dirán toda la verdad —dice.

Los cojo en la mano, los abro y los reconozco. Informes del FBI. Comienzo a ojear y me doy cuenta de que se trata de las investigaciones que se han llevado contra Erik. Páginas de conversaciones telefónicas, informes de desplazamiento, fotos. Aquí está su vida. Lo sabían todo. Monforte interviene dando una ojeada rápida a otras hojas para después sacar algunos folios grapados juntos.

—Debería mirar estos —me aconseja.

Cojo los folios y comienzo a leer. La cabeza me empieza a dar vueltas, me falta el oxígeno. No, no, no. ¡Es él el testigo! Miro a Monforte bajo shock. No puedo creerlo.

—Gracias por su ayuda, Monforte, pero ahora tengo que marcharme.

Me levanto, cojo el bolso y abandono el informe en la mesa. El hombre se alza a su vez, me abre la puerta y me dice: —No haga tonterías.

No respondo, salgo rápidamente mientras la vista se me nubla. La rabia aumenta y después nace un sentimiento que nunca he experimentado. La venganza.

Aprieto las manos con fuerza en el volante y grito con todo el aire que tengo en los pulmones. ¿Cómo ha podido hacernos esto? Quería meter a Erik en problemas, quería arruinarlo y no consigo explicarme por qué.

Ha fingido durante todo este tiempo ser uno de nuestros mejores amigos, ha estado a mi lado aún a sabiendas de lo que ha hecho. Maldito cabrón, lo mataré con mis propias manos. Entro en casa furiosa y algo llama mi atención, un sobre blanco en el suelo. Lo cojo en la mano y lo observo, no hay emitente, ningún destinatario. Lo abro y saco una tarjeta de color marfil.

Una única frase capaz de destruirme completamente.

El tiempo se detiene, dejo de respirar y releo muchas, muchas veces esa frase. Tiemblo.

Donde el tiempo se para eliminando todo el sufrimiento.

Capítulo 28

Solo una persona pronunciaba esas palabras, Erik. Me pellizco la piel para ver si es verdad o si es un simple fruto de la fantasía. Estoy despierta, es real lo que está sucediendo. Sigo mirando esas palabras incrédula. Mi corazón late fuertemente, está enloqueciendo.

Salgo corriendo hacia el coche, me muevo rápidamente porque los minutos parecen eternos. Él está vivo y mi corazón quiere que vaya a la playa, a nuestra playa. Lo imposible es posible. Nada es lo que parece, la mente se nubla. Relajo los hombros y respiro profundamente antes de arrancar el coche. Corre hasta él, te está esperando. No te estás equivocando, solo él y tú conocéis esa frase. Mi yo interior grita, dice que me de prisa antes de que se marche de nuevo.

Intento prestar atención mientras conduzco pero las dudas me aplastan, los pinchazos en el pecho aumenta, el dolor es insoportable. Me enfado conmigo misma porque ya no consigo distinguir lo verdadero de lo falso. Conduzco, ojos en la carretera, mente en las nubes, mi corazón pensando en él.

Cuando llego a la playa respiro hondo y bajo del coche vagando con la mirada. Veo algo, alguien, un hombre de espaldas en la orilla. No consigo ver con nitidez. Corro y grito.

—Erik.

La figura se vuelve y me paralizó instantáneamente con el corazón en la boca.

—Hola, Elisa.

Él, bastardo de mierda. Corro enfurecida hasta él, lo empujo fuertemente, le agarro por el cuello pero él me bloquea. Coge mis muñecas e intenta detenerme, pero yo no me rindo, lo quiero muerto.

—Eres un cabrón, has arruinado la vida de tu mejor amigo.

Uso mi cuerpo empujándolo fuertemente. Se ríe, no se inmuta y la rabia aumenta con creces. Lo veo todo rojo. Intento liberar mis manos, le lanzo puñetazos y patadas, pero él es más fuerte y no consigo herirlo.

—Ahora basta —vocifera. Me empuja creando distancia entre nosotros. No pretendo rendirme. O él o yo. Pagaré por lo que ha hecho.

Me acerco nuevamente pero él saca una pistola y la apunta contra mí y yo

me detengo de golpe. Permanezco paralizada observando el arma y luego a él.

—¿Esperabas que fuera él, no es así? —pregunta sonriendo.

Me he hecho ilusiones, he soñado lo imposible. El dolor en el pecho aumenta, respiro a duras penas. No consigo detener las lágrimas que descienden por mi rostro.

—Ah, Elisa, Elisa, me decepcionas. Eres inteligente, pero cuando piensas en él pierdes todo atisbo de razón —comenta avanzando hacia mí.

Retrocedo.

—¿Qué demonios quieres ahora, Jason? —grito.

—Has sido muy mala. No tenías que haber ido donde Monforte.

A esas palabras corro hacia el coche arriesgando el todo por el todo. Si quiere disparar, lo hará. Intento abrir la puerta pero me agarra por el brazo.

—No se escapa en mitad de una conversación —grita apretándome el brazo. Grito de dolor.

—¿Quieres matarme? Adelante, ya estoy muerta desde hace meses —digo recuperando la respiración. —Pero antes quiero saber cómo sabías esa frase.

Ríe como un enfermo. Está loco y no me he dado cuenta en todo este tiempo.

Se acerca con la pistola apuntando hacia mí. No es para nada el Jason que he conocido estos años. El que veo ahora es un hombre malvado y sin corazón.

—He pasado la mitad de mi vida observando la suya. Le he visto elegir a una mujer que no merecía mientras construía una empresa que no merecía. Todo lo que ha tenido, tendría que haberlo tenido yo —dice lleno de cólera.

—Nunca podrás tener lo que tenía él porque tú no eres él —respondo con desprecio, despreocupada por la pistola.

—Cállate —dice con tono amenazante. Se masajea las sienes manteniendo la mirada fija en mí.

—No tendrías que haber entrado en su vida, habría sido todo más fácil sin ti. Le has absorbido el cerebro con todos tus sanos principios hasta convertirle en un blandengue.

El problema soy yo, he arruinado sus crueles planes. Silencio. Ninguno de los dos habla. Yo no sé qué hacer, cómo actuar. Suspirando retrocediendo

un paso, algo que no se le escapa.

—No, quédate quieta, Elisa. Todavía no he decidido qué hacer contigo. Todo depende de cómo te comportes —grita moviendo la pistola.

—Haré todo lo que quieras, pero dime de qué sabías esa frase.

—Déjame que lo entienda, ¿tu vida está en peligro y la única pregunta que se te ocurre es esa? —ríe. Mueve la pistola e inclina la cabeza. Su mirada se cambia, ahora está ausente, como si estuviera recordando algo.

—Cada palabra que salía de la boca de Erik Truston se grababa en mi cabeza porque yo escucha, seguía, observaba.

Oh, Dios mío. Él espiaba a Erik. Ha matado a Erik y ahora acabará conmigo.

—¿Por qué, Jason?

—La respuesta es muy sencilla, veamos si la entiendes. —No tengo ganas de jugar a las adivinanzas, quiero respuestas. Moriré, pero antes quiero saberlo todo. ¿Por qué traicionar a su mejor amigo?, ¿por qué querer lo que tiene él?, ¿por qué ser el falso testigo cuando en realidad no...? Abro los ojos incrédula. No, no puede ser.

—Por dinero —digo desconcertada. Todo por dinero. Pero no entiendo cómo recibiría el dinero de Erik, él no es un pariente, no tiene ningún tipo de relación con los negocios de Erik.

—Mucho —precisa satisfecho.

—¿Cómo pensabas obtener el dinero de Erik?

Mueve la cabeza y se echa a reír de nuevo, querría matarlo en el sentido literal de la palabra. Si muero, seré tu peor pesadilla cabrón.

—Mientras mi amigo dejaba que le lavaras el cerebro, yo recibí una propuesta que no pude rechazar.

—¿De quién? —pregunto rápidamente.

Lo piensa, está decidiendo si decírmelo. Si me dice quién es, es porque ha decidido matarme.

—Stefan Grent.

El mundo gira, la cabeza empieza a pesarme, las piernas me tiemblan. Una vez más él, siempre él.

—Has disparado tú a Grant —exclamo señalándolo con el dedo. Él sonrío y asiente. —Has apuñalado por las espaldas a tu mejor amigo por dinero.

—Los amigos van y vienen —responde con frialdad.

Avanzo algunos pasos mientras mantiene la pistola apuntada hacia mí y

decido que ha llegado el momento de decir basta para siempre.

—Acabarás en el infierno y te deseo una muerte dolorosa y lenta durante toda la eternidad. Ahora acaba conmigo porque, si no lo haces tú, lo haré yo contigo. — Lo miro a los ojos y durante un instante veo cómo el asombro lo atraviesa.

Dispararé, estoy segura. El corazón sigue latiendo a mil. Segundos que parecen eternos. No tengo miedo porque la muerte me llevará hasta donde está él. No me importa renunciar a mi vida, mi existencia sin él no tiene sentido.

El tiempo se detiene y el caos se desencadena. Cierro los ojos y escucho el disparo. Contengo la respiración e imploro para que todo esto acabe cuanto antes.

Alguien grita mi nombre pero yo no abro los ojos.

—Elisaaa —grita una voz a lo lejos. Ahora escucho la única voz que echaba de menos. Estoy llegando Erik, ahora estaremos juntos para siempre.

Capítulo 29

Escucho voces, demasiadas voces. La muerte no debería de ser tan caótica, siempre he imaginado que sentiría una sensación de paz. Alguien me zarandea y yo abro los ojos de sopetón.

La luz me ciega pero cuando consigo ver con nitidez ahí está, mi amor, lo veo. Le sonrío pero él parece aterrorizado y yo no entiendo por qué, ahora estamos juntos.

—Elisa, estoy aquí.

Adoro su voz, adoro cualquier cosa de él. Continúa sacudiéndome y no comprendo el motivo. ¿No está contento de verme?

Los ojos azules continúan observándome preocupados, y sin embargo yo me siento en paz después de mucho tiempo. No me importa si estoy muerta, ahora podré estar siempre con él, porque es mi casa.

—Elisa, mírame, soy yo.

—Lo sé —digo. Le acaricio el rostro, y por alguna extraña razón me parece todo real. Me abraza, me besa la cabeza, me estruja y se me corta la respiración porque he visto algo que no debería de ver en el más allá. Monforte.

Empujo a Erik, lo miro desconcertada y pienso que me he vuelto loca. Estoy todavía viva, él está vivo. Él está vivo.

—Estás vivo —continúo repitiéndolo mientras retrocedo algunos pasos sin saber qué está ocurriendo. Él espera, espera a que diga algo.

Tengo miedo, no logro distinguir la realidad. Tengo miedo de despertarme después de convencerme de que está vivo y entonces me dolerá, me volveré completamente loca.

—No eres real, solo eres fruto de mi imaginación. Dentro de poco me despertaré y tú ya no estarás, desapareces siempre y yo no consigo salir adelante —grito entre lágrimas. Me estoy volviendo loca, veo cosas que no existen. Es solo un sueño, él no está aquí.

Viene hacia mí, me coge el rostro ente sus manos y atrayéndolo hacia sí me besa. Tiemblo porque parece real y me mira con amor.

—Estoy vivo.

Siento su perfume, su calor, su amor. Lo siento. No puedo respirar, las piernas ceden y me desmayo.

—Elisa despiértate. —Alguien me acaricia, me besa dulcemente. Abro los ojos y me topo con esos ojos que amo con locura. El está aquí, no se ha esfumado en la nada como en los otros sueños.

Y después llega la realidad como un tren de alta velocidad que se choca contra mí. Oh, Dios mío, está vivo.

—Estás vivo —exclamo apoyando la mano en el pecho. Siento el latido de su corazón, el pecho que se mueve al son de la respiración. Está vivo. Está vivo. Está vivo.

Salto entre sus brazos apretándolo fuertemente con el miedo de perderlo de nuevo. Le beso la frente, los ojos, las mejillas, el mentón, los labios. Me abraza con fuerza, me acaricia y me susurra que me ha echado de menos. Mi corazón peligra de explotar de alegría, de amor, de... Rabia. He sufrido de una manera exagerada y él estaba vivo consciente de cómo estaría. Mi cuerpo reacciona instintivamente, lo empujo y lo miro a los ojos.

—¿Cómo has podido hacerme esto?, ¿cómo has conseguido salir adelante con la consciencia de que yo estaba muriendo por tu pérdida?

Suspira visiblemente cansado.

—No he tenido elección. Era la manera de acabar con esta historia. El FBI me propuso un acuerdo y acepté —trata de justificarse.

—¿Cómo crees que he estado estos meses?, ¿tienes idea de lo que es perder a la razón de tu existencia?, ¿tienes idea de lo lento que corre el tiempo? —digo. Golpeo los puños contra su pecho, lo empujo, lo chillo, me desahogo.

Me aprieta las muñecas y me retiene con fuerza.

—¿Crees que ha sido fácil para mí? En estos tres meses no he pegado ojo, he pensado en ti cada maldito segundo. —Apoya su frente contra la mía y suspira, —habría hecho cualquier cosa para protegerte y lo he hecho.

Me duele, el dolor es insoportable.

—El tiempo pasaba y yo deseaba morir porque te quería junto a mí.

Yo lloro. Él llora. Erik Truston está llorando. Me suelta las manos y lo abrazo fuertemente.

—Te quiero —digo en voz baja.

—Te quiero —repite.

El infierno ha acabado, él ha vuelto conmigo.

Tengo muchas preguntas que hacerle, pero en este momento lo único que deseo es estar entre sus brazos.

—Perdonad la molestia —interviene una voz fuera de juego. Me vuelvo de sopetón desconcertada por su presencia.

—¿Por qué Monforte está aquí?

Erik ignora mi pregunta y dirige la atención hacia el hombre.

—Dime Tony.

—Tenemos que marcharnos. El FBI ha descubierto que has escapado del refugio y apuesto a que no tardarán en llegar —dice con demasiada tranquilidad. El hombre extrae un cigarrillo del paquete y lo enciende, inhala a fondo y me observa. Yo permanezco inmóvil, confundida y con demasiadas preguntas en la cabeza.

—¿Qué tiene que ver Monforte con toda esta historia? —pregunto a mi marido, pero Monforte interviene antes que él pueda dar una respuesta.

—No has aprendido todavía a hacer las preguntas adecuadas, Elisa — comenta. Me vuelvo hacia mi marido y solo en ese instante recuerdo lo que estaba pasando antes de la llegada de Erik. Estaba en la playa, estaba también Jason, tenía una pistola y quería matarme. Dirijo la mirada detrás de Erik, instintivamente apoyo la mano en la boca. Jason yace por el suelo despojado de vida. Tiemblo como una hoja.

—Eh, pequeña. Tranquilízate, ya ha pasado.

Desplazo la mirada a Erik aterrorizada.

—¿Le has disparado?

Por favor dime que no. Te lo suplico.

—Elisaaa —interviene Monforte tarareando su nombre, —el malo soy yo, ¿lo recuerdas? Así que ata cabos —continúa.

¿Cómo puede estar tranquilo después de lo que ha hecho?

—¿Has matado a un hombre y te jactas?, ¿pero qué tipo de persona eres?

Tira el cigarrillo por el suelo y avanza algunos pasos hacia mí amenazantemente.

—¿El hombre que te ha salvado la vida? Si no fuera por mí...—Avanza aún más hacia mí, —a esta hora estarías muerta —concluye con su mirada puesta en la mía.

De acuerdo, tiene razón, pero lo cierto es que ha matado a un hombre.

—Vámonos antes de que llegue Silver —dice con frialdad.

—¿Ya ha acabado todo? —pregunto.

Erik se pasa una mano por el cuello, está incómodo. No consigue mirarme a los ojos.

—Hay un par de cosas que todavía tengo que solucionar. A causa de la trampa de Jason he tenido que aplazar lo que estaba haciendo —explica, frío, calculador.

Ha vuelto solo porque estaba en peligro, no porque quería. ¿Durante cuánto tiempo quería que sufriera?

—No tenías intención de volver ahora, ¿no es así? —pregunto sabiendo ya la respuesta.

—Quería acabar definitivamente con esta historia y después volver — responde buscando un contacto físico. Me aparto bruscamente.

—Tres meses joder... He creído que estabas muerto durante tres meses, ¿y ahora me dices que ibas a volver pronto? Mírame Erik. ¿Te parece que he estado bien?, ¿te parece que he estado bien? —grito perdiendo el control. Tengo la vista nublada por las lágrimas. Llora, pero no en silencio como en estos tres meses. Estoy enloqueciendo. Sus brazos me rodean y en ese instante todo se paraliza. Silencio.

—¿Por qué no ha acabado todo? —pregunto.

—Hay algunas cosas que tengo que explicarte.

ERIK

Cuando he vuelto al refugio donde el FBI me ha obligado a vivir encerrado durante tres meses, me he comportado como si nada cuando Silver se ha presentado. El hombre me ha informado de que podía salir a la luz porque tenían pruebas suficientes para resolver el caso. Obviamente después de todo lo que hemos hecho Monforte y yo ha sido fácil resolver el caso. Vuelvo a casa y ella me ignora. Está enfadada y entiendo lo que ha pasado en estos meses, pero era necesario, de lo contrario esta historia no habría acabado nunca. La miro mientras se encamina hacia la cama. Ni una palabra, odio cuando no habla. Está pensando, se estará preguntando muchas cosas. Cuando hace eso, tengo la sensación de estar en un campo de minas, todas y cada una de mis palabras o gestos podrían hacer saltar todo por los aires. Es frustrante no saber qué está pensando. Prefiero sus gritos, cuando está en silencio con la mirada ausente me aterroriza. Reina la tensión, pero yo necesito hablar con ella, aclarar y explicar mis motivos.

—Tengo que hablar contigo —digo tranquilamente. Se vuelve

inmediatamente escrutándome, está enfadada, triste. Con solo mirarla a los ojos me doy cuenta de que está a punto de explotar.

—Habla —ordena. Se coloca un mechón rebelde detrás de la oreja sin apartar la mirada. Está intentando controlarse con todo su ser. La he echado de menos como el aire, he echado de menos todo acerca de ella.

—Siento haber fingido mi muerte, era el único modo para desenmascarar a Jason.

Trato de eliminar la distancia entre nosotros, pero retrocede un paso cada vez que yo avanzo uno. De acuerdo, definitivamente estamos a punto de entrar en batalla.

—No te cierres —susurro. Me acerco rápidamente y la abrazo entre los brazos, no se resiste. Un paso a la vez, todavía estará en estado de shock. La abrazo dulcemente. Siento cómo se relajan los músculos de su cuerpo, la respiración regular.

—Yo he muerto ese día, Erik. No puedes hacer algo así y pretender que todo vuelva a ser como antes. —Arderé en el infierno por esto. Sabía a lo que me estaba enfrentando, pero para hacer creíble la situación era necesario.

—Mírame —exijo.

Levanta la mirada y quiero morirme. Es doloroso saber que he sido la causa de su malestar.

—Créeme cuando te digo que no había otra manera.

Ella apoya su rostro en mi pecho, respira hondo y después expulsa todo el aire.

—Nunca me dejarás entrar en tu mundo —comenta con tristeza.

—No puedes decir algo así, tú eres mi mundo.

Se despega de mis brazos y retrocede. Me mira en un modo que hace abrir bajo de mí miles de abismos. Cielos. Va a explotar y no me gustará en absoluto lo que saldrá de esa boca que amo locamente.

—Has preferido mandarme al infierno antes que fiarte de mí. Tú y tus secretos de mierda, el señor tengo todo bajo control, que cree que puede hacer lo que quiere sin importarse ni un mínimo de los sentimientos ajenos. No tienes ni idea de cómo he estado. He deseado mi muerte.

Cada una de sus palabras me atraviesa el corazón y me destruye el alma.

—Cada momento del día pensaba únicamente en ti. Me fío de ti ciegamente, pondría mi vida en tus manos con los ojos cerrados, pero por

una vez en toda mi vida me he sentido un fracasado y he delegado el control a otras personas. He tenido que elegir entre nuestro amor y tu vida. Si bien tuviera que volver atrás, haría mismo para protegerte. —Me acerco decidido, le acaricio el rostro, los labios. Espero a que me rechace, pero no lo hace, aprovecho la ocasión y la beso, y ella corresponde. Solo en ese momento mi alma se tranquiliza y encuentra la paz.

Capítulo 30

No habla, no protesta, sigue esperando a que yo diga algo. Desde hace varios días pasa tarde y noche con el FBI intentando aclarar las cosas de una vez por todas. Su silencio me está matando una vez más y no estoy haciendo nada para mejorar la situación. Estoy enfadada porque no me entra en la cabeza lo que ha hecho. No logro perdonarle esta. Querría que me estuviera detrás de mí, que insistiera, pero no hace nada, se cruza de brazos y espera. Espera a que reaccione, pero no puedo, repentinamente me paraliza y no consigo avanzar.

El timbre suena diversas veces, quienquiera que sea tiene prisa. Abro la puerta y encuentro a mi amiga que me mata con la mirada.

—Claire.

—Sí, Claire, tu amiga a la que nunca llamas —comenta molesta. Me echo a un lado y entra con su paso de “miradme lo diva que soy”. La observo mientras cierro la puerta y me preparo psicológicamente, se ve a una milla de distancia que va a explotar y esta vez tiene toda la razón del mundo. Últimamente la he ignorado, no le he respondido al teléfono y no nos hemos visto mucho. No lo he hecho por maldad, sino porque en estos momentos no sabría muy bien qué decirle. Mi mente vaga en una confusión tan grande que me cuesta pensar incluso pequeñas cosas. Me he encerrado en mí misma, algo que se me da muy bien.

—Me alegro de verte. ¿Quieres un café? —intento tantear el terreno. Si me equivoco una palabra, me comerá viva.

—¿Estás hablando en serio, perra?, ¿me estás haciendo la pelota? Solo digo, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo?, ¿qué demonios te pasa? —vocifera molesta.

Esto es a lo que me refería. Sus palabras son como un veneno mortal.

—No sé qué me pasa —comento rindiéndome.

Voy hacia la cocina y preparo un café mientras ella me sigue murmurando algo incomprensible. Me pregunto si es casualidad que esté aquí, tengo la corazonada de que haya sido Erik quién la ha mandado. Tal vez es su manera de hacerme reaccionar dados mis silencios, tal vez lo está intentado con el único modo que conoce, con las artimañas.

—¿Has hablado con Erik? —pregunto yendo derecha al grano. La miro a los ojos y cambia de expresión. Se acerca decidida y levanta el índice dirigiéndose a mí.

—¿Me tomas por su perrito? —pregunta amenazante mientras se acerca aún más. —No he necesitado a nadie para darme cuenta de que en tu cabeza reina el caos. —Resopla como una gata el mechón de pelo que le cubre los ojos.

—No permitiré que sigas así, tienes que salir del túnel y liberarte de lo que tienes dentro. —Apoya la mano sobre mi hombro y dice decidida: —Estás sufriendo y te entiendo perfectamente, pero lo que ha hecho ese demente de tu marido es algo extraordinario. Ha demostrado lo grande que es su amor por ti. Ahora estás enfadada porque has pasado meses infernales y no sabes cómo salir adelante, por lo tanto ven conmigo porque quiero ayudarte de alguna manera.

Nadie puede ayudarme si yo no soy la primera en querer recibir ayuda. Suspiro e intento encontrar el modo más amable para rechazar la invitación.

—No tengo muchas ganas de salir, si tal otro día.

Levanta los ojos al cielo exasperada y durante un instante me gustaría reírme de su expresión, pero no lo consigo. No logro reír, tampoco disfrutar, me siento completamente vacía.

—O te metes un chándal y vienes conmigo por tu propia voluntad o te arrastro de los pelos fuera de esta casa. Elige.

Cabrona encantadora. Nos miramos, ella levanta la ceja decidida como diciendo «ponme a prueba si tienes valor» y yo pienso que sería capaz de hacerlo de verdad. Lo pienso un momento y llego a la conclusión de que salir no sería el fin del mundo.

—Está bien.

Me doy la vuelta y me encamino hacia la habitación. Me pongo el chándal como me ha pedido y me recojo el pelo. Evito mirarme al espejo porque la última vez que lo he hecho he visto en lo que me he convertido y no me gusta en absoluto.

Cuando llegamos a un callejón detiene el coche, bajamos y miro a mi alrededor completamente perdida. Un pequeño letrero junto a una puerta de hierro negra que se encuentra a mi derecha llama mi atención. Strong.

—¿Dónde estamos? —le pregunto siguiéndola.

Escribe un mensaje en el teléfono y después levanta la mirada.

—Había pensando en dos opciones. O un comecocos o esto. He preferido comenzar por la opción menos invasiva, luego si no funciona pasamos a la otra. —La miro estupefacta mientras abre la puerta y me invita a entrar. No necesito un comecocos, no creía dar la sensación de estar loca. Solo necesito tiempo para procesar los acontecimientos.

Una vez dentro me doy cuenta de que me encuentro en un gran gimnasio vacío. No hay ni un alma. Miro por todas partes cada vez más desconcertada.

—¿Qué hacemos aquí?

—Daniel debería haber llegado ya.

—¿Quién?— pregunto confundida.

—Cuántas preguntas —responde molesta.

A lo lejos veo a un hombre musculoso que viene hacia nosotros. Observo al ejemplar de macho cuadrado y me pregunto en qué puede ayudarme según mi amiga. Lleva pantalones negros de deporte y una camiseta ajustada blanca que marca todos sus músculos.

Claire nota su presencia y sale a su paso.

—Daniel, querido.

—Claire.

—He aquí el caso desesperado del que te hablaba —dice al hombre señalándome. Él sonríe sarcásticamente y me extiende la mano. La retorceré el pescuezo con mis manos, lo juro. No entiendo porque siempre trata de dejarme en ridículo.

—Necesita urgentemente descargar la rabia reprimida...Por eso, querido mío...Da rienda suelta a tu imaginación —continúa mientras me empuja hacia él.

Venga ya, me está tratando como si fuera su hija.

—¿Rabia, eh? —pregunta seriamente. —Tengo solo que pensar qué puedo hacer con ella —se acerca y sigue mirándome. Si no deja de mirarme como si fuera una escultura para modelar juro que le doy un guantazo en la cara. Pensativo se pasa el índice por el mentón y exclama convencido:

—Kickboxing.

—¿Qué? —pregunto en voz alta. ¿Qué demonios es Kickboxing?, ¿Por qué todos hablan en código?, ¿Es tan difícil decir te llevaré a un gimnasio o harás pesas o cualquier otra cosa?

—Ven conmigo.

—Yo os sigo en un momento, antes tengo que hacer una llamada — interviene mi amiga.

La miro mal mientras sigo al hombre. El gimnasio se conecta con una pasarela, la atravesamos, subimos unas escaleras y llegando al piso superior veo todos los aparatos típicos de musculación. Él se aleja y yo me quedo esperándolo, Claire me alcanza y yo no consigo morderme la lengua.

—¿Sabes que te estrangularé con mis manos antes o después, no? —le digo. Todo esto me parece una pérdida de tiempo. Nunca he sido muy de gimnasio, lo único que hago es salir a correr y solo porque me ayuda a descargar la tensión.

—Tienes que descargar la rabia acumulada —comenta tranquila.

Daniel vuelve con un par de guantes de boxeo, creo.

—Póntelos —dice pasándome un par de guantes rojos. Vale, creo que tendré que dar puñetazos a alguien. Hasta aquí todo bien. —El kickboxing usa las mismas técnicas que el boxeo. Directo, gancho y uppercut. Iniciaremos con el directo —informa.

No entiendo muy bien lo que está diciendo, pero vale, asiento igualmente.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Elisa —respondo con rapidez.

—Bien, Elisa. Lo que tienes que hacer es muy simple. Como ves yo también tengo guantes, pero no los usaré, solo me sirven para parar tus golpes. Comenzaremos con el derecho. Si te parece enséñame cómo golpeas y luego mejoramos la técnica.

Se pone en posición y espera. Vale, lanzaré un derecho. No puede ser tan difícil, creo que es como un puño. Me pongo en frente de él y asesto uno ligero, no vaya a ser que le haga daño.

—¿Qué es eso? —pregunta desconcertado.

—¿Un directo?

Escucho reír a mi amiga. Estúpida, ¿te divierte verme humillada, eh?

—No, eso era como soplar una montaña. Ahora te explico lo que tienes que hacer.

Se posiciona detrás de mí, me mueve la pierna derecha con el pie. —Esta es la posición correcta. —Me toca los brazos y querría decirle que odio que me toquen, pero me quedo en silencio. Sus manos rodean mis muñecas y las guía mostrándome los movimientos correctos.

—¿Lista?

Vuelvo a la posición, espera impaciente. No es fácil, lo intentaré.

Miro fijamente sus guantes y lanzo uno decidida. Luego lo miro.

—Te estás conteniendo, más fuerte —me presiona.

Vuelvo a probar y esta vez me parece haber lanzado más fuerte, pero él no parece de acuerdo.

—¿Qué pasa, Elisa?, ¿tienes miedo de romperte las uñas? —me toma el pelo. Cabrón, comienza a caerme mal. No me gusta su arrogancia, me recuerda a alguien que conozco. Lanzo convencida.

—Más fuerte.

Lanzo de nuevo.

—Otra vez.

Ahí va otro.

—Piensa en alguien a quien querrías reventar de puños y desahógate —sugiere.

Con mucho gusto. Esta vez lo intento lo más fuerte que puedo. No dice nada, quiere decir que así está bien. Seguiría golpeando así de fuerte pero me duele el brazo. No doy puñetazos todos los días. Tengo dificultad para respirar, todo esto es agotador, no es lo mío.

—¿Ya estás cansada? —pregunta disfrutando de la situación.

—Es la primera vez —respondo extenuada.

—Oh, pobrecita, lo siento mucho si la señorita no ha hecho esfuerzo alguno en toda su vida —comenta sarcástico.

Se acabó. No lo aguanto más. Ataca. Acaba con este estúpido.

—No te puedes imaginar cuántos esfuerzos he tenido que hacer—gruño lanzando otros puños, —no sabes de qué estás hablando. —Más puños cada vez más fuertes. La rabia aumenta cada vez más y yo no consigo detenerme.

—Por supuesto, claro —comenta levantando los ojos al cielo. Golpeo continuamente, no logro detenerme. Estoy enfadada, muy enfadada.

—¿Qué pasa, Elisa?, ¿el género masculino te repugna? —ríe. Es insoportable. Me digo a mi misma que tengo que morderme la lengua, pero no sé cuánto podré aguantar. —¿Te gusta echar la culpa a los otros, verdad? —continúa.

—Cállate. No sabes nada de mí —grito y golpeo aún más fuerte. Se acabó. Se acabó. Para de hablar.

—Perdóneme, su majestad. No quería ensuciar su castillo perfecto —comenta. ¿Por qué no cierra esa boca? Me está sacando de mis casillas.

Sigo golpeando. No aguanto más, estoy hecha polvo.

—Te estás rindiendo. Estás haciendo lo único que sabes hacer. Rendirte.
— Ahora está hablando en serio y esta conversación está tomando un cariz que no me gusta.

—Tú no sabes nada de mí, no me conoces —hablo a duras penas, —no sabes lo complicada que es mi vida. —Lanzo uno fuerte y me detengo. Se acabó, ya no tengo más fuerzas.

—Tú eres la típica persona que habla y después no hace nada. Ese tipo de persona que siempre se queja y nunca es feliz.

Gruño y vuelvo a asestar puños.

—Tú no sabes de lo que hablas. No sabes lo que significa estar locamente enamorada de un completo imbécil —las palabras me salen sin pensar.

—Yo creo que más que un imbécil es una víctima —contesta y durante unos instantes nuestras miradas se cruzan. Parece estar hablando en serio.
—¿Víctima? —pregunto concentrada asestando más puños, —él es capaz de llevarte al paraíso y un instante después mandarte al infierno sin pensárselo dos veces—, golpeo aún más —tú no lo conoces, no tienes ni idea de lo que quiere decir estar a su lado.

—No cambio de idea —comenta en voz baja mientras intercepta mis golpes.

—No me importa nada lo que piensas, yo sé cuál es la verdad. Sé que desde que ha entrado en mi vida ha mandado todo al caos. Tendría que haberme dado de cabezazos contra la pared muchas veces para darme cuenta de que me destruiría y me anularía como persona. —Continúo golpeando, no consigo detenerme. —Siempre te tiene en la cuerda floja y vives siempre con el miedo encima—, golpeo cada vez más fuerte.

—No puedes imaginar cuantas veces habría querido coger esa cabecita y haberla estampado contra un muro. Él... él es así, malditamente perfecto e imperfecto al mismo tiempo.

Cojo aire, Daniel no habla, espera a que continúe y por alguna extraña razón encuentro todo esto muy liberador.

—¿Quieres saber lo peor de todo? —pregunto riendo sola, —durante años he tratado de mejorar y de ser perfecta para él, pero él nunca ha intentado cambiar por mí. Llegas a un cierto punto en el que te cansas de luchar por una persona que no te considera tanto importante como piensas tú —lanzo otro puño y me detengo.

—Dime, Daniel. ¿Qué tipo de hombre en su sano juicio dice que quiere a su mujer y luego le hace creer que está muerto?, ¿quién? —grito y lanzo otro con toda la fuerza tengo en el cuerpo.

—Yo —interviene una voz fuera de juego. Cristo santo. Está aquí.

Me vuelvo encontrándome a pocos metros de distancia de Erik con la mirada puesta en mí. Se acerca con ese modo de caminar de quien se cree Dios sin apartar la mirada.

—Así que habrías querido estampar mi cabeza contra un muro—comenta quitándose la chaqueta. ¿Qué está haciendo? No consigo hablarle. ¿Soy yo o aquí hace mucho calor?

—¿Te tengo en la cuerda floja? —pregunta frunciendo el ceño mientras se remanga. Estamos a pocos centímetros y no logro moverme. Ha escuchado todo. ¿También cuando le he llamado imbécil?

—Resumiendo... —Tira la chaqueta en una esquina y se acerca a Daniel, el cual parece estar divirtiéndose. Coge sus guantes y después se dirige hacia mí. Imbécil manipulador, todo esto es obra suya.

—Cómo íbamos diciendo... — Se acerca con los guantes puestos mientras contengo la respiración. —¿Me has definido como un completo imbécil, no es así? —Me fulmina con la mirada apretando la mandíbula. Vale, está enfadado, pero en este momento la única con derecho a enfadarme debería ser yo.

—¿Te ha comido la lengua el gato? Parecías muy hablador hasta hace poco. —Inclina la cabeza hacia adelante, nos separa un soplido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto con un hilo de voz.

—Te estoy dando la posibilidad de estamparme la cabeza contra un muro. —Sopla en mi rostro y cierro los ojos. Solo él es capaz de sacar lo peor de mí. Lo odio, lo amo, lo odio. No le seguiré el juego, retrocedo e intento quitarme los guantes.

—Ni lo pienses —amenaza cogiéndome por el brazo. —Estoy cansado de tus silencios, ahora suéltalo de una vez por todas.

—Un puño no bastaría —se me escapa. Me dirijo hacia él y entonces tiene lugar ese intercambio de miradas, estamos en guerra, una vez más.

— ¿Te vas a atrever o no?

Puedo confirmarlo, es un imbécil. Él quiere la guerra, es un sádico manipulador.

—Tú lo has querido —comento volviéndome a poner los guantes.

—Cuando quieras, pequeña.

Si estuviera en tu lugar, querido, no estaría tan contento.

No espero a que se coloque, asesto fuertemente pero es ágil, lo evita. Sonríe satisfecho y no hay nada que me gustaría más que borrarle esa sonrisa de la cara.

—Dime, cariño. ¿Qué se te pasa por esa linda cabecita? —El sarcasmo no le queda bien, lo hace todavía más odioso. Lo miro indignada y lanzo otro puño.

—Veamos de dónde puedo comenzar, cariño. Ah sí, desde el principio — respondo golpeando sin cesar. Mantiene su posición sin vacilar.

—La primera vez que hablamos fue épico. Me quedé fascinada de ti, para ser más precisos, de tus ojos —me detengo un segundo y lo miro decidida, —pero después, cuando abriste la boca, me di cuenta de que eras un cabrón empedernido —digo asestando otro puño.

Baja la guardia y me mira con dagas en los ojos.

—Ya sabemos que soy un cabrón. ¿Algo más? —gruñe.

—Presuntuoso, —puño, —arrogante, —puño, —insoportable, —puño, — eres el hombre más engreído que he conocido en mi vida —concluyo con otro puño.

Si pudiera, me lo comería vivo en este mismo momento. Ha sido él quien me ha preguntando lo que se me estaba pasando por la cabeza.

—A pesar de que se te leía en la frente «prohibido entrar, puede causar malestar», la aquí presente no resistió. Y ya sabemos todos cómo ha ido — asesto otro puño e intento recobrar el aliento. Me observa y no dice nada.

—Para ti no soy lo suficiente —golpeo sin cesar. Tengo tanta rabia en mi interior que ya no logro detenerme. —Sin embargo esto no es nada en comparación, —trato de coger aire —tú me has hecho creer que estabas muerto, ¡joder! —Grito lanzando puñetazos uno tras otro. —Estaba en el infierno, creía que te había perdido y luego vuelves y pretendes que todo continúe como antes.

Me rindo, estoy exhausta. Baja los guantes y me mira. Arrepentimiento, tristeza, eso es lo que veo en sus ojos. Mi corazón grita, pero no quiero escucharlo. Querría parar el tiempo, correr entre sus brazos y detener esta guerra. Tengo mucho rencor acumulado y no consigo librarme de él, no consigo seguir adelante.

—Nunca te he pedido nada, solo amor, que me pertenezcas como yo te

pertenezco a ti —susurro apartando la mirada.

—¿Ya has acabado? —responde severo. No añado más y continúa. — Ahora —avanza un paso, —si no te importa, me toca a mí. —Me levanta el mentón con el guante y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Dado que me has confesado tus pensamientos, me gustaría corresponder —concluye retrocediendo un paso.

—Soy toda oídos —respondo cruzándome de brazos.

—De eso nada, pequeña. Ponte en guardia, a mí también me habría gustado haberte estampado contra un muro un par de veces. Dado que nos estamos sincerando, aprovecharé el momento —sonríe de manera pícara.

Qué cara más dura tiene. Estoy deseando saber qué piensa de mí.

Me posiciono y lo provoco. —Escuchemos al ‘Sr. Yo soy perfecto’.

Dentro de poco veré como le sale el humo de las orejas mientras da coces como un toro desquiciado.

—Con mucho gusto, ‘Sra. Yo soy inocente, es culpa del mundo que va en mi contra’ —responde molesto aporreando con los guantes. No se reprimirá, algo me dice que esperaba este momento desde hace mucho. Quiere que yo sepa lo que siente y lo que piensa. Será sincero, cruel.

No me hará daño, pero eso no significa que no quiera desahogarse al igual que he hecho yo.

—¿Estás lista, pequeña? —pregunta sensualmente. Venga ya, ¿está usando la carta de la sensualidad también en estas circunstancias? Golpe bajo, Sr. Truston.

—Hablas demasiado para lo poco que haces —comento saltando de un pie al otro. Ni siquiera sé lo que estoy haciendo, pero parece relajarme. Se acerca y me lanza un puño hacia mi guante derecho. Ha golpeado suave, está pensando si ir más lejos.

—Si supieras los pensamientos impúdicos que he tenido la primera vez que te vi... —Comenta con picardía.

—No es una novedad, y sinceramente de uno como tú no esperaba menos. Ya sabes cómo es, no eres capaz de tener encerrada la serpiente en los pantalones —contesto molesta. Tras esta afirmación se mueve y asesta otro puño. Esta vez es más fuerte, pero aún nada que ver con lo que me esperaba.

—Fue a hablar la falsa monja de clausura —gruñe golpeando de nuevo. — Oh no, Erik, yo busco el verdadero amor —imita levantando la mirada al

cielo. —Por supuesto. Me saltaste encima como una garrapata.

Mi boca se abre en una O gigantesca. Decidme que no lo ha dicho. No me lo puedo creer.

—Erik, tú no me dabas tregua —protesto en voz alta.

—¿Estas son las palabras que usas para convencerte a ti misma? Porque ambos sabemos que estás deseando que mis manos recorran tu cuerpo.

Hemos tocado fondo. Nuestra discusión está degenerando, y sin embargo no consigo morderme la lengua.

—Déjame que lo entienda —digo levantando los brazos.

—¿Crees que estaba deseando subir en el Ferrari que ha sido usado por casi todas, y que a estas alturas ya ha pasado a mejor vida, cuando podía tener un modelo apenas salido de la fábrica para un garaje flamante? —concluyo.

Me mira incrédulo. Sí, tocado y fundido, Sr. Truston de pacotilla. Silencio. Está tratando de controlarse, querría responder, pero se contiene.

—¿Te acuerdas la primera vez que te llevé a la playa? —pregunta mientras lanza un golpe suave, —ese día fue el primer día en el que reí de verdad después de muchos años. Nunca había encontrado una chica tan tímida como tú. Nunca olvidaré tu cara cuando te veía mientras te desvestías —lanzo otro puño. —En ese momento me di cuenta de que eras diferente, única, especial —concluye retrocediendo un paso.

—Nunca me he sentido tan avergonzada como ese día —comento enrojeciendo. Nunca olvidaré ese día.

—Sé que soy un imbécil y que he cometido muchos errores, pero nunca dudes de mi amor.

—Has fingido tu muerte sabiendo que yo moriría junto a ti.

—Era necesario para hacerlo creíble.

Hacerme sufrir era necesario para el éxito de la misión. ¿Es esto para él una demostración de amor? Estoy a punto de explotar como una bomba. Intento controlarme, pero no lo consigo y decido que ha llegado el momento de mostrarle realmente lo enfadada que estoy con él. Le salto encima chillando como una loca. Rodeo su cintura con mis piernas y comienza a golpear su pecho, sus hombros. Cae de espaldas, pero no me detengo. Estoy a horcajadas encima de él, sigo reventándolo de puños. No son fuertes. No quiero hacerle daño, aunque es un cabrón lo amo.

—Me has mentado. Has fingido estar muerto —grito mientras sigo

golpeando. No se rebela, intenta justificarse, lo cual hace que aumente aún más la rabia dentro de mí. Y es en ese momento cuando todo fluye como un río arrollador.

—Me habías prometido que me protegerías, que no volvería a estar mal. En cambio te has convertido en el peor de los males. Sabías lo que sufrí por mis padres y eras consciente de que sin ti no podría vivir, pero decidiste igualmente hacerme sufrir —sigo desahogándome mientras que él no pone resistencia.

—Estoy cansada de estar en una montaña rusa, quiero una vida normal como una mujer normal. He amado al Erik Truston que existe solo en mis sueños, porque ese Erik nunca dejaría que el amor de su vida sufriera tanto —digo sollozando. Me alzo quitándome bruscamente los guantes con los ojos puestos en él.

—He tardado mucho tiempo pero al final lo he comprendido, no soy esencial para ti.

—¿Qué sabes tú lo que siento cada vez me alejas?, ¿eh?... Responde. —Su voz retumba. Se levanta como una furia y se dirige hacia mí

—No me toques —grito retrocediendo.

—Te quiero y te querré toda mi vida pero no puedo estar contigo. Me haces perder el juicio y no me reconozco. Me he anulado por ti y ahora ya no quiero volver a hacerlo —digo. Me vuelvo y corro hacia la salida. Se acabó. Todo esto tiene que acabar, no puedo continuar. Las lágrimas descienden mientras miles de pensamientos obstruyen mi mente. Él...él y solo él. Soy su esclava y eso me destruye. Corro lo más rápido que puedo. No me detengo, no sé dónde estoy yendo pero lo importante es alejarme lo más posible de él. Él me persigue, me impide el paso y me retiene entre sus poderosos brazos. Lo echo de menos, pero no consigo ir más lejos.

Capítulo 31

—Te prometo que todo irá bien. —Me abraza fuertemente y a mí me gustaría creerle con todo mi ser. No puedo continuar estando aquí, necesito irme. Tengo que alejarme de él antes de que mi mente se nuble. Lo quiero y lo querré siempre, pero es una locura continuar así. He intentado resistir, pasar por alto todo lo que ha pasado, pero he llegado al límite.

—Mírame, cariño. Habla conmigo, no te cierras en ti misma —insiste rodeándome el rostro con las manos. Estoy agotada, no pienso, no escucho. No consigo seguirle el juego. Quiero una vida normal y no un continuo, «¿ahora qué pasará?».

Estoy a punto de tomar la decisión más importante de mi vida. Voy a decir adiós al único amor que he conocido en mi vida. Arruinaré nuestras vidas para siempre. Trato de respirar, pero parece que el aire nunca es suficiente. Los ojos están cargados de lágrimas, voy a llorar. Querría contenerlas, pero no tengo fuerzas.

—Me marchó —digo de buenas a primeras. Las palabras más difíciles de mi vida. Me mira desconcertado y trata de entenderme, de leer mi mente, de excavar a fondo y de analizarme. Está observando el dolor que siento consciente de que no hay manera de curarlo.

Mi corazón grita un «lo siento», pero mis labios no pronuncian ninguna frase.

—¿Dónde vas? —pregunta en voz baja.

—Me marchó para siempre, Erik —preciso.

—No puedes marcharte. Donde estarás tú, estaré yo.

—Por favor, no compliques aún más la situación. No es fácil poner fin a nuestra historia, pero me veo obligada a hacerlo.

—Quiero poner fin a nosotros —digo alejándome algunos pasos. Intenta agarrarme pero me escabullo.

—No. Tú no puedes decir algo así —protesta aferrándose prepotentemente.

—No puedo seguir luchando, me he rendido. ¿Lo entiendes?—Intento liberarme pero él me aprieta aún más.

—Lucharé yo por nosotros dos, pero no me dejes. No renuncies a

nosotros.

Sus ojos no se apartan de los míos ni siquiera durante un instante, está esperando a que me derrumbe, pero esta vez no pasará. Esta vez es diferente.

—Lo siento pero se ha acabado.

Me libero de su agarre e intento alejarme. Su cuerpo me impide el paso.

—No puedes hacerlo como yo tampoco puedo. No me dejes de nuevo. — En un gesto desesperado me zarandea. Sus ojos están vidriosos. Me duele verlo en este estado.

—No puedo luchar más.

—¿Cómo vivirás sabiendo que ya no habrá un nosotros? Dime, ¿cómo coño lo harás? —grita enloqueciendo. Sabía que explotaría sacando su lado más salvaje y grotesco.

—Llegas a un punto en el que ya no encuentras la fuerza para luchar y te rindes, he hecho todo lo que podía, he intentado resistir a nuestro amor. Pero ahora ya no puedo. Me he dado cuenta de que es mejor sufrir no teniéndote porque tenerte me destruye.

Retrocede un paso como si le hubiera abofeteado.

—Nosotros nos amamos y nuestro amor durará para toda la eternidad — sus palabras suenan como un último intento para convencerme a quedarme. Nuestros corazones gritan, el alma se destruye, pero nada y nadie podrá reconstruir lo que éramos.

ERIK

Parece muy decidida. Ya no es esa mujer insegura y llena de dudas.

—No permitiré que acabes con todo, no de este modo. Estás confundida y estás tomando una decisión apresurada —trato de hacerla entrar en razón.

—¿Que no lo permitirás? —pregunta con sarcasmo. Intenta alejarse pero yo la detengo. Estoy intentado dejarla un poco de espacio, pero corro el peligro de volverme loco si seguimos con esta conversación.

—Quédate conmigo, no te marches.

—No —responde secamente mirándome a los ojos. Me está desafiando. Se acabó. La cargo a mis espaldas y me encamino al vehículo. Testadura. No le permitiré que renuncie a nosotros, lucharé hasta el final para que entienda que es la única cosa que cuenta en mi mísera existencia.

—Bájame, no puedes obligarme a quedarme —protesta. Intenta liberarse de mi agarre pero me echo a reír porque me gusta cuando intenta soltarse, lo hace todo más interesante.

La obligo a entrar en el coche y cierro la puerta, golpea con los puños el cristal gritando. Cojo el volante y ella intenta cogerme las llaves pero no lo consigue, soy más rápido que ella.

—No te dejaré conducir, que lo sepas —dice amenazante.

—Como quieras, si tenemos que morir al menos estaremos juntos.

Me mira, entrecierra los ojos y cuando arranco ella se rinde, apoya la espalda en el asiento y mira a través de la ventanilla. Por fin se ha resignado, de lo contrario tendría que haberla atado, y la idea no me disgustaba. Tiene que entender quién manda y cuando debe detenerse y escuchar. Me he equivocado, es imperdonable el sufrimiento que le he provocado, pero no he tenido elección. Ahora que la situación se ha resuelto, podremos seguir adelante y volver a nuestra vida. Stefan se quedará en la cárcel de por vida, Jason está todavía vivo pero lo esperan en la cárcel en cuanto se recupere. No hay más secretos, no hay más amenazas y no dejaré que ella se rinda precisamente ahora que todo se ha arreglado.

Cuando llegamos a su casa, apago el motor y me vuelvo hacia ella.

—Ahora, si eres tan amable, pórtate bien y baja.

Si la conozco como yo creo, no me facilitará las cosas. Me mira desafiante y cruza los brazos a la altura del pecho resoplando.

—No quiero.

Te lo has buscado tú, querida. Doy la vuelta al coche, abro su puerta y la cojo con fuerza arrastrándola fuera mientras se rebela. La cargo a las espaldas y la maldita chilla y da patadas, pero yo no me detengo. Le doy un azote en el culo, tal vez demasiado fuerte, y ella se queja, pero yo me río porque me gusta.

Abro la puerta con dificultad mientras ella continúa moviéndose esperando poder librarse de mí.

—Erik, bájame inmediatamente, de lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —pregunto disfrutando y tomándola el pelo. Cierro la puerta con el pie y me dirijo hacia la habitación. Querría atarla, cerrar esa boca adorable y después hacerla entrar en razón. Me he cansado de darle espacio, estoy enloqueciendo.

—Ahora —digo tirándola en la cama, —te quedarás aquí conmigo para siempre —continúo reteniéndola por los brazos mientras intenta escapar.

—De eso nada, quiero marcharme lejos de ti —grita pegando patadas. Coño, hace daño.

Me echo encima de ella bloqueándola completamente.

—Quieres escapar ahora porque sabes que si aguantas un minuto más después no encontrarás las fuerzas para hacerlo.

Me mira a los ojos, no sabe qué decir y me doy cuenta de que se está rindiendo. Su cuerpo se relaja, deja de luchar. Se acuesta de lado en el esfuerzo de esconderse, está a punto de llorar y yo de morirme.

Me sitúo a su lado y le acaricio el rostro delicadamente, tiene la mirada perdida, está luchando consigo misma.

—No puedes imaginar el amor que siento por ti, Elisa —susurro. — Lamento verte sufrir por mi culpa y sé que lo que he hecho está mal, pero tienes que entender que no he tenido elección.

Me mira a los ojos y veo tristeza, me empieza a doler el pecho.

—Prométeme que todo irá bien.

No dudo ni siquiera un instante. — Prometo que cuidaré de ti, curaré tus heridas y te haré feliz.

Apoya su rostro en mi pecho y suspira. Sus manos me buscan, recorren mi pecho y mi corazón a está a punto de explotar.

—Me siento perdida —admite. La abrazo fuertemente y por fin se deja llevar y baja la guardia. Se deja acariciar la cabeza, suspira una vez más, le

beso la frente. Se acurruca junto a mí y yo la rodeo con mis brazos porque quiero arreglar todo y hacerla estar bien. Cuidaré de ella, la amaré más que antes y espero que un día me perdone por lo que he hecho. El silencio nunca ha sido tan agradable como en este momento, puedo escuchar el latido de su corazón consciente de que ahora late más fuerte por mí, por nosotros.

Capítulo 32

No creo que la idea de Erik funcione, pero aprecio que esté tratando por todos los medios de resolver nuestra situación. No es propio de él proponerme ir a un consejero matrimonial y tengo la sensación de que Claire tenga algo que ver en esto.

Cuando llegamos al despacho de Eleanor Dalls, una mujer joven nos da la bienvenida. Naturalmente mi marido no ha pasado desapercibido, le ha mirado de arriba abajo. Pero le ha bastado una de mis miradas asesinadas para desviar la atención de lo que es mío.

—Señores Truston, si quieren pueden acomodarse —nos señala una puerta a su derecha. Dejo que Erik vaya por delante. Una vez dentro de la habitación miro a mi alrededor. Una amplia habitación con muebles antiguos, libros, muchos libros, muy acogedora.

—Bienvenidos —exclama una voz de repente. Me vuelvo de sopetón y me encuentro ante una mujer de pelo cobrizo con un sombrero rojo. ¿Pero quién es, Jessica Rabbit? Venga ya, esto es mala suerte. ¿Cómo demonios puedo hablar con ella de mis problemas de pareja? Intento mantener una aparente tranquilidad mientras le extiendo la mano.

La mujer me mira y con una ligera sonrisa responde a mi gesto. —Por favor, acomódense —dice señalando dos sillones. Sigo sus movimientos mientras se acerca a mi marido.

—¿Qué les trae por aquí? —pregunta colocándose las gafas de ver. Coge un folio y se sienta frente a nosotros.

—Ha sido la nueva y brillante idea de mi marido —respondo molesta. No he podido contenerme, todavía no he aprendido a controlar mis ataques de rabia. Él me mira seriamente sin añadir nada. La mujer asiste en silencio, nos observa y eso no me gusta en absoluto.

—Noto una cierta hostilidad entre ustedes —comenta la mujer.

No puedes imaginar cuánta. Pensaba que me había desahogado en el gimnasio, pero ahora estoy en el punto de partida.

—Si no me equivoco, estas reuniones sirven para aclarar ciertas cuestiones. Creo que lo más adecuado sería comenzar por el principio y explicar qué es lo que me ha llevado a mostrarme hoy tan hostil —digo

mirando a la mujer mientras esta asiente continuamente.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer —comenta

— Señor Truston, ¿quiere comenzar usted?

Se aclara la voz y apoya las manos a los lados del sillón.

—Bueno, yo puedo comenzar diciéndole todo lo que quiero a esta mujer. De todo lo que estaría dispuesto a hacer por ella.

—Querría saber cómo ha comenzado todo. Querría saber su punto de vista desde el principio y después el de su mujer. Solo así me puedo dar cuenta de lo que está pasando —dice calmadamente.

Me gusta. Yo también estoy deseando saber qué es lo que se le pasa por la cabeza.

ERIK

Miro a la asesora sorprendido. No creía tener que contar toda nuestra historia, pensaba que trataríamos el meollo del problema sin rodeos. Confiaba en que venir aquí nos ayudaría a reforzar nuestra relación, no a excavar en el pasado. Doy una ojeada fugaz a mi mujer, la cual parece bastante contenta de escuchar lo que tengo que decir. Mierda. No podía haberme metido en un lío más grande.

—Puede comenzar cuando quiera —incita la mujer.

Por supuesto. Lo estoy deseando.

Veamos, ¿por dónde empezar? Podría recitar lo que quieren escuchar. Tal vez es mejor evitar ciertos pensamientos que he tenido de Elisa al principio. Me atormentarían, y no sé por qué pero tengo la sensación de que es lo que ella quiere. Un paso en falso y me cuelga. Es diabólica.

—La primera vez que vi a mi mujer, me enamoré —declaro. Y es aquí donde se echa a reír históricamente.

—Perdonadme, pero esto es demasiado. Querías decir que la primera vez que me viste, deseabas solo entrar en mi ropa interior para alimentar tu ego y confirmar que podías tener lo que quisieras.

Malvada. Cruel. La miro fríamente pero ella no parece preocuparse. Continúa riendo.

—Señores Truston, están aquí para resolver sus problemas de pareja. La

sinceridad es fundamental. Déjese llevar y dígame cuáles fueron sus verdaderos pensamientos.

La mujer comienza a escribir en un folio y eso no me gusta nada. Odio estar en aprietos. Me arrepiento profundamente de haber escuchado a Claire.

Suspiro colocándome la chaqueta. Que Dios me ayude. Estoy a punto de caer en la fosa de los leones.

—La primera vez que la vi... Pensé que sería una follada fantástica — confieso mirando a Elisa directamente a los ojos. Sus ojos se entrecierran y seguramente me está maldiciendo repetidamente.

—Me atraía su manera de comportarse. A veces tímida, a veces descarada. Había conocido a muchas mujeres, pero en ella había algo diferente, algo único. El modo en el que me miraba me enloquecía, por no hablar de su cuerpo, pero eso es evidente, no hace falta comentarlo —me tomo una pausa esperando a que reaccione, pero nada. —Normalmente dejaba que las mujeres tomaran el primer paso, lo hacían siempre. En cambio ella no, me provocaba, me miraba, pero no caía en mi trampa. Se podría decir que entre nosotros comenzó un juego de miradas, palabras reprimidas y mucho desafío. Ninguna mujer me había desafiado nunca. Cuanto más me rechazaba, más la deseaba. Creía que la quería solo por satisfacción masculina, por el gusto de decir «otra más», pero después algo cambió. Cuanto más entraba en su mundo, más quería saber. Quería conocerla y fue ahí cuando me di cuenta de que estaba pasando un límite que no quería. No quería enamorarme de ella—concluyo.

De acuerdo, se acabó, no soy capaz de añadir nada más.

Ya he dicho demasiado.

—¿Y después qué pasó? —pregunta la señora Dallas.

—Oh, si quiere esto se lo puedo contar yo —interviene sarcásticamente Elisa.

—Señora Truston, deje que su marido explique su punto de vista, después usted podrá explicarnos el suyo —responde seriamente la consejera. Estoy sudando. Quiero salir de este infierno lo antes posible.

¿Qué más debería decir? Ya he dicho demasiado para mi gusto. Mi mujer me está fulminando con la mirada, en este momento se ha convertido en la más arpía de todas. Sé perfectamente lo que siente y si esto puede ayudarnos, haré todo lo que sea necesario.

—Como estaba diciendo, no quería enamorarme de ella porque creía que sería imposible. Creía que el único amor de mi vida sería Helena, una chica que amé muchos años atrás. Cuando Helena murió, juré a mi mismo que nadie más formaría parte de mi vida pero conociendo a Elisa me di cuenta de que ella estaba entrando en ese lado que intentaba esconder, y me asusté. Me desconcertaba la facilidad con la que ella conseguía excavar dentro de mí cada vez más profundamente. Me ponía celoso si la veía hablando con otros hombres, me molestaba cuando alguien la miraba. Nunca había sentido algo así, la quería a mi lado para siempre. Todo empeoró el día que la vi hablando con un amigo mío, la sangre me hervía en las venas. Estaba celoso hasta el punto de darme asco a mí mismo y me asusté. Creía que no era normal lo que sentía por ella. Era una locura. Controlaba toda mi vida, pero no conseguía controlar mis sentimientos por esta mujer —la miro mientras tiene la mirada ausente. Está pensando, está recordando todo lo que pasó. Necesito escucharla, tengo la impresión de estar a muchos años luz de ella. Acercó la mano lentamente a la suya y titubeante la toco. No me rechaza, es más, entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Me está diciendo que la quería pero que la a vez intentaba alejarse de ella? —pregunta tranquilamente la señora.

—Sí. Sabía que era frágil y necesitaba protegerla, pero al mismo tiempo sabía que no podía darle lo que se merecía. No era capaz —confieso.

—Si están aquí es porque quiere decir que algo cambió.

¿Qué fue?

—Me dejó. Ella me confesó el amor que sentía por mí y yo no conseguí corresponderla. Y así como si nada se marchó. Sin protestar, sin llorar. Sus ojos aquel día me miraron de la misma manera en la que me mira ahora. Con odio —digo apartando la mirada. Ella me odia.

—No creo que sea así, si está aquí es porque le quiere. Digamos que parece muy enfadada —comenta mientras continúa escribiendo.

Me siento tentado a arrancarle ese folio de las manos, me gustaría mucho saber qué está escribiendo de mí.

—No estoy enfadada, estoy cansada, que es diferente. Apenas ha comenzado la historia, más adelante se dará cuenta usted mismo de por qué he llegado a este punto —interviene Elisa bastante molesta. No hay manera de calmarla y parece que recordar el pasado le pone todavía más de los nervios. No sé qué hacer.

—¿Ha pensado alguna vez en dejarlo pasar y seguir adelante?—le pregunta. Esta pregunta sí que me gusta. Cerrar el pasado y continuar, es eso lo que quisiera.

—Sí, lo he pensado muchas veces y cada vez que decido hacerlo sale a la luz algo de su pasado. Todas y cada una de las malditas veces que he intentado pasar página él hace que todo vuelva a las andadas.

No puedo tranquilizarla, parece un volcán en erupción.

—La vida prevé sacrificios, nada es fácil. Somos nosotros los que decidimos si vale la pena luchar... Creo que por hoy es suficiente, nos vemos la semana que viene a la misma hora —concluye la mujer.

Elisa la mira extrañada, no sabe qué decir. No me sorprende, nos ha echado directamente y sin rodeos.

Salimos del estudio y solo en ese momento consigo respirar en condiciones. Tenía la sensación de estar en un confesionario y no es lo mío. Solo espero que la próxima vez se concentre en Elisa.

Saliendo de la carretera Elisa coge la dirección opuesta a la mía.

—¿Dónde vas? —le pregunto.

Ella no se vuelve y continúa caminando.

—A casa.

—El coche está en la otra dirección —le recuerdo.

Se detiene, se gira y me mira con indiferencia.

—Lo sé. Prefiero caminar, ve tú.

Se está encerrando de nuevo en sí misma. Mierda.

—Joder —despotrico. No es posible, es terca como una mula. La alcanzo y con modos poco gentiles la arrastro de la mano hacia el coche.

—¿Me explicas qué coño quieres que te demuestre?, ¿qué tengo que hacer para que entiendas que eres el centro de mi universo?

No habla, se queda en silencio y no me mira. Sube al coche y se comporta como si no existiera. Me está destruyendo, está destrozando mi corazón en mil pedazos. Un sufrimiento lento y doloroso, porque ella quiere que yo sienta lo que ha sentido ella cuando me daba por muerto.

Capítulo 33

Me miro al espejo y no me reconozco: «¿Quién es esa mujer tan pálida, tan extenuada, sin maquillar y con el pelo tan despeinado? »

Siento la presión tambalearse. Hoy es una compañera turbulenta, va y viene repentinamente. Esto me descompensa físicamente y mi cuerpo no sabe muy bien cómo reaccionar. Sería mejor no pensar en ello, pero ahora no puedo, tengo que prestar atención. He hecho los análisis y ya está confirmado, espero un niño. No sé cómo se lo tomará él, pero por lo que me concierne estoy feliz y a la vez asustada por la noticia. Espero un niño de cuatro meses y no me he dado cuenta a causa del sufrimiento que he pasado. Me haré un chequeo, quiero asegurarme de que el niño está bien. No obstante, lo primero que haré será decírselo. Vuelvo a la habitación y saco del cajón del comodín la cajita que he comprado ayer. Más claro que eso imposible. Voy hacia la cocina, lo escucho rebuscar en el armario. Miro la cajita de color marfil y respiro hondo, espero que vaya bien. No espero que se alegre y me abrace, no lo hará porque desde que hemos salido del gimnasio y del estudio de la consejera nos hemos ignorado. Yo sigo manteniendo mi posición y él la suya, prácticamente somos como dos extraños en la misma casa.

Apoyo la cajita en la mesa y me siento en la parte opuesta. Él se vuelve, me mira, pero no dice nada, y su atención se dirige al extraño objeto situado en la mesa. Se acerca con grandes pasos y mira la caja sospechosamente.

—¿Es para mí?

—Sí.

Posa la mirada en mí y abre la cajita. Repentinamente me invade el calor, me sudan las manos. No debería estar nerviosa, y sin embargo lo estoy. Presta atención al interior de la caja, coge el chupete y lo observa desconcertado. Después se detiene, me mira confuso y yo no logro entender si está contento o enfadado.

—¿Estás embarazada? —pregunta.

—Sí.

Da vuelta a la mesa, se acerca a mí, mueve la silla en la que estoy sentada y se agacha para ponerse a mi nivel. La posiciona frente a él.

—¿Desde cuándo estás embarazada? —pregunta examinándome con

atención.

—Creo que desde hace cuatro meses.

—¿Crees? —pregunta con tono de malquerencia. Lo miro sin comprender su cambio de humor, no logro entender dónde quiere llegar.

—He hecho el test, pero no sé decirte con exactitud cuándo ha pasado si antes no hago un control exhaustivo. —Sus preguntas me sacan de quicio, no me gusta estar bajo presión.

—La última vez que hemos estado juntos ha sido hace más de cuatro meses, y si hubiera pasado algo, ahora se vería algo de barriga —dice pensativo. Habiéndome herido el orgullo, me pongo en pie por su insinuación.

—Ni lo intentes Truston, no necesito tu apoyo para tener a mi hijo, y ni se te ocurra decir que no es tuyo porque te juro que te mato con mis propias manos.

No se inmuta. Me mira con resentimiento y no me gusta en absoluto.

—Vamos a hacer el chequeo y luego ya veremos —sentencia él como si fuera el jefe del universo.

—No hay nada que ver, yo tendré a este niño contigo o sin ti.

—¿Cómo puedes querer el hijo de alguien a quien te detestas?—vocifera él golpeando las manos en la mesa haciéndome estremecer.

Maldito cabrón, yo te detesto pero desgraciadamente al mismo tiempo te amo. Me gustaría alejarme de él pero no puedo.

—Tendremos al niño. La vida nos da la posibilidad de crear de nuevo nuestra familia y nosotros estamos atascados en el punto de partida. Seguimos discutiendo y no encontramos el punto de encuentro.

—Tengo miedo —confiesa. Sus manos me buscan, me encuentran. Me levanta dulcemente y me sienta sobre sus piernas. Me abraza de manera protectora.

—No deberías, todo irá bien —digo decidida.

—Lamento todo lo que he hecho. Imploraré tu perdón de por vida —susurra.

—Quiero intentarlo, Erik, quiero volver a ser feliz pero no sé cuándo podré conseguirlo.

—Yo estaré a tu lado. Juntos podremos superarlo todo.

Me dejo mecer entre sus brazos y por fin, después de mucho tiempo, me siento en paz.

Capítulo 34

Es difícil seguir el ritmo a Erik Truston, sobre todo si este último está obsesionado con controlar todo. Le quiero, pero en este momento está poniendo a dura prueba mi paciencia.

—Déjalo ya —lo regaño.

—Yo creo que sería útil tener uno —continúa ojeando un catálogo donde hay diversos aparatos médicos, pero él está concentrado en el ecógrafo. Me pregunto de dónde demonios lo ha sacado la propaganda, además, ¿será legal tener uno en casa? Mejor no preguntar.

—Si no dejas de mirar eso me traslado a Bora Bora hasta el final del embarazo —lo amenazo.

No aguanto más, es agobiante.

No le ha valido con la bombona de oxígeno, sino que ahora también quiere el ecógrafo. Para eso me traslado al hospital hasta el final del embarazo.

—Yo cojo uno por seguridad. Bueno, mejor dos por si acaso uno no funciona bien —murmura pasando las páginas.

—¿Y quién lo debería usar?, ¿tú? —pregunto.

Sonríe como un tonto y asiente.

—El médico ha dicho que todo procede con normalidad, no necesitamos todos estos aparatos en casa.

Ha sido una emoción indescriptible ver a nuestro hijo por primera vez. Erik tenía los ojos llorosos, la mirada perdida y yo no era una excepción.

Me ignora mientras continúa dando un vistazo al catálogo.

—Estamos solo al quinto mes, si sigues así corro el riesgo de volverme loca —me quejo.

—Relájate cariño, solo quiero tomar las precauciones necesarias.

—Precauciones un cuerno. Tú estás completamente loco.

Tengo que mantener la calma. Todo esto no me viene bien.

Me acaricio la barriga mientras miro la televisión. ¿Soy yo o este sofá es incómodo? Tengo un dolor de espalda terrible, por no hablar de los pies hinchados, a estas alturas ya no consigo soportar nada.

—Esperemos que nuestro hijo mañana decida mostrarnos su sexo —dice apoyando la mano en mi barriga.

En la última ecografía nuestro niño no ha querido hacerlo, creo que lo de

dar fastidio lo ha cogido de su madre.

—Me gustaría no descubrirlo. Querría que fuera una sorpresa—confieso. Estoy segura de que no aceptará nunca, él se está muriendo de la curiosidad.

—Puede ser una bonita sorpresa —dice.

Creo que he escuchado mal. Probablemente ha sido fruto de mi imaginación. Lo observo atentamente, parece hablar en serio.

—¿De verdad?

—Sí.

Qué extraño, no es típico de él. Seguramente esconde algo. Sonríe pero yo conozco bien esa sonrisa, algo malo se acerca.

—Suéltalo. ¿Qué quieres a cambio?

Mueve la cabeza disfrutando, se acerca, besa mi barriguita y luego levanta la mirada hacia mí.

—Si resisto a la tentación de saber el sexo de nuestro hijo, tú me dejarás tomar cualquier precaución que se me ocurra sin discutir.

Sabía que había gato encerrado. La pregunta es... ¿Resistiría a todo lo que se le pasará por la cabeza?

Él se pone en pie de golpe y yo me estremezco.

—¿Estás loco?

—Sí, estoy loco por ti y por nuestro hijo, y se me acaba de ocurrir una idea genial.

Comienzo a temblar.

—¿Qué idea?

—Contrataré a una enfermera para que venga a vivir aquí durante todo el embarazo. De esta manera podrá controlarte y para cualquier problema que surja la tendremos a ella.

Decidido, voy a matar a mi marido.

—Hazlo, Erik, y te aseguro que verás desaparecer para siempre a tu mujer y a tu hijo.

Me fulmina con la mirada, apoya las manos a los lados de mi cadera y se acerca.

—Nadie podrá alejarme de mi mujer y de mi hijo, ni siquiera tú misma.

Trago saliva, me atemoriza cuando habla de ese modo.

—No contrates a nadie, deja que todo proceda de manera natural. Respira y deja a un lado tu manía de controlar todo.

Me mira, lo piensa y se acerca aún más. No dice nada, acaricia mis labios con los suyos y finalmente me besa.

Fin de la guerra.

Capítulo 35

Ha hecho desaparecer ese velo de tristeza que se cernía sobre mí desde hace mucho tiempo, exactamente como el viento hace con las nubes cuando da paso a los reflejos del sol.

—Pequeña, despiértate —su voz es como una dulce melodía. Él piensa que estoy durmiendo, pero no es así. Estoy despierta desde el alba, pero como todas las personas perezosas y poco mañaneras me he quedado en la cama con los ojos cerrados y pensando. A veces me pregunto si es normal estar obsesionada con Erik Truston. Me da un pequeño beso en mi nariz para después soplar en mi rostro. Acaba de romper mis esquemas, no puedo evitar sonreír, es tan tierno.

—¡Pero buenos días! —exclama bromeando y jugueteando con un mechón de mi cabello. Abro ligeramente los ojos y lo miro, estoy perdidamente enamorada de mi marido.

—Buenos días —murmuro cubriéndome con las sábanas hasta la nariz. No sé cómo es posible que me emocione tanto, me avergüenzo a pesar de los años que hemos pasado juntos.

Aparta las sábanas de mi nariz. —Mi bella durmiente se avergüenza —comenta echándose a reír.

—No me tomes el pelo —me quejo.

Su expresión cambia, parece ofendido pero está fingiendo.

—¿Osas cubrir lo que es mío? —Arroja las sábanas a un lado.—Mereces ser castigada, señorita Truston.

Sin darme el tiempo de responder, su cuerpo se cierne rápidamente sobre el mío. Sus manos me agarran fuertemente por las caderas y me tortura haciéndome cosquillas.

—Erik, no, por favor.

No se detiene, sus dedos se deslizan por las costillas y las rasca levemente. Estoy embarazada, no puedo retorcerme de esa manera, haré daño al niño.

—Dígame, Sra. Truston —acerca su rostro al mío.

—¿Volverá a hacer algo parecido? —pregunta frunciendo el ceño. Finjo estar pensando mientras sus ojos arden de deseo.

—Eres tú que me haces pasar vergüenza —declaro. Creo no haberlo dicho

nunca, pero es así. Él me vuelve vulnerable, me siento expuesta. Por mucho que lo intente, no consigo controlarme, no logro dar una explicación a lo que me sucede cuando él está junto a mí.

—¿En qué piensas? —pregunta trayéndome al planeta tierra. He debido quedarme embelesada demasiado tiempo.

—En ti —digo.

—¿Y por qué prefieres pensar a poseerme en carne y hueso?

Tiene una expresión graciosa. La tentación de reírme de él es demasiado fuerte, pero intento contenerme.

—Porque... —Digo apoyando mi dedo sobre su mentón pronunciado, —Erik en mis pensamientos es menos gruñón y más dulce —golpeteo su piel con el dedo.

—Más comprensivo.

—No existe. Te demostraré que el original es mejor —declara convencido. —Veamos si el Erik imaginario me gana en esto—susurra acercándose a mis labios. Los acaricia, los lame y los besa. Me besa con pasión, me deja sin aliento.

El sonido del timbre arruina todo, pero él no se detiene, sigue besándome e ignorándolo.

—Erik, han llamado a la puerta —mi voz está reprimida por sus besos. No tiene ninguna intención de detenerse, pero yo sí. Intento apartarlo pero es demasiado pesado. Así que intento cerrar los labios. —Han llamado —repito seria.

Harto de mi resistencia, se levanta de sopetón murmurando palabras incomprensibles. Se pone el pantalón del chándal y cuando llega a la puerta de la habitación se vuelve hacia mí y yo le sonrío culpable por haberlo contemplado de arriba abajo.

—Ni te muevas ni un milímetro —advierte seriamente. Esta vez no resisto y río con ganas. Es único, no hay duda.

—A sus órdenes jefe —digo teatralmente. —Ahora ve a ver quién ha osado arruinar este momento.

—Quiquiera que sea, espero que tenga un buen motivo —lo siento comentar mientras se aleja.

Me pongo cómoda bajo las sábanas y miro el techo. Imagino mi cara en este instante, la cara una de mujer locamente enamorada y con muchos corazoncitos que le vuelan alrededor. Me cubro el rostro con las manos

avergonzándome de mis pensamientos. A veces me pregunto si es normal. Escucho la puerta de casa cerrarse y unas pisadas fuertes acercarse. Mi sonrisa desaparece al instante cuando entra en la habitación. Conozco esa expresión. Está furioso.

—Dime qué coño quiere decir esto —vocifera agitando los folios. Me acerco desconcertada, no entiendo lo que quiere decir. No tardo mucho en descubrir lo que es y empiezo a pensar que estoy de problemas hasta el cuello. ¿Cómo he podido olvidar algo tan importante?, ¿cómo? A causa de todos los problemas que han pasado me he olvidado de que había solicitado una demanda de divorcio. Admito que fue una decisión impulsiva, pero en ese momento lo veía todo negro. Pensaba que entre nosotros había acabado todo. Me olvidé y ahora tendré que pagar las consecuencias.

Miro a mi dulce maridito que en este momento quiere devorarme viva y le sonrío encogiéndome de hombros. —No tiene importancia —son las únicas palabras que consigo decir. ¿No tiene importancia? Venga ya, acabo de añadir leña al fuego. Que me lleve el diablo.

—¿Nuestro matrimonio no tiene importancia? —protesta apretando la mandíbula. Sus ojos me miran rabiosos y yo querría desaparecer.

—No quería decir eso —avanzo un paso hacia él. —Estaba muy furiosa y actué sin pensar —explico mientras me acerco cada vez más a él.

—Quieta dónde estás —ordena señalándome con el dedo.

—¿Has pedido el divorcio y me entero así?, ¿con una carta de tu abogado?

—Me había olvidado por completo —me justifico frotándome las manos inquieta. De acuerdo, he cometido un error pero no he tenido tiempo para pensarlo. Han pasado demasiadas cosas en poco tiempo y me he olvidado.

—Por supuesto. Esta es la importancia que das a nuestro matrimonio —suelta esas palabras con desprecio desencadenando en mí la indignación.

—Lo siento mucho, he tenido que enfrentarme a tu jodido pasado. Tenía más cosas en las que pensar que el maldito divorcio — chilló como una loca caminando de un lado para otro de la habitación. Vale, he cometido un error pero su ensañamiento es exagerado. No puede estar libre de culpa después de todo lo que ha pasado.

—De acuerdo —exclama saliendo de la habitación sin mirarme.

Se marcha con un simple «de acuerdo», pero querría saber en qué demonios está de acuerdo. No tengo que correr detrás de él, tiene que entender por qué lo he hecho y esta vez creo que tengo toda la razón.

Me quedo en la habitación e intento no pensar en él. Lo que no puedo hacer es quedarme aquí encerrada de por vida, tengo que salir y enfrentarme a él. Aúno todas las fuerzas que me quedan. Ánimo, respira e intenta arreglar de algún modo esta situación. Sé que está enfadado, pero tiene que entender mis razones. Sé que he metido la pata, no se toma una decisión importante impulsivamente, pero en ese momento no veía otra alternativa.

Me sorprendo porque no lo encuentro en la cocina, miro a mi alrededor pero de él no hay ni rastro. Creo que ha salido. Está más que enfadado. Le dejaré su espacio, no iré detrás, cuando se calme volverá a casa.

Han pasado diez horas y no hay señales de él. He pasado el día intentando distraerme, pero al final he pensado todo el tiempo en él. Tal vez espera que sea yo quién lo llame. Decido escribirle un mensaje.

Hola. La cena está casi lista. ¿Cuándo vuelves a casa?

Después de haber enviado el mensaje permanezco a la espera de una respuesta con los ojos pegados a la pantalla del teléfono. Pasan los segundos, los minutos y la respuesta no llega. No quiere hablar conmigo y esto me hace sufrir. ¿Por qué no tenemos comunicación? Miro a mi alrededor melancólica mientras me encojo. Me gustaría hablar con él, querría decirle de una vez por todas que se acabó y hacer que todo fuera por el camino correcto, pero parece imposible. El teléfono suena sobresaltándome. Por favor, dime que es él. Mi corazón late fuerte y viendo el nombre que parpadea en la pantalla se me forma un nudo en la garganta.

—Hola Lukas.

—Erik te quiere su despacho —informa serio.

—¿Por qué no ha venido a casa? —pregunto desconcertada.

—No lo sé, Elisa, solo tengo que decirte que tienes que ir a su despacho —responde conmovido. No es el Lukas de siempre, se comporta de manera extraña.

—De acuerdo.

—Estoy convencida de que sabes que está pasando. —Suspira pesantemente. —Y no parece nada bueno.

Estoy por colgar pero él continúa hablando.

—Vosotros dos sois la antipareja por excelencia.

Me acaban de arrojar con fuerza contra un muro. Ese es el peso que doy a esas palabras. Silencio. La llamada se interrumpe. Salgo de casa con la mente ofuscada por miles de pensamientos, no sé qué está pasando pero lo descubriré muy pronto.

Vamos a enfrentarnos a Erik Truston y espero salir viva de esta.

Las puertas del ascensor se abren y mis ojos se fijan en la puerta de su despacho. Respiro profundamente y no sé por qué razón tengo la sensación de entrar por primera vez. Estoy nerviosa como entonces, por no decir más.

Entro decidida en su despacho encontrándolo con la cabeza inclinada mientras escribe algo. Al igual que la primera vez lo observo asombrada, él es siempre él.

—¿Nunca te ha gustado llamar, verdad? —comenta dirigiendo la mirada hacia mí. Ardo por la intensidad con la que sus ojos me miran. Contengo la respiración delirando en el momento que más adoro. Solo él sabe mirarme de ese modo, consigue detener el tiempo suprimiendo todo el resto.

—Acomódate —dice señalando uno de los sillones situados frente a él. — Te he hecho venir para informarte acerca de una decisión muy importante que he tomado hoy. —Habla de forma profesional y distante, se comporta como si fuera cualquier persona. No está hablando como el hombre al que quiero. Conozco mejor que cualquier otra persona este lado suyo, está en modalidad Erik Truston, cabrón y sin escrúpulos. Aprieto con fuerza los reposabrazos del sillón esperando que explote la bomba.

Me mira con frialdad pasándome un folio.

—Estás despedida —exclama serio. Estoy confundida. ¿Qué demonios tiene que ver el trabajo con esto? Creía que hablaríamos de nosotros. ¿Por qué quiere despedirme? Querría preguntárselo pero no puedo hablar. He perdido las cuerdas vocales, muda como un pez cojo la hoja para leer el contenido. Típica praxis, nada de particular. Cojo el bolígrafo, mis movimientos son automáticos. Firmo la hoja y deposito el bolígrafo en la mesa. Sigue mis movimientos con decepción.

—Ahora pasemos al tema del nuestro matrimonio. —¿Nuestro matrimonio es un tema?

Coge una carpeta del cajón de su mesa y la deja sobre la superficie de la mesa. Ese gesto no es casual, me está dando a entender que está muy enfadado. No consigo mantener su mirada, me está matando por dentro. Centro la atención en los folios, está todo detallado hasta el mínimo detalle.

—Has pedido el divorcio —recuerda molesto. Cojo los documentos entre las manos. —He tenido la ocasión para leer atentamente tu petición — continúa hablando con frialdad.—No quieres dinero, no quieres nada de mí. —Su tono es sarcástico y no entiendo dónde quiere llegar. No puedo pensar, estoy perdida y no sé qué está pasando. Permanezco en silencio.

—He hablado con mi abogado, ha dicho que es infrecuente ver una petición de este tipo y que es mejor concluir cuando antes. No puedo quitarle la razón, es el negocio perfecto. —Se detiene apoyando ambos brazos sobre la mesa. Está a punto de matarme, mi corazón se está rompiendo en mil pedazos.

—Si tomamos en consideración todos estos aspectos y sobre todo tu voluntad, he decidido aceptar. —Bum. La bomba me ha explotado en la mano. Coge un bolígrafo y lo acerca al folio con la mirada puesta en mí. — Te estoy haciendo caso como siempre has deseado. He añadido una cláusula para el niño, asumiré todas las responsabilidades y los gastos, pero no quiero tener nada que ver contigo.

No puedo creerlo. Estoy estupefacta ante sus palabras que no dejan escapatoria. Él quiere divorciarse. Habla de ello como si no fuera nada, sin perturbarse. Decidido, derecho. Sabe que ha dado en el clavo. Era lo que quería y no se opone. Me quiere castigar y ha elegido el peor modo posible.

—¿Qué pasa?, ¿te ha mordido la lengua el gato? —pregunta hosco balanceando el bolígrafo. Miro el bolígrafo y después la hoja. No sé qué decir. No quiero y él debería saberlo, y sin embargo parece convencido de lo contrario.

—¿Tú quieres el divorcio?—digo desorientada.

—Acepto tu petición, que es diferente —responde levantándose. Deposita el bolígrafo en la mesa y da la vuelta a esta posicionándose detrás de mí. Siento sus manos, se está apoyando en el respaldo del sillón. —Estoy cumpliendo tus deseos. ¿No estás contenta? —susurra acercándose a mi oreja. —Te gusta usar lo del divorcio a tu antojo sin preocuparte de las consecuencias. Tratas nuestro matrimonio como si fuera un contrato de trabajo y yo me estoy adaptando —concluye retrocediendo

—Nunca he tratado nuestro matrimonio como si fuera un contrato de trabajo, no digas tonterías —protesto alzando la voz.

—He cometido un error pero no estaba bien de la cabeza, Erik.—Me

faltan las palabras. No consigo expresar lo que siento y es frustrante.

—No niego haberme equivocado, he admitido todos mis errores, pero a diferencia tuya, yo nunca he pensado en poner fin a nuestro matrimonio. — Se coloca en frente y se agacha colocándose a mi altura. —No será suficiente esta vida para que me perdones pero yo lo intentaré siempre. Porque vale la pena, me has hecho un hombre mejor, has hecho mi vida mejor. Pero tienes que entender que cuando la persona a la que más quieres en todo el mundo se obceca y se aferra a tus errores, te das cuenta de que por mucho que hagas no cambiará una mierda. Tú me has mandado a la hoguera y yo solamente estoy aceptando mi destino. —Su mirada se ensombrece mientras intenta mantener el control. Lo que siento va más allá de lo real. Me siento como si me hubieran lanzado desde un avión, estoy bajando en picado y dentro de poco me estamparé contra el suelo. No logro respirar, el latido de mi corazón se siente a duras penas. Me está dejando. Está renunciando a nosotros, a mí. No puede, no debe. En un ataque de pánico me aferro a él y aprieto fuertemente sus hombros con mis manos.

—Por favor, no lo hagas —suplico con un hilo de voz. Se mueve bruscamente dejando espacio entre nosotros.

—¿Por qué yo no puedo?, ¿por qué tú tienes el derecho de acabar con todo cuando te apetece? Vamos, explícamelo, ¿por qué tú puedes tratarme como un juguete tirándome a la basura cuando quieres y yo no puedo? Explícamelo —grita con todas sus fuerzas.

—No es lo que piensas —intento defenderme. —Mi corazón nunca ha querido dejarte, te pertenece —digo en voz baja mirándolo a los ojos.

Se pasa la mano por el rostro mientras suspira. —¿Cuántas veces tendré que escuchar esto para después ver pruebas que demuestran lo contrario?

—Erik me has hecho daño, has fingido tu muerte, me marchó y quiero el divorcio —me imita gesticulando.

—Joder, sí, he sido un estúpido, te he pedido perdón y cuando una persona dice que te ha perdonado no vuelve a las andadas. ¿Crees que me he divertido sabiendo que estabas sola y desesperada?, ¿crees que ha sido fácil estar lejos de ti? Mierda, no ha sido fácil, tenía la sensación de haber muerto realmente. Pero tú no atiendes razones, estás convencida de que he disfrutado cuando sin embargo he intentado por todos los medios resolver la situación. No por mí, sino por ti, que no consigues entenderlo. Quieres entender solo lo que te viene bien —suelta de un solo golpe.

—No puedo borrar lo que ha pasado. Y ahora hay dos caminos, Elisa: en uno de ellos tú no puedes amarme por lo que soy con mis errores, por mi carácter autoritario; y el otro es este, donde tú y yo nos dejamos para siempre sin posibilidad de retroceso.

—Te pido perdón por todo el daño que te he hecho y lo siento por haberte retenido todos estos años. Te mereces una vida feliz con un hombre normal y no con uno problemático como yo. Todos sabemos que los problemas no le gustan a nadie. —Me besa en la frente mientras permanezco inmóvil como un trozo de hielo. ¿Quién es este hombre? Mi Erik no se rendiría nunca, no renunciaría jamás. Hago lo único que sé hacer, llorar por dentro. No quiero que esto acabe, debería hacer algo pero me siento impotente. Se acerca a la mesa y me pone delante el bolígrafo y la hoja.

—Firma —ordena bruscamente. Ya no lo reconozco.

Niego con la cabeza mientras me seco las lágrimas, me niego a firmar. No quiero que nuestro matrimonio se acabe.

—Firma esta maldita hoja —grita severo. He aquí el hombre que nunca me ha gustado, ese que consigue destruir todo con una sola mirada. Mi corazón se acaba de romper en mil pedazos.

—No quiero —grito desesperada.

No se inmuta. Avanza hacia mí, me coge la mano obligándome a agarrar el bolígrafo. —Yo quiero que esto acabe. Tenemos que seguir adelante con nuestras vidas. Firma. Ahora.

Permanecemos en silencio, nos miramos pero yo ya no veo la luz en sus ojos. Ahora su mirada está cargada de odio y no puedo cambiar la situación. Me rindo. Renuncio de frente a lo evidente. Él ya no me quiere, ya no quiere tenerme en su vida. Ha decidido pasar página y yo ya no puedo hacer nada para arreglar la situación. Aprieto el bolígrafo con fuerza y sin pensarlo firmo rápidamente la hoja sin mirar lo que está escrito. No me interesa lo que está escrito, a mi me interesa él, pero no puedo retenerlo.

—Perfecto —exclama doblando el folio en cuatro e introduciéndolo en el bolsillo. —Ahora si no te importa, sígueme.

Asiento incapaz de hablar y razonar. Me ha despedido, he firmado los papeles del divorcio y ahora me está pidiendo que lo acompañe a una destinación desconocida. Estoy confundida y no entiendo lo que está pasando. Dentro de mi corazón espero que cambie de idea, pero parece bastante imposible, su comportamiento es una demostración evidente.

Cuando salimos del edificio subimos a su coche en silencio. No hablo, no habla. Silencio absoluto. Después de tantas discusiones y peleas ya no somos capaces de hablar. Ya no tenemos comunicación, parecemos dos extraños. Miro a través de la ventanilla suspirando. Ya es de noche y las luces iluminan la ciudad volviéndola perfecta. Ningún defecto se nota de noche, parece todo en orden sin imperfecciones. No son palabras mías, sino tuyas. Una noche saliendo del trabajo dije estas palabras, no las he olvidado. Él sabe que tiene miles de defectos pero, ¿quién no los tiene? Todos somos imperfectos. Le quiero igual, pero no parece tan convencido de ello dada la decisión que ha tomado por ambos. Me vuelvo hacia él y lo observo. Está concentrado con la mirada fija en la carretera. Es disparato, pero adoro cuando frunce el ceño de esa manera. Probablemente se ha dado cuenta de que lo estoy mirando, pero no se gira. No muestra señales de derrumbarse. Me parece imposible que renuncie tan fácilmente, no es típico de él. Miro a mi alrededor preguntándome dónde estamos yendo, ya hemos dejado la ciudad a nuestras espaldas. Quiero preguntarlo pero no lo hago. Dejo que sea él quien me conduzca en esta situación hasta el final. Por el momento no soy capaz de hacer nada, me ha cogido desprevenida. Nunca pensé que las cosas saldrían así.

El vehículo se detiene interrumpiendo mis pensamientos. Abro los ojos mirando el escenario que se presenta ante mí incrédula. ¿Qué está sucediendo? Lo miro mientras baja del coche y hago lo mismo. Mi pulso late violentamente de frente al espectáculo que se presenta ante mí.

—Ven.

Se acerca cogiéndome de la mano y nos encaminamos hacia la playa. Nuestra playa. A nuestro alrededor reina la oscuridad y concentro mi atención en el único punto iluminado: una mesa preparada para dos rodeada de muchas velas, y junto a la mesa, un hombre que no reconozco manteniendo la postura rígida y esperando. No sé encontrar una explicación. Me acaba de pedir que firme los papeles de la separación y ahora esto. Carece de sentido.

—Buenas noches, Jeffrey. —Saluda al hombre de mediana edad que imagino que sea el camarero. El hombre responde agradable y sonrientemente mientras coloca dos platos en la mesa. Erik me mira y suelta mi mano. Se acerca a la silla y me la ofrece con elegancia

—Ponte cómoda.

Su tono de voz es relajado y amable. Más desconcertada que nunca me siento y sigo sus movimientos esperando su próxima jugada. No sé qué esperarme, él es imprevisible. Se sienta en frente y elegantemente aparta el calendabro situado en medio de la mesa a un lado. Nuestros ojos enfrente unos de otros. Me siento un pequeño grano de arena en medio de un océano. No sé cómo actuar y no resisto a la tentación de hacer la única pregunta que me está devorando el alma.

—¿Qué es todo esto?

Se endereza en la silla y se dirige a Jeffrey. —Gracias por tu ayuda, puedes retirarte. —El hombre nos saluda con una media inclinación y se aleja. De acuerdo, ahora estamos solos y espero con todo mi ser obtener respuestas porque creo seriamente que he perdido la cabeza.

—Sabes perfectamente cómo defino este lugar —dice. Coge la botella de vino y se sirve. —Aquí el tiempo se para eliminando todo el sufrimiento. —Apoya la botella en la mesa y me mira. —Me gustaría comenzar de nuevo —exclama. Espera una reacción mía, pero no logro moverme, me he quedado sin palabras y sorprendida. Me devora con la mirada, excava dentro de mí y encuentra mi alma encadenada y la observa prisionera.

—Me presento, soy Erik Truston, un imbécil de primera categoría. He convertido la vida de la mujer que quiero en un infierno. Soy muy egoísta y aunque sé que no me la merezco no puedo renunciar a ella. La quiero más que a mi vida y no permitiré que me deje nunca. —Se detiene, coge la copa y se la acerca a los labios. —Quiero recomenzar de cero porque tendría que haber hecho todo esto al principio. Quiero empezar con una primera cita cenando la luz de las velas, te la mereces. Te conquistaré día tras día, te daré la felicidad que mereces. —Posa la copa después de haber bebido un trago abundante. Parece nervioso, y yo sin embargo me estoy relajando. No sonrío porque quiero que llegue hasta el final.

—Querría saber si estás dispuesta a aceptarme con mis innumerables defectos, si estás dispuesta a borrar todo el daño que te he hecho para volver a comenzar de cero.

Respiro hondo.

—Eres tan apuesto como maldito. Maldito por tu pasado, has estado en el infierno, has pagado por tus errores y después te has rebelado, has luchado y al final tu alma ha salvado a la mía. —Me levanto y voy hacia él para sentarme en sus piernas.

—Comencemos desde aquí, será nuestro nuevo inicio y esta vez será todo diferente. —Apoyo mi frente contra la suya mientras la mano recorre la parte de su pecho donde esconde su corazón.

—Tu corazón late por mí y el mío por ti —susurro mientras su mano se apoya en mi pecho. Permanecemos en esta situación mirándonos a los ojos.

—Te quiero

—Yo más —responde regalándome esa sonrisa que tanto adoro. Sus labios acarician los míos para después besarme con pasión, con amor. Un amor que te quita el aliento hasta el último segundo de tu existencia.

Capítulo 36

Me levanto de la cama cansada, sin fuerzas. Arrastro las piernas hasta la cocina solo porque tengo sed. En cuanto paso el umbral de la puerta me detengo. Me parece estar alucinando. Erik cocinando. ¿Qué extraño sueño es este? Me acerco sentándome en la silla y permanezco observándolo. Probablemente ha advertido mi presencia. Lleva puestos unos pantalones oscuros y una camiseta blanca ajustada. Cielos, qué guapo es, es asombroso. Sin quererlo mis ojos se fijan en su trasero, tengo las hormonas alborotadas. Toda la culpa la tiene el embarazo. Bueno, en realidad siempre he tenido una debilidad por esa parte de su cuerpo. Esos pantalones lo resaltan mucho, debería de ponérselos más a menudo.

—¿Has terminado de babear mientras me miras el trasero? —pregunta sin volverse ¡Vaya! Sorprendida in fraganti. Me he puesto roja como un tomate y no sé por qué, ni que lo conociera desde hace diez minutos.

—¿Qué estás cocinando? —pregunto intentando cambiar de conversación. Lo escucho reír mientras mueve la cabeza. Veo que te estás divirtiendo Sr. Truston.

—He pensado que tendrías hambre dado que no has comido; y respondiendo a tu pregunta estoy cocinando pollo con verdura salteadas.

Sorprendente. El olorcillo promete. Intento acercarme para mirar pero su mano me detiene.

—De eso nada, curiosona, siéntate y espera cinco minutos.

Resoplo ligeramente mientras vuelvo a sentarme y permanezco con la mirada posada en él. Me gusta esta versión de Erik y debo decir que él parece encontrarse muy cómodo.

Como me había prometido, tras cinco minutos se presenta ante mí con un plato muy apetitoso.

Se sienta junto a mí sin apartar la mirada. Comienzo a comer y noto que me está mirando.

—Enhorabuena, nuestro hijo y yo estamos muy agradecidos —digo entre un bocado y otro.

—He pensado mucho en lo que has dicho esta mañana —dice serio. Demasiado diría.

Esta mañana hemos hablado de algunas decisiones que tenemos que tomar

como la casa, pero como siempre ponernos de acuerdo con nuestras ideas es una ardua hazaña.

—Podemos encontrar un punto de encuentro —digo.

—Y es por eso por lo que he preparado un contrato privado.

—¿Qué? —digo aturdida.

—No apresures conclusiones precipitadas. Solo quiero poner por escrito ciertas cosas. Yo te complaceré y tú harás lo mismo conmigo. No discutiremos nunca más.

—No me lo puedo creer. Estás tratando nuestra relación como si fuera un acuerdo comercial —me quejo mientras clavo el cuchillo en la carne con decisión.

—Elisa, estoy buscando de hacer funcionar las cosas y me sirve tu colaboración. Lee el contrato y después decide.

—¿Ya lo has preparado?

¿Cuándo? En pocas horas es capaz de concebir ideas absurdas.

Se levanta, va hacia el estudio y vuelve con algunos folios en la mano. Los deja encima de la mesa y una frase en mayúscula llama mi atención.

CONTRATO DE FELICIDAD.

Cielos, va en serio. Me entran ganas de reír pero me contengo. Ahora estamos más que locos.

Acabo de comer y luego cojo los folios. Lo miro de reojo y contiene la risa. Si primero tenía dudas, ahora estoy segura. Erik Truston necesita un psicólogo.

Todavía incrédula comienzo a leer el contrato.

Contrato de felicidad.

Acuerdo entre las partes para el éxito y continuidad del matrimonio.

Yo, el abajo firmante, Erik Truston, prometo lo siguiente:

- *Intentaré ser menos celoso.*
- *Decidiremos todo lo que concierne a nuestros hijos juntos.*
- *En cuanto a las decisiones de la casa, te dejo libre elección.*
- *Sabrás todo de mí.*

Levanto los ojos durante un instante estudiando su expresión, me mira y me sonrío con picardía.

- *Prometo dejarte salir cada vez que tengas ganas.*
- *En la cama mandaré yo. Cumpliré todas tus fantasías.*
- *No te dejaré jamás.*
- *Te amaré solo a ti durante toda mi vida.*
- *No quiero que fumes o te emborraches (lo primero sé que no lo harás, pero sí lo segundo dados los antecedentes.*
- *Quiero cocinar por ti al menos una vez a la semana porque sé cuánto te gusta que lo haga.*

Extraordinario. Hasta aquí parece que me beneficio en todo, pero la tengo la impresión de que las sorpresas están a punto de llegar

Yo, la abajo firmante, Elisa Truston, prometo lo siguiente:

- *No hacer más tonterías con mi marido.*
- *Te contaré mis cosas antes que a nadie.*
- *No pensar en ningún otro hombre que no seas tú.*
- *Escuchar a Erik cuando tenga razón (es decir, casi siempre).*
- *Haré el amor contigo cada vez que me lo pidas en cualquier lugar.*

Levanto la mirada. ¿En serio, Truston? Levanto los ojos al cielo y sigo leyendo.

- *Trabajaré contigo durante el resto de mi vida.*
- *Prometo que no te dejaré nunca.*
- *Prometo ser obediente.*
- *Antes de tomar cualquier decisión, lo consultaré contigo. Siempre.*
- *Soy dueña de tu cuerpo como tú lo eres del mío.*
- *Te acompañaré a todos los eventos sin rechistar.*

—¿Cómo se te ha ocurrido esta idea? —pregunto.

—Mis ideas son geniales —responde seguro de sí.

—No estaría tan segura —digo suspirando. —¿Crees que funcionará?

Se acerca y me besa en los labios. Creo que su respuesta es así.

—Tenemos que querer los dos, no quiero obligarte.

—Básicamente me estás tratando como al detenido más peligroso de una cárcel de máxima seguridad —comento sarcástica.

En su rostro aparece de nuevo esa sonrisa pícara. Juro que en este momento querría molerlo a palos.

—Piénsalo así, pequeña, me estoy asegurando de que seas solo mía, sin complicaciones. Tomar o dejar. —Lo escucho reír mientras deposita pequeños besos en mi cuello.

Está intentando sobornarme.

No debo creerlo, no ahora. Mejor tenerlo en ascuas un poco.

—Lo pensaré. Te daré una respuesta cuando... Haya decidido.

Se aparta mirándome fijamente.

—¿Necesitas pensarlo?, ¿en serio, pequeña?. —¿Sorprendido?, ¿Qué pasa, no he caído en tu trampa?

Me cruzo de brazos y lo miro seriamente. —Tomar o dejar —repito sus mismas palabras.

Abre los ojos sorprendido. —¿Estás intentando hacerte la dura conmigo? Acabas de hacer un paso en falso, cariño —comenta.

Me coge en brazos y yo me echo a reír.

—Vamos a ver cómo puedo volverte dócil como una gatita —dice mientras se encamina hacia la habitación. He aquí mi Erik, el que piensa poder resolver todo con su encanto.

No tengo intención de oponer resistencia, porque ya he decidido que la respuesta a ese contrato será sí, pero él no lo sabrá hasta que pase algún tiempo.

—Técnicamente tú y yo ya no somos nada. Si no recuerdo mal... Nos hemos separado, querido.

Él no responde a mi provocación, me deposita encima de la cama delicadamente.

—Ahora cállate y deja que me ocupe yo —dice serio.

Por el momento lo voy a dejar pasar, pero tendríamos que tratar el tema del divorcio. No podemos ignorarlo.

Capítulo 37

Claire ha organizado una parrillada, he agradecido mucho la idea porque será un modo para volver a la normalidad después de todo lo que ha pasado. Mi amiga ha solucionado sus problemas con su marido y ahora están más unidos que antes. Lukas, por su parte, continúa su relación con Donna, lo veo muy feliz desde que está con esa chica. Hoy es un día maravilloso para pasar en compañía de mis amigos y de mi marido.

Acaricio mi barriga mientras disfruto observando a un Erik juguetón, y sí, quién lo diría.

Lo observo mientras empuja a Martin en el columpio y le pone caritas. Juntos son adorables.

Dentro de dos semanas nacerá nuestro hijo, estoy deseando tenerlo entre mis brazos.

Tengo curiosidad por ver a quien se parece, espero que tenga los ojos de Erik y que salga a mí en el carácter, no vaya a ser que sea otro maniático del control, acabaría conmigo.

Erik no para de recordarme lo del ridículo contrato de felicidad, todavía no le he dado una respuesta. Habría aceptado cualquier petición, pero me gusta darle largas, es gracioso ver su impaciencia.

Nuestro hijo ha decidido hacerme el día imposible, no para de moverse y dar patadas.

Respiro profundamente, pero por lo que parece hoy no es mi día.

—¿Te encuentras bien, cariño? —la voz de Claire interrumpe mis pensamientos. Le sonrío débilmente.

—Hoy ha optado por las rabietas —respondo mientras continúo acariciándome la barriga.

Me acerca a la mesa donde nos están esperando nuestros amigos. Lukas se acerca dándome un beso en la barriga dulcemente. En los últimos meses ha estado siempre ahí, pienso que será un padrino excelente. Erik y yo todavía tenemos que decírselo, estoy deseando ver su cara cuando se entere.

—Quita las manos de mi mujer —dice Erik a mis espaldas. Sus brazos me rodean deslizándose por la barriga.

—Soy un privilegiado, tengo el permiso de tu media naranja —responde

Lukas dirigiéndose a su hermano.

—Ahora que el territorio ya está marcado, ¿puedo comer un trozo de tarta?
—pregunto disfrutando de la situación.

Una fuerte patada hace que emita un grito de dolor. Cielos, qué mal. Tranquilízate pequeño, corro el peligro de que me rompas las costillas. Hoy está más revuelto de lo normal.

—¿Estás bien? —pregunta Erik avanzando de golpe hacia mí.

—Podría ir mejor, nuestro hijo está haciendo volteretas. —Él se agacha y susurra algo a nuestro hijo.

El dolor aumenta y me retuerzo. Es demasiado doloroso. Siento un desgarró por dentro y observo mis piernas, húmedas.

Ya ha está aquí, he roto aguas.

Levanto la mirada, todos me miran preocupados pero extrañamente yo estoy tranquila.

—Tenemos que ir al hospital —digo tranquila.

—¿No te encuentras bien?, ¿te pasa algo?—pregunta el que teóricamente debería mantener siempre el control. Erik Truston está a punto de entrar en pánico.

—Sí, he roto aguas, al hospital. Ahora mismo —digo intentando estar tranquila. Respira hondo y regularmente, Elisa, como te han enseñado en el curso parto.

Él no se mueve, parece petrificado. ¿Qué le pasa? Chasqueo los dedos ante su cara para despertarlo de su estado de trance. ¿Dónde está ahora el hombre ‘todo bajo control’? Lo necesito ahora más que nunca.

—Al menos que no quieras que dé a luz aquí te conviene recomponerte y manejar la situación, querido. —Se despierta, se pone en pie. Gracias, Dios.

—Sí, perdona. Lukas ve a casa con Claire y coged la bolsa blanca que encontraréis en la habitación del niño. Nosotros nos vamos, nos vemos en el hospital.

Me coge por el brazo sin preaviso. ¿Qué hace? Por mucho que el dolor sea fuerte me echo a reír. La situación es graciosa.

—Cariño, no puedo caminar.

No parece escuchar mis palabras y continúa caminando hacia el coche.

Cuando llegamos al hospital, el médico me ve y me llevan a la sala de parto. El dolor aumenta cada vez más haciéndose insoportable.

Erik permanece siempre a mi lado, no se ha alejado ni siquiera un segundo.

Estoy aquí dentro desde hace dos horas, pero no quiero perder la paciencia. No quiero gritar, pero de vez en cuando sin darme cuenta de mi boca salen algunos gritos de dolor.

—Aguanta, pequeña, acabará todo muy pronto —intenta tranquilizarme, pero ni siquiera sus palabras me ayudan.

Estoy sudada, tengo calor, me duele, no consigo estar tumbada, ni sentada, ni de pié. Ni sé lo que quiero.

En realidad, sí, quiero que todo esto se acabe y pronto.

Me han dicho que la epidural hace milagros.

Una mierda, me duele con locura.

Ni siquiera el mejor de los cursos parto ayuda, todo parece inútil.

Intento respirar regularmente, pero estoy a punto de perder la cabeza.

Erik me mira preocupado, y no es para menos, me estoy retorciendo del dolor. Es demasiado fuerte.

—Irá todo bien, pequeña, tranquilízate.

—Pequeña una mierda, duele —vocifero. Estoy perdiendo el control, no sé cuánto resistiré. Quiero que esta tortura acabe. Aprieto la mano de Erik con fuerza. Él no dice nada, continúa acariciándome el pelo.

Lamento la manera en la que le he respondido, pero en este momento estoy asustada.

No sé cuánto tiempo ha pasado, estos dolores hacen que parezca todo eterno, no va acabar nunca.

Estoy cansada, no tengo fuerzas para luchar, quiero que todo esto acabe y pronto.

En medio de todos estos dolores siento a mi pequeño moverse. Parece que está cada vez más abajo.

Me informan de que ya estoy pronta para parir y me llevan a la sala de parto.

Claire tenía razón, es doloroso. Y sin embargo, por lo que parece no es lo mismo para todas. He escuchado decir a algunas mamás del curso parto que para ellas ha sido un paseo. ¿Y por qué para mí no?

Simple injusticia.

Me acomodo en la camilla de la sala de parto y la obstetra me explica que tengo que empujar cuando tenga una contracción fuerte. Estoy dispuesta a

empujar hasta el agotamiento en la primera contracción, quiero que mi hijo salga rápidamente.

Estoy cansada, solo espero encontrar la fuerza. La contracción está llegando, la intensidad aumenta repentinamente. Duele, empujo con todas las fuerzas que tengo en el cuerpo, pero nada.

Tengo que empujar otra vez. Parecía todo muy fácil en las explicaciones.

—Continúa así, cariño, falta poco — la voz de Erik resuena en mi cabeza. Está junto a mí agarrándome la mano firmemente.

No puedo más, ya he tenido tres contracciones pero el niño todavía no ha salido, tengo que darlo todo.

Contracción, empujo con todas mis fuerzas y sin hacerlo aposta grito a pleno pulmón.

De repente me siento vacía y llega ese dulce sonido. Siento llorar al niño.

Querría decir o hacer algo, pero no puedo, me tiemblan las piernas, no tengo nada de fuerza, no consigo mover ni siquiera un dedo. Erik se aleja y yo sigo sus movimientos. Cubierto en una pequeña toalla veo a una minuta criatura, mi hijo.

—Es un varón. —Nunca he escuchado a mi marido tan feliz como ahora. Miro a mis hombres y las lágrimas descienden. Soy feliz, mi corazón explota de alegría. Lavan a mi hijo, llora y a mí me gustaría calmar sus lamentos. Espero impacientemente que lo depositen en mis brazos. Y más tarde ese momento llega, Erik se acerca con nuestro niño en brazos. Miro asombrada el fruto de nuestro amor. Lo cojo en brazos, un nuevo perfume me invade, el perfume del amor. Acaricio la pequeña mano con el índice y después miro a mi marido.

—¿Andrew?

Él asiente. Es el nombre perfecto para nuestro hijo. Mi corazón encuentra la paz, encuentra la familia que siempre ha soñado. Mi familia.

Cuando me llevan a la habitación del hospital, observo cómo mi marido parece nervioso. Acerca la silla a la camilla y yo me dirijo hacia él.

—Tengo que enseñarte algo —dice sacando del bolsillo de los pantalones una hoja doblada.

—Lee —ordena. Adopto una expresión seria y miro la hoja con curiosidad.

—¿Qué es? —pregunto.

—Lo que has firmado en mi oficina.

—De acuerdo. Tenemos que decidir qué hacer con el apellido de Andrew. Suspira alzando los ojos al cielo. —Maldita mujer, lee antes de que cambie de opinión.

Sin que me lo pida dos veces, lo abro.

Querida mujer tocanarices que quiero tanto (lo siento, no he podido resistir a la tentación), esta carta la legalizaré en un notario (aunque técnicamente carece de valor). Estaba diciendo... mujer, tienes mi amor, mis problemas y mi locura como en las mejores promesas de matrimonio EN LA FORTUNA Y EN LA ADVERSIDAD. Estás obligada a sufrir mi presencia durante toda la eternidad (especifico, incluso después de morir no te dejaré nunca en paz).

Estoy escribiendo este acuerdo sin reflexionar, lo cual es muy extraño viniendo de mí, pero he decidido escribir lo que se me ocurre sobre la marcha. He de decir que cuando leí la petición de divorcio te quería matar con mis propias manos. Nunca pensé que llegarías hasta el final y me sentí una mierda (perdona el término). Ya estoy imaginando tu cara cuando leas estas palabras, te estarás chupando el labio inferior y tendrás los ojos entrecerrados (esto es porque te obstinas en no ponerte las gafas de lectura). Como puedes ver, pequeña, me doy cuenta de todo: de como tu corazón late fuertemente cada vez que estoy cerca, de las veces que querías responder pero no lo haces y respiras hondo. Siempre estoy atento y me doy cuenta de todo excepto de una cosa: no consigo llegar a ti como quisiera. Sé que me amas, pero hasta hoy siempre había algo que se me escapaba de las manos. Tus ojos me miran con amor pero veía que faltaba una pieza. Mientras reflexionaba sobre esto he ido a tu despacho para coger algunos documentos y ha sido allí cuando he descubierto el kit de la cuestión. Aunque eres la mujer del jefe, nunca has querido cambiar la decoración, nunca has querido ventajas, nunca has pretendido nada. Ese despacho está igual que el primer día en el que entraste. La única diferencia que hay es la que ha marcado la diferencia, el marco que hay en tu mesa. Una foto de nosotros... Una foto que nos sacó Lukas por diversión mientras estábamos mirando el reportaje de la boda... Me pregunto por qué de entre todas las fotos has elegido esa. La he observado atentamente notando cómo todo era simple y especial al mismo tiempo. Los ojos te brillaban mientras mirabas nuestro enlace y yo

te cogía por las manos... y ha sido precisamente ahí cuando me he dado cuenta de lo que falta. La sencillez. Tú siempre has querido la sencillez y yo nunca me he dado cuenta, aunque continuabas repitiéndolo que querías solo una vida normal, yo no conseguía entenderlo.

Nunca he tenido una vida normal, y sin embargo nunca me he percatado de que desde que estoy contigo he alcanzado la normalidad (aunque he intentado eliminarla por todos los medios).

Seguramente estarás llorando, pero sé que son lágrimas de felicidad. No me mires, continúa leyendo.

Y en ese preciso momento he decidido cambiar rumbo. Quiero la sencillez contigo. Soy feliz cuando estoy contigo. He perdido demasiado tiempo preocupándome de que todo fuera perfecto, y por fin me he dado cuenta de que soy realmente feliz cuando estoy contigo, haciendo incluso cualquier cosa una tarde en el sofá de casa. Es así cómo se me ha ocurrido la loca idea de tener una casa pequeña como la de un perro, una familia toda para mí. Quiero levantarme el único día que estoy libre a la semana y arreglar, por ejemplo, el grifo que pierde agua (espero que no suceda porque si no vaya problema, no sé cómo se hace). Resumiendo, querría hacer todas esas cosas normales que me he perdido en estos años. Quiero ir de vacaciones en clase turista y quiero ir a Ikea como me has pedido más de una vez a pasar el día (que sepas que beberé dos litros de camomila antes de salir de casa).

Lo siento si he tardado mucho tiempo en entenderte y te doy las gracias por haber estado a mi lado aún así. Eres la mujer de mi vida y solo quiero hacerte feliz.

Ahora si quieres puedes abalanzarte sobre mí, besarme y adularme.

Eternamente tuyo.

Erik.

Levanto los ojos del folio y lo miro con los ojos llorosos, ¡Vaya! No sé qué decir. Me ha dejado sin palabras. Había renunciado hace tiempo a la idea de tener una vida normal y ahora tengo miedo de que todo sea un sueño. Me parece imposible.

—Di algo, pequeña.

No sé qué decir, me siento en otra dimensión. La felicidad que estoy sintiendo en este momento es indescriptible. Rodea mi rostro con sus manos y sonrío inclinando la cabeza. —Lo sé, te he dejado sin palabras — comenta. Con el pulgar acaricia mis labios. —Debería dejarte sin palabras más a menudo, me gusta sorprenderte —continúa mientras yo no soy capaz de reaccionar.

—Tienes la misma cara que cuando te he pedido que te cases conmigo en París. —Me besa y se aparta. —Incredulidad, —otro beso, —felicidad, — otro beso, —miedo.

—Si no hablas en tres segundos juro que llamo a un médico, me estoy preocupando —advierte seriamente. Y es esto lo que me hace reaccionar, sonrío.

—Estoy bien —digo con un hilo de voz. —Solo necesito un poco de tiempo, temo caerme de las nubes de un momento a otro.

—Te quedarás en esa nube toda la vida, cariño mío. Me aseguraré de que te estés cómoda.

Me derrito. Lo rodeo con mis brazos y lo beso.

—Gracias —digo apoyando el rostro entre su hombro y su cuello.

—Gracias por existir —responde apretándome con fuerza. Respiro profundamente. Me siento libre y feliz. Ahora ya lo tengo todo. En su mirada he encontrado la luz y espero que esa sonrisa no se apague nunca.

EPILOGO

Las puertas del ascensor se abren y respiro profundamente. Camino decidida y segura hacia el despacho de mi marido, mientras controlo si todo está en orden. Es de noche y él sigue aquí trabajando, espero que haya sido una buena idea presentarme sin preaviso. Como siempre mi marido tiene ideas fantásticas, en este caso agradezco la presencia de una niñera en nuestras vidas, así tendré tiempo para prepararle ciertas sorpresas.

Recorro el pasillo y cuando llego frente a su despacho abro sin llamar. Levanta la mirada, parece sorprendido y feliz de verme, pero decide hacer el papel de hombre indiferente.

—Buenas noches, he venido por la entrevista, Sr. Truston.

Se muerde el labio inferior, su mirada recorre mi cuerpo y después se apoya en el respaldo del sillón.

—Acomódese —dice profesionalmente. Avanzo hacia la silla y antes de sentarme me quito la gabardina y la dejo caer en el suelo. Llevo puesto un conjunto rojo ceñido que resalta las curvas. Él no se inmuta, me admira en silencio mientras me siento y cruzo las piernas.

—Le digo ya desde ahora que no tengo ninguna experiencia laboral —digo con tono provocador. No creo que consiga controlarse por mucho tiempo.

—Podría enseñarla siempre todo lo que es necesario —responde desabrochando los primeros botones de la camisa.

—¿Se encuentra bien? —pregunto.

Él me penetra con la mirada y se quita la chaqueta.

—Nunca me he sentido mejor.

Cojo un bolígrafo inclinándome hacia delante para que pueda tener una buena visual del escote.

—Estás jugando sucio —me dice acercándose. No me muevo, le muestro una sonrisa pícara.

—Tú nunca has jugado limpio... ¿Te importa pasarme un folio?

No aparta su mirada de la mía, me pasa un folio blanco. Inclino la cabeza mientras el ángulo de su boca se levanta mostrando una sonrisa juguetona.

—Si insistes... —Dice con los ojos llenos de excitación. Continúa abriendo la camisa, vislumbro su piel y contengo la respiración. No puedo

competir, él es la tentación en persona. Intento concentrarme y escribo en el folio en blanco.

Él se pone en pie, yo doblo el folio en dos y lo dejo sobre su mesa. Me levanto y recojo la gabardina. Está detrás de mí. —¿Dónde vas?, — pregunta acariciándome el cuello con los labios.

—No has hecho la pregunta adecuada, Sr. Truston —contengo la respiración.

—Entonces vuelvo a intentarlo, —sus manos rodean mi cintura, me tira hacia sí. —¿Quieres tomar algo conmigo, Elisa?—susurra a mi oído. Tiemblo.

—Lee el folio —le digo. Él no me suelta, alarga la mano hacia el escritorio y coge el folio. Lo lleva ante mi rostro y lo abre.

Me habría gustado haber tomado algo contigo. Me habría gustado besarte en ese momento. Yo te deseaba incluso antes de saber quién eras.

Me da la vuelta y me mira, cada vez está más cerca.

—A mi me habría gustado haber bailado contigo después del desfile —susurra con voz sensual. Sus labios rozan los míos. —Me habría gustado besarte y descubrir que sería el beso más intenso de mi vida. —Me besa como solo él sabe hacer. Me agarra y me apoya con fuerza contra la pared, besa mi cuello con pasión.

—Te he echado de menos —susurra mientras yo arqueo la espalda.

—Te amo.

—Yo el doble —responde guiñando el ojo. Al final me ama a su modo. Un amor fuera de lo común, sorprendente, loco pero sobre todo eterno. Ha entrado en mi vida como un ciclón, la ha trastornado y al final me ha enseñado a vivir. No quiero morir lentamente evitando una pasión, mirando solos los lados negativos y no el conjunto de emociones, esas emociones que te hacen brillar los ojos, esas que hacen de un bostezo una sonrisa, esas que te hacen latir el corazón a mil ante el error y ante los sentimientos. Él es mi esencia, la luz al final del túnel. Él es la razón por la que creo en el amor.

FIN

Agradecimientos

Es difícil poder dar las gracias a todas las personas que están entre bastidores y en cada historia intento mostrar mi agradecimiento a personas distintas aunque estén todas presentes en mi trayectoria. *Apuesto y maldito* ha sido la primera novela que he escrito. He comenzado escribiendo pequeñas capítulos en Wattpad y en poco tiempo he tenido un éxito inesperado. A decir verdad no me lo esperaba para nada. Yo solo quería escribir la historia de un amor atormentado, no tenía proyectos futuros, no tenía pensado publicar la historia en ningún otro sitio; simplemente amaba la relación que se había creado con los lectores de wattpad. Nunca olvidaré ese periodo porque ha sido el más bonito. Cada uno de vuestros comentarios quería decir mucho para mí. Todo comenzó por casualidad, el sueño de una chica que quería transmitir emociones. Gracias al vuestro boca a boca muchas personas han podido leer la historia, os agradezco el tiempo que habéis dedicado a mí y a mis relatos. Os quiero y nunca olvidaré lo que habéis hecho y continuáis haciendo.

Quiero dar las gracias a Cinzia porque hace tarjetas de presentación fantásticas, y también a mi pequeña Chiara que me sorprende también con ellas representando así todas mis historias y mostrándose siempre entusiasta cuando le hablo de una nueva historia. Rosanna, que ha sido muy amable realizando también ella una tarjeta de presentación para *Apuesto y maldito*. Sam, que se ha convertido en una hija aunque tiene diecisiete años, eres una tocapelotas, pero también te quiero por eso. Cuando te he dicho que había acabado con los Truston nos hemos echado a reír porque ha sido nuestro primer amor. Anna Russo, amiga, confidente y cuando es necesario también critica. Daniela Cretese, futura compañera si se decide a acabar su historia. No te dejaré en paz hasta que la publiques, tu historia vale mucho. Barbara Parodi, querida, tomémonos la vida con filosofía. Gracias por estar siempre ahí. Al margen de tus comentarios, las risas están aseguradas. Doy las gracias a mis compañeras que me han leído, incluso a las que me escriben solo para saludarme, sois fantásticas. Amo a mis lectores, no podemos imaginar qué emoción recibir vuestros mensajes.

Luisa D. gracias, eres una persona especial. Un agradecimiento especial a los blog, vuestro apoyo es muy importante. Os deseo lo mejor y espero que todos y cada uno de vosotros encuentre el amor. Un beso muy grande.
Anisa.

Contacto.

Email: ilovemycrazyangel@gmail.com

Página de Facebook:

<https://www.facebook.com/anisastory>

Instagram: https://www.instagram.com/anisa_gikdhima/

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

A TODA COSTA



Febrero 2018

Para Alexander Volkov, mafioso ruso de treinta años no existe el rechazo. Nunca se habría imaginado que una chica española le trastornaría sus planes. Un flechazo, o mejor dicho, un choque. Crystal acaba de cumplir los dieciocho, y con motivo de la celebración de su cumpleaños conoce al misterioso Alexander. Todavía tiene que descubrir mundo, y un hombre como él es sin duda lo que busca en la vida. Entre los dos saltan chispas desde el primer momento en el que sus ojos se encuentran, y cuando todo parece haberse esfumado, el hombre toma una decisión importante que cambiará sus vidas para siempre. Él la desea a toda costa, no importa el riesgo, ella tiene que ser suya. Comienza así una historia de amor y odio. El agua y el fuego
“Ty moya Crystal y lo serás para siempre”.

Serie MOYA

A TODA COSTA Vol. 1

SOLO MÍA Vol. 2

DISPUESTO A TODO Vol. 3